ra este tratamiento que es de observación como lo es la ciencia política, es indispensable prestarle un concurso valeroso al Poder Ejecutivo. El tiene, con mayor intensidad que todo el maderismo en bruto, el concepto honrado, hondo y sincero, no de los que se han llamado principios revolucionarios, sino del credo constitucional, que hace más de medio siglo tiene consignados los preceptos del sufragio libre como un derecho político, y los que no son una novedad, ni aún como mentira convencional, tan falaz y tan impudente como la promesa de las tierras y el mejoramiento de los salarios. La efectividad del sufragio, como la de todas aquellas prerrogativas del código constitutivo, sólo pueden realizarse con la garantía de un Gobierno legítimo y de un hombre de vergüenza personal y política como el Señor Lic. de la Barra. El maderismo no ha hecho en el sentido de su abigarrado programa, nada que responda a la muletilla del sufragio y eso. Es, como antes decimos, producto de un medio que, tocando las fronteras de la anarquía, no ha traído más principio moral que el sacrificio de la vida humana y la destrucción de la propiedad. Su triunfo espureo y pregonado como legítimo, no ha tenido ni el rasgo más ténue de pudor político.

Es la corruptela de los viejos tiempos, criminalizada con el ataque escandaloso a la soberanía de los Estados, con las supresiones de ayuntamientos, con los atentados a las legislaturas, con la violación delictuosa y salvaje a los fueros constitucionales y en final, con toda libertad humana y política, que nos debe cubrir de oprobio y acusar de perfecta incapacidad para un régimen civilizado

El porfirismo, que tanto nos agobiaba con el sistema personalista y suficiente, con sus entidades impertinentes y con sus odiosas inquisiciones, nos resulta ahora una necesidad ingente que, a la postre, como dijo el señor Bulnes, tendremos que pedir de rodillas un tirano que nos someta al carrril positivo del trabajo y del progreso. Y en esto hay que otorgarle el lugar primero al General Díaz, pues para desgracia cómica del señor Madero, ni a eso puede llegar en toda su simplicidad democrática.

Reiteramos el pensamiento: si no estamos con la ley y con el Gobierno, no tendremos derecho a pedir justicia para los sacrifantes que caminan en difíciles equilibrios por las estrechas márgenes de los códigos punitivos.

TAMBIEN EL PULQUE ES CIENTIFICO.

(Julio 27 de 1911)

Una de las características de la anarquía, es la incurable neurastenia de la destrucción. Hay accesos de estanofobia, de bancofobia, de vidriofobia y de todo lo que se tiene a la vista, que sufre alucinaciones de ruina, emanadas del delirio cerebral.

Y se pide que todo perezca, si queremos que haya justicia y que la honradez se imponga. Así, en las jornadas del 93, se guillotinaba a todos los infortunados de ambos sexos que tenían manos blancas y limpias, porque eran el cuerpo del delito de su nobleza.

Entre nosotros, las cosas degeneran un poco, aun cuando en los casos de sangre, tenemos patente de invención para los martirios y la barbarie de su ejecución.

El socorrido tema de los «científicos»—¿qué habría hecho la revolución sin este timo?—ha permitido que todas las pasiones tengan válvula segura y paciente.

Lo que fueron precisamente elementos de prosperidad en los pasados treinta años es lo que se necesita que desaparezca. Los capitales nacionales y extranjeros que crearon poderosas instituciones industriales y mercantiles, el dinero mismo del país, medroso en especulaciones modernas y educado en sistemas de explotación colonial y que a virtud de la confianza se aventuró a irrigar la economía pública con sus beneficias corrientes, produciendo el indiscutible desenvolvimiento que ha sido táctil, las resultantes directas del progreso mundial que ha traído vías de comunicación, alumbrado eléctrico, pavimentación superior a muchas ciudades europeas, de todo lo que daba cultura, comodidad, paz y trabajo, debe retirarse del mercado, por que todo ello no representó más que instrumentos de tiranía para oprimir a este pobre pueblo que mejor quiere morir en los pantanos, a oscuras y sin alimentos, que consentir en que los aptos superen en la lucha por la vida.

Y como el argumento es próspero para la intelectualidad colectiva, no hay más que envasárselo en el cucurucho «científico» y señalarle con ira sagrada lo que nos disgusta para que lo odie, lo aniquile y lo incinere hasta en sus transformaciones atómicas.

Y así están las cosas . . . y basta.

* * *

Y como el pulque, es para el pueblo sufrido y trabajador, la religión gástrica y su hermano de sangre, resulta el más acomodado a las circunstancias y que permiten su defensa de las alzas bursátiles, y la ofensa a los que no lo obsequian, para colaborar como mexicanos patriotas, al triunfo de la libertad y al establecimiento de los principios salvadores de la revolución.

No es la oportunidad de deplorar las injusticias populares, porque se corre el riesgo de que lo ejecuten a uno por coincidencias en los delitos de honradez y de moralidad, pero si es bueno dejar en la historia de estos tiempos una tímida protesta contra la conducta de los embaucadores, que trasperutan sus deseos, preciamente de pulque monetizado y con la cotización que adquiera como talón maguey.

La Compañía Expendedora de Pulques, es una institución mercantil, agena, por completo a la política, ya por su propia naturaleza de especulacion, ya porque sus accionistas son variables en sus personas, como lo acreditan unos señores que dicen tener títulos y no pertenecer a partido alguno militante. No están conformes estos tenedores con las entidades directoras, y quieren que tengan preferencia los reportazgos a las disposiciones del Código de Comercio, y posible es que lo logren en este momento histórico en que las leyes sufren una menopausia maderista; pero de todos modos, el público entenderá que una sociedad anónima no puede ser homogénea que, por cuanto a su personal directivo, variable según sus Estatutos, por ahora no tiene fisonomía política, pues esta representada por caballeros de absoluta independencia que jamás se han ingerido en los negocios públicos, y cuando alguno de ellos, por su representación social, fué solicitado por el pasado Gobierno, para coadyuvar en algún ramo administrativo, no hizo de ello profesión, ni su encargo fué de tal manera influente que cambiara la faz del país, ni mereciera por tanto, entregar su cabeza a las furias democráticas del pueblo temperante.

Debemos analizar mas en detalle estos asuntos que afectan la economía de la República y así lo haremos en lo sucesivo, para no hacer ahora muy extensas nuestras reflexiones sobre asuntos de verdadero interés público.

No defenderemos al pulque, ni a las compañías; abogaremos por la justicia y en contra de la iniquidad y de la infamia que pretenden aniquilar intereses legítimos sin que tengan que reparar su delito en las formas en que la ley lo castiga.

¿Qué esperamos?

[Julio 27 de 1911.]

La ansiedad pública ha tenido una ascención barométrica, con la versión de la comedida ruptura que ha tenido lugar entre los señores General Bernardo Reyes y Francisco I. Madero.

El señor Reyes le devolvió al señor Madero la cartera que éste le iba a dar, y cuya cartera era el símbolo de alianza política, a manera de anillo nupcial. Ya no hay liga pues, entre los dos candidatos. El señor General Reyes funda la devolución del bien mueble, en las dificultades que puede crear su personalidad en el partido maderista, donde no tiene todos los adictos que él necesita. El señor Madero como siempre, acepta las situaciones con simple pasividad y las resuelve con frases familiares, más bien rancheras, y en cuyos proverbios tiene una erudición envidiable.

Esto apatente; que rayando superficies, el público quiere ver los propósitos del General Reyes para presentar su candidatura, que en tres ocasiones **llegaba ya al altar**, y que por diversas circunstancias no se ha velado. El señor Reyes niega y sus partidarios afirman, y la verdad es que hay urgencia de que se hable claro y con resolución. Si el señor Madero es el **trust** del sufragio, si como una consecuencia de la muletilla revolucionaria que abre las puertas a todas las aspiraciones, sólo un hombre—y qué hombre, ¡Dios mío!—ha de concurrir a los comicios, entónces declaremos con franqueza que no sabemos lo que es democracia, que estamos verdaderamente prostituidos en el uso de la libertad, que somos débiles y cobardes, que no tenemos más aptitudes que para esclavos y que ayudamos gustosos para remachar nuestras cadenas, a condición única de que se nos diga que somos libres y viriles y que cuando queremos derrocamos tiranías. Y la verdad **inpóibus**, es que nuestra cólera sagrada tiene una sola aplicación: cambiar de déspotas, y siempre con inmensa pérdida en la permuta.

Señor General Reyes: urgen candidatos; señor Lic. Don Francisco L. de la Barra: urgen candidatos; señor Lic. Don Jorge Vera Estañol: urgen candidatos.

Este sufragio sietemesino, no tiene más que un hilo capilar: hay que asirlo pronto, muy pronto, si tenemos algún afecto, áun cuando fuere romántico, por esta desventurada patria.

INTERROGACIONES CERRADAS

[Julio 20 de 1911.]

El señor Lic. Don Francisco Pérez Boldi, que se ha preocupado con bastante percepción y competencia de los sucesos más salientes de esta época de revolución cerebral y armada, dirije ayer una interesante carta al señor Lic. Don Emilio Vázquez, Secretario de Gobernación y en la que le puntualiza muchas de las cuestiones latentes en términos, dignos de los más sabrosos comentarios.

Cuando la verdad ilumina la producción de la mentalidad humana, cuando la conciencia social encuentra la interpretación de su sentir recto y de honor, entónces el que

habla es siempre una autoridad, porque el verbo de la justicia es incorruptible a irradia sobre todos los espíritus.

La carta es extensa, como lo son los puntos que debate, y lo que sentimos es no poderla reproducir en toda su integridad. Haremos tan sólo unos girones de ese lienzo.

"Y en xerdad, señor Don Emilio—le dice el Lic. Pérez Boldi—¿que ha hecho usted y su hermano, y su mismo **caudillo** que los haga acreedores a la estimación pública? ¿En dónde están los hechos que, imponiéndose con la fuerza incontrastable con que la verdad se hace aceptar, demuestren que son ustedes dignos de la confianza del pueblo? Las clases sociales que piensan y que son en realidad las que representan la fuerza efectiva de la Nación, están completamente desengañadas, y a gritos dicen, para hacerse escuchar en el estrépito del triunfo "del gran espectador de la toma de Ciudad Juárez," que llega y que pasea su carro rodeado de los suyos, de los hombres de rifle y de canana, que acaban de asombrar no a la Nación, sino al mundo entero, con sus grandes hazañas y sus más heróicos hechos, entre ellos la "toma" de "La Covadonga:" a gritos dicen, repito: que sois incapaces para gobernar, y que animados con el deseo de apoderaros de la dirección y gobierno de la República para vosotros y para los vuestros, manteneis el desorden en todo el país, pasais sobre todas las leyes, conculcais todas las conveniencias, y que al fin y al cabo atraeréis sobre nosotros a vuestros amigos y auxiliares, a los que os dieron hombres y dinero para subir con más facilidades, y rifles, cartuchos y cananas para la formación de vuestro Ejército Libertador.

* * *

Las preguntas hechas no las contestaría ni el mismo señor Don Fray Gerónimo de Ripalda, si resucitara sólo para ello.

Es tan difícil ser apto, tan imposible tener la ciencia infusa de la política, a la vez que tan fácil ser audaz y suficiente para resolver las cuestiones de Estado, sin educación previa en los grandes negocios de administración pública, que de allí esa argolla en las tinieblas que quieren asir los hombres negativos, para toda función de utilidad a la corporación social.

Hay un puntito rojo que indica el Lic. Pérez Boldi y que huele a petróleo: el dinero empleado en la revolución y los extranjeros que participaron en ella. Esto, la toma de Ciudad Juárez, el silencio sobre Pascual Orozco y otras manchas de gasolina que tienen los sagrados principios del sufragio y eso, han querido darse al olvido, y sobre ellas se han evitado explicaciones que el pueblo, entiéndase bien, el pueblo, necesita conocer en todos sus detalles, porque es bueno que lo sepan los señores maderistas: el país entero está no sólo inconforme sino disgustado, con que se hayan entregado ocho millones de pesos al tío del **ex caudillo** para que los distribuya entre individuos de reconocida anonimia social, por servicios no especificados ni legales, y por gastos no comprobados. Idem, idem, los setecientos mil pesos recibidos por el hermano del espectante para el mismo objeto, los cien mil pesos enviados al propio espíritu para el licenciamiento de hombres que siguen pronunciados, los diez mil pesos del Fisco que se aplicaron a la devolución de las cauciones que fueron de los procesados prófugos, Francisco y Roque, y tantas otras sumas que no tienen parentesco alguno con la democracia, que fué la sola de que se habló al pueblo, y con cuyo pafio se le han querido enjugar lágrimas que no derramaba, porque cuando se le avisó de la carencia de ese bien ignorado, comía y estaba tranquilo, y hoy, que esa dama de todo el mundo, está a su disposición y gusto, tiene menores jornales, poco o ningún trabajo, luto en miliares de familias y un porvenir, como dice el señor Madero, de **chupa y deja la vieja.**

Que ese pobre pueblo ha sido engañado ya, no hay quien lo dude, ni menos quien lo niegue. Miren ustedes que convertir la democracia en talón oro, los empleos en sufragio efectivo y los negocios en no reelección, es la última frase de las mistificaciones espíritas.

El señor Lic. Pérez Boldi, realiza una labor de genuino interés público y la opinión debe prestar apoyo a ideas tendenciosas al restablecimiento de la ley y al bien de la comunidad.

La infidencia de la revolución ha sido bastante grosera, y corresponde a la enormidad de sus mentiras y a la estulicia nuestra. No tenemos por lo mismo, derecho a que se nos cumplan esos ofrecimientos de alienado y esas promesas de mujer irredenta, pero si tenemos obligación de exigir a los que han entrado al poder por una puerta falsa y vergonzante, que respeten la ley, que administren rectamente, que no opongan resistencias capciosas al gobierno legítimo y honrado y que dejen sus pasiones a las puertas de la justicia, como los sacerdotes de la India dejan las sandalias al umbral de las pagodas, como un alto signo de veneración a sus dioses.

La bolsa o la vida o la Revolución es la Revolución

(Agosto 3 de 1911.)

Es ya difícil clasificar las impresiones diversas que producen los acontecimientos públicos.

La profunda perturbación del sentido moral en los hombres insensatos que encuentran lícito el crimen si ha de tener por objetivo aniquilar al adversario, está produciendo una especie de demencia colectiva que necesita violentamente una ducha de tonificación que nos haga volver con presteza a la normalidad de una existencia posible.

También se impone la necesidad tiránica de una defensa contra esas deformidades sociales que han aprehendido en la prensa maderista, los vocablos **honradez, trabajo, sacrificios, libertades** y todo ese silabario que dignifica el homicidio y redime el robo, y cuyas interpretaciones se aplican a sí mismas con una desvergüenza que causa espanto. Ya lo oímos: los que han incendiado ciudades y han sido los victimarios de millares de seres indefensos, los que debían estar fuera de la ley, o, cuando menos, sujetos a debidos procesos; los que se atribuyen funciones y jerarquías que ninguna autoridad legítima les ha otorgado, esos invocan sus antecedentes de honradez, su acendrado amor a las libertades, sus cruentos sacrificios y el menoscabo de sus intereses, para amenazar al Presidente de la República, si se permite no tener confianza en un desequilibrado y ambicioso que se ha envuelto con el manto de democracias embusteras, de igualdades plebeyas y de afectos cívicos, para atentar contra la soberanía de los Estados, para instalar tiranías locales, para querer arrebatar el pan a los leales servidores del país, para encender los odios y voltear el espíritu de cristiandad por el lado pagano, y la de siempre, para proteger a manos llenas a la familia, y justificar así los errores de otras épocas y de otros hombres.

El proverbio ese de un intelectual desafortunado, es corrosivo para los hombres de tan bajo nivel moral, que guardan instintos de ferocidad destructora y que son como los residuos de edades primitivas que duermen en el fondo de cada uno de ellos.

A esta resurrección de una especie modelada en las etapas de las cavernas y de la piedra, debe oponerse la actividad de otro proceso biológico: el evolutivo del hombre civilizado. Y haciendo esencia de esta idea, cristalizarla no en un dislate sonoroso y en frontera con la simplicidad, sino en un verdadero axioma, en una verdad positiva y experimental que condense la psicología humana y el derecho social. Ya un diario de reconocida importancia lo enunció como título de un galano editorial: **La ley es la ley.**

Esta fórmula tiene hierro y es inatacable en su sintáxis, en su inteligencia, en su interpretación y en su moral.

La ley y la justicia han sido siempre las fuerzas más poderosas que han amparado la debilidad de los que bregan por ellas. Pero el desequilibrio vigente es ese: llamarle justicia al delito y ley a los artículos periodísticos de cerebrales enfermos. Sin embargo, no hay peligro de confusión. Estas designaciones, que no son más que casos patológicos de dislocaciones cocefálicas, no tienen, como es natural, ejecutorias en la marcha ascendente de la civilización, y a la falta de estos antecedentes estadísticos, deben estimarse las condiciones del juez que ha de dirimir la contienda, y este juez es en nuestro caso singular, la conciencia social, cuya infalibilidad puede sostenerse, porque su génesis aparece con el instinto de la propia conservación, el cual nunca sufre errores por la inviolabilidad de las leyes sobre la persistencia de la especie.

* * *

El modernísimo axioma, que es el noble gladiador que debe vencer al rufián de la bolsa o la vida, es de indispensable urgencia que tenga una aplicación inmediata: la ley es el Gobierno y la ley es la Sociedad. El consorcio está indicado y está indicada la identidad. El que siga otro principio más o menos pintoresco, llámese democracia, socialismo o cualquiera de esas abstracciones que han tenido su traducción en los explosivos, debe ser perseguido como perturbador del orden y como delincuente contumaz a quien hay que eliminar en ejercicio del derecho de legítima defensa. No queremos referirnos a esos pobres líricos que toman, sin entenderlos, los principios políticos, como puente quebradizo para llegar a un empleo de horas corridas. Están bien señalados, los que ignorando las primeras letras, nos traen la novedad homicida de que son los mártires del decálogo constitucional que nos **legaron nuestros padres** y de la **santa Reforma** que nos testó el gran Juárez.

Contra el incendio, la ley; contra el robo, la ley; contra la usurpación, la ley; contra la canana alevosa, la ley; contra el asesinato, la ley; y dejemos que lloren los mártires, que suspiren los héroes, que se bañen los caudillos y que los hombres conspicuos se dediquen a la irrigación de sus macetas, que el país no necesita de reconstructores, sino de hombres útiles, sensatos, conscientes y de un sentido moral recto y justo.

La ley, es el Poder Ejecutivo, y con él debemos estar por egoísmo y por debida colaboración a una obra meritoria llevada enérgica y silenciosamente por la Patria tan vilipendiada y solo por ella tan querida.

La candidatura del Señor Lic. FRANCISCO L. DE LA BARRA para Presidente de la República.

(Agosto 3 de 1911.)

Hemos recibido la siguiente interesantísima carta que publicamos con el mayor agrado, por tener todas nuestras simpatías la idea en ella contenida y porque bien puede ser el principio de la solución que anhelosamente buscamos á nuestra desconsoladora situación nacional.

"México, Agosto 2 de 1911.

Señor Lic. D. Jesús M. Rábago, Director de «EL MAÑANA».—Presente.

Muy estimado señor y amigo:

Con el interés natural que despiertan en todo mexicano amante de la suerte y el porvenir de su patria, los acontecimientos penosos y excepcionales que nos han conmovido desde el mes de noviembre último á la fecha, he considerado que, si desapasionadamente y con

juicio recto no nos unimos para buscar la solución razonable y legal a nuestros infortunios, tendremos que impender todavía mayor número de sacrificios, suprimir nos casi del catálogo de las naciones civilizadas y comprometer nuestra autonomía, tal vez de una manera definitiva e irremediable.

Como usted ha iniciado muy bien, sólo el respeto y el cumplimiento de la ley, pueden darnos el vigor moral de que tanto necesita la sociedad enferma, y si esa misma ley nos concede el uso pacífico y sensato de nuestros derechos políticos, hagamos uso de ellos en estos momentos tan trascendentales para la República.

El programa de la revolución podemos decir que ha fracasado en el sentido de las aspiraciones y de las necesidades del pueblo, y buena muestra de ello es la reacción que ha operado en favor de otros ideales y la desconfianza de las clases directoras y gran parte de las dirigidas, por la incesante amenaza que pesa sobre sus personas y sus intereses.

Creo, sin error visible, que el señor Madero es ya para el pueblo mexicano un hombre sin las condiciones genuinas de mandatario, que se le atribuyeron irreflexivamente, por el hecho de haber sido el autor material de una revolución que estaba arraigada en la conciencia de todos los ciudadanos. E-ta opinión no quiere decir que al señor Madero se le elimine de su concurrencia como candidato en las próximas elecciones; hay todavía personas de su credo que lo postulan y que gozan de iguales derechos que los demás; pero si debe quedar bien definido que la Revolución no fué un movimiento de consecuencia irrevocablemente maderista, sino acaso lo contrario, o lo que es lo mismo, una acción eminentemente popular para restablecer el ejercicio del sufragio, restringido abusivamente por exigencias de una política especial que todos hemos conocido. Este y nada más fué el objeto y fin de la Revolución, y no aquél que, con deliberada intención de partido, se ha querido transmitir a las masas, bien dándoles a entender que la ley autoriza el exclusivismo del mandato cuando es el resultado de una revuelta, bien sugiriéndole ideas y sentimiento de que así debe hacerse, como una justa manifestación de gratitud nacional por redenciones que ya son problemáticas dentro de la razón y la moral.

No siendo otra la interpretación recta de la ley y de los móviles políticos que alentaron la revolución, deben en mi concepto entrar libremente todos ciudadanos al amplio ejercicio del sufragio, organizando partidos, presentando candidaturas, sin violencias ni atropellos para que en definitiva, el pueblo como expresión suprema de la Democracia, designe si futuro Presidente a pluralidad de votos, legalmente computados.

Han aparecido ya programas políticos y aún se han organizado algunos partidos, pero fuera de aquellos ya hechos que invocan la fórmula Madero-Vázquez Gómez, no se ha presentado ni a la crítica ni a la consideración del pueblo, otros candidatos que señaladas ya por la opinión y de manera ventajosa, hayan corporizado las aspiraciones intensamente manifiestas de todas las personas amantes del orden y de la libertad verdadera.

A ese fin, tiende mi larga exposición. Mis condiciones personales y agenas por completo a la política, restan autoridad a mis aseveraciones, pero como quiera que la verdad es una y alcanza a todas las unidades sociales, puedo emitirla, si bien con ignorancia de los procedimientos, con absoluta certeza cuanto a sus formas sustantivas.

Estimo de toda convicción que en el presente momento, la candidatura que satisface todos los anhelos honrados y que mis perfectamente responde a las necesidades ingentes del país, sacudido por un movimiento brusco que ha desnivelado sus ejes de moral y de orden, es la del señor Lic. don Francisco L. de la Barra, actual Presidente Interino de la República Mexicana.

No es de un trabajo preliminar el detalle de las cualidades concretas del candidato, cuando por otra parte, él mismo en un breve período de amarga y difícil administración, ha exhibido con toda brillantez su honorabilísima figura que tan grandes simpatías ha hecho nacer por la rectitud—y esto lo condensa todo—con que ha visto y resuelto los gravísimos asuntos públicos actuales robusteciendo las esperanzas de los que hemos tenido justamente que el país entrara en un estado de profunda postración económica y de alarmante situación anárquica. A un futuro partido corresponde la propaganda de los méritos del candidato, de las conveniencias que aporte a la Nación con su gobierno y de las garantías y de las seguridades que pueda prestar a las personas y a los intereses nacionales y extranjeros.

Cierto es que el señor de la Barra ha hecho públicos sus propósitos de limitar su colaboración intelectual y política al período transitorio de su interinato legal, pero no es menos cierto que, si la voluntad popular se manifiesta en su mayoría numérica y en su intensificación de clases conscientes y respetables apoyando la candidatura del distinguido abogado, éste se encontraría en el caso ineludible de acatar esa misma voluntad, por implicar ello un deber de patriotismo que hoy ha cumplido en condiciones de mayor abnegación y sacrificio.

Quiero por último, señor Director, fijar en proposiciones mi pensamiento, dejando a los que secunden mi opinión francamente expuesta, las modalidades a que deban adaptarse mis ideas, dentro de las ritualidades establecidas para la organización de los centros políticos, a quienes corresponda laborar en un futuro bien cercano.

1a—Los ciudadanos que den su aprobación a la candidatura del señor Lic. Don Francisco L. de la Barra y que tengan voluntad de agruparse a ella, pueden dirigir por simple manifestación escrita su voto de adhesión a las Oficinas de «El Mañana.»

2a—Reunidas en número competente las adhesiones de referencia, se convocará a una junta general de los ciudadanos que las subscriben, con el objeto de dar personalidad a la agrupación, constituir el Círculo y determinar los trabajos previos de formación de programa, medios de propaganda y lo demás que se acordare y que tuviere pertinencia con el objeto.

3a—Resolver en su caso la fórmula completa que debe ser objeto de los trabajos electorales designando al candidato para la Vice Presidencia de la República.

Dejo expuesta mi opinión de la manera más sincera y leal, y me anima la esperanza de que ella será bien recibida y ampliamente secundada, no por significación personal que soy el primero en reconocer como de los más humildes y de escaso valer, sino por la importancia intrínseca de la candidatura que propongo y por el prestigio de la respetabilidad del señor Lic. Francisco L. de la Barra a quien estimo, sin exageraciones ni optimismos, el hombre único que, por razón de sus limpios antecedentes, de su independencia política y de su reputación inmaculada en México y en el Extranjero, puede realizar la urgente reconstrucción del país y devolverle su crédito, hoy tan quebrantado como factor apreciable de la civilización actual.

Mucho agradeceré a Ud. el apoyo que se sirva prestar a mis propósitos francamente expuestos, y en espera de sus estimables órdenes, me subscribo con toda consideración, de Ud. muy atento amigo y afectísimo S. S.

AGUSTIN LLACA.

***

Bien dice el señor Llaca: la verdad es una, sea quien fuere el que la postule, y puesto que su pensamiento es justo, es noble y es patriótico, debe recibirse con beneplácito y otorgársele toda la ayuda que merece.

Debemos los mexicanos, fijar detenidamente la atención en la candidatura del señor Lic. de la Barra y examinar si ella satisface las condiciones políticas y sociales convenientes para el presente y necesarias para el porvenir. Nosotros creemos desde luego que es una candidatura de orden, y esto solo enunciado, tiene que atraerle infinito número de partidarios.

En ocasión anterior, opinamos sobre la personalidad del señor de la Barra a quien hemos atribuído, con firme convicción, condiciones para Presidente perfecto, y ahora reproducimos el concepto.

Se observa en una inmensa mayoría, por no decir que unanimidad de las personas sensatas, la inclinación natural y juiciosa a la permanencia del señor de la Barra en el Poder, porque se ha distinguido sin equívoco que es una salvaguardia de la seguridad personal, de los intereses públicos y particulares y de las fricciones internacionales apuntadas tan seriamente con los nuevos atentados cometidos contra los extranjeros.

Los pareceres y los epígramas sobre la debilidad del señor de la Barra, los conceptuamos injustos. La historia, bien próxima por cierto, nos ha de dar explicaciones de lo que hoy no queremos entender; pero también se observa que en mucho nos vamos anticipando a esos juicios, dándonos cuenta exacta de que la energía del hombre recto y honrado la tiene en abundancia el señor de la Barra y que lo que lógicamente hemos atribuído a debilidad, es en realidad de los hechos un patriotismo singular que merece aplausos y no censuras.

No debemos hacernos los tontos: una destemplanza de las que nos agradan por su efectismo, en este momento de pasiones, en que la inmoralidad ha sentado sus reales, podría costar alguna sangre, sobre todo de la inocente, de la que más se ha derramado en nombre de libertades que hace masas han recibido el tiro de gracia, aplicado por la revolución.

Sigamos el camino de la ley y ejercitemos nuestros derechos. Si en esta lucha honrada perecemos no habrá que hacer imputaciones a nadie; es en el combate de la vida una de tantas soluciones que tiene el hombre honrado, víctima de sus ideales, víctima del trabajo, pero siempre víctima noble y no execrada ni maldecida como la que sucumbe por la ambición insana, por el latrocinio o por el crimen.

Tiempo es de que bruten candidaturas, y ojalá que las embrionarias que puedan germinar en la contienda, tengan la honorabilidad y el buen nombre que presenta la del señor Lic. de la Barra.

Y a natural reserva de que sigamos ocupándonos de asunto tan interesante, aceptamos gustosos la encomienda que nos hace el señor Llaca, para recibir en nuestras oficinas las adhesiones de los buenos ciudadanos que se preocupen de verdad por el porvenir del país y que se encuentren afectados por su situación excepcional y prolongadamente dolorosa.

El Pulque se maderiza

(Agosto 3 de 1911.)

La teoría demagógica de que todo el que no es revolucionario entra, por ministerio de la ley, a la categoría de «científico,» se ha querido aplicar a las instituciones mercantiles, y como pareciera para la fantasía de las muchedumbres que el pulque por su naturaleza intrínseca y su popularidad entre los hijos del pueblo pobre, tenía que ser forzosamente demócrata y aceptar en su distribución económica los principios de la revolución, y esto no se verificó con la violencia avasalladora del nuevo fanatismo político, vinieron en seguida las diatribas de los pequeños ambiciosos del ramo líquido y los que buscaron sus biombos de tela resistente: la prensa zapatista y el alto criterio de las masas.

¿Y qué querían estas fracciones sueltas de especulación? ¿El pulque más barato, de mejor calidad, de más grados alcohólicos para atractivo de los maderistas y preparación de nuevas libertades para el pueblo? No; el propósito de ellos, forrado de interés público, era—hoy que estamos en los tiempos de las simplezas,—acaparar casillas sin elementos pecuniarios, vender más caro, alimidónar la bebida, burlar los reglamentos y dejarle al consumidor el sufragio y eso, como parte alícuota de su concurso, para la independencia nacional del pulque. ¿El pueblo bebedor aceptaría esta conclusión? Probablemente sí, porque después de que el señor Lic. González Garza ha dicho que para su Estado quiere un Gobernador bandido con tal de que el pueblo lo elija, posible es que el consumidor quiera que el pulque sea malo, dañado y caro a cambio de que el dueño tenga una nutrida hoja de servicios rijosos, llevada en la Cárcel de Belén, donde está más arraigada la democracia.

Pero como en los negocios hay que pensar con el cucéfalo, la Compañía Expendedora de Pulques y el Gobierno del Distrito llegaron a un acuerdo, no para satisfacer exigencias torpes o deseos inmoderados de lucro, sino para facilitar medios de vida honrada y firme al numeroso grupo que vive de un artículo, cuya importancia comercial es bien reconocida.

La sensillas, desde ahora, no serán de administración directa, si no que se pondrán a público arrendamiento que aleje toda idea de monopolio, que por otra parte no ha existido, supuesto el hecho positivo de que no se han presentado a la competencia los capitales que demanda un negocio de la elevada cuantía que representa el pulque.

Con esta base substantiva, queda abierta de par en par la puerta de la explotación a todo el que quiera realizarla, y salvo nuevas quejas, que colen sobre la penuria del maderismo pulquérrimo, la situación puede quedar en manos de los que lealmente quieran trabajar y dar colocación segura a sus pequeños elementos que, la inteligencia y la labor honrada, sabrán multiplicar.

Bueno es, al considerar esta forma práctica y sensata de resolución, que no se confundan las formalidades de los contratos con el escape socialista de los intereses sueltos. Todo lo que se practique debe ser dentro de las formas legales y de acuerdo con los derechos que amparen a cada contratante. El arrendatario debe garantizar la efectividad de las estipulaciones que se pacten, y si el empleado de la Compañía, que tiene lo que dijéramos el derecho del tanto, responde mercantilmente y con mayores seguridades, que el jicarero, muy perito, pero sin crédito comercial, al cumplimiento de sus obligaciones, habrá que darle al primero una preferencia que no será de actualidad democrática, pero que sí obedece a leyes económicas de la que no se puede separar el capital, así se lo pidan todos los editorialistas y todos los reportazgos revolucionarios que puedan brotar de la lipemanía destructora.

Vendrán después los reglamentos a conciliar lo que por hoy se ha querido llamar interés social, con el derecho privado protegido por las leyes; y del tino y del análisis experimentado de las autoridades dependerá el resultado al que se pueda llegar, sin rozamientos de intereses que con más o menos fundamentos, recurran a ese tribunal ya un poco prostituído y ahora completamente desacreditado que se denomina pomposamente el de la opinión pública.

Dijimos antes que el pulque se maderiza y así sucede; solamente que la transformación se opera por medios evolutivos. Popularizar la especulación es bueno, si subdivide los beneficios sin mengua de intereses legítimos y creados por la constancia y el trabajo. Llegar a la meta por pasos contados es un derecho; asaltarla con dominación violenta de los que siguen el mismo camino, es un delito.

Y volvemos al concepto de actualidad: si trabajar con inteligencia es científicismo, hay que afiliarse a él; y si tomar lo de otro, en nombre de la democracia es maderismo, hay que avergonzarse un poco de seguir las exigencias revolucionarias. El pulque puede maderizarse en cuanto a su popularidad de artículo de consumo, pero la Compañía, por la honorabilidad de sus componentes, tiene que permanecer en la neutralidad de la ley, que no reconoce más partido que el de la justicia y el del respeto a los derechos de los demás, ya fuesen individuales o colectivos.

Dos puntos más habremos de tratar todavía, sobre esta cuestión que se ha puesto, como se dice, al tapete de la discusión. Uno es el que se refiere a la Compañía como sociedad anónima y en relación con sus valores que circulan en el mercado, y otro el que se contrae a la causación del impuesto con unidad del "barril fiscal," y la que ha sido también tema de agresiones y de literaturas anárquicas ingertadas de aritmética primitiva, a base de proclamas democráticas, en que resulta que la propiedad ajena es del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Carta del Señor Presidente de la República Lic. Don Francisco L. de la Barra.

A la carta que nos dirigió el señor don Agustín Llaca y la que, contestada, insertamos en nuestra edición anterior, hemos recibido la siguiente contestación que se sirve enviarnos el señor Presidente de la República:

"Correspondencia particular del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

México, 4 de Agosto de 1911.

Señor Lic. D. Jesús M. Rábago.
2a. de Nuevo México 49.
Ciudad.

Estimado amigo y compañero:

En el número de EL MAÑANA, correspondiente al día de ayer, he leído una carta dirigida a usted, por el señor don Agustín Llaca, en la que este señor, después de estudiar la situación actual de la República y de consagrarme frases por todos conceptos halagadoras, inspiradas por una extremada benevolencia, propone que a pesar de las repetidas declaraciones que públicamente he hecho de no aceptar mi candidatura a la Presidencia de la República, las personas que estén de acuerdo con ella, lo manifiesten así al periódico que usted dignamente dirige, a fin de que, reunido el número competente de adhesiones, se convoque a una junta general que se encargue de organizar los trabajos electorales correspondientes.

Al calce de dicha carta, que me honra tanto como la agradezco, he leído también los comentarios que hace EL MAÑANA, y al enviar a usted por ellos mi más viva gratitud, pues se sirve usted favorecerme con alabanzas que no merezco, me permito manifestarle, y por el digno conducto de usted al muy estimable señor Llaca, que tan ardientes como son mis deseos de servir a mi Patria durante el breve tiempo que por ministerio de la Ley tengo que desempeñar la Primera Magistratura del País, es firme mi propósito de no aceptar mi candidatura para las elecciones que se verificarán próximamente.

Así lo declaré en los momentos solemnes en que me hice cargo de la Presidencia interina de la República, y aparte de la obligación en que me encuentro de cumplir con esa sincera declaración hecha al Pueblo Mexicano, hay otra razón muy poderosa que me obliga a no olvidar el compromiso que contraje en aquellas circunstancias delicadas. Difíciles son todavía las actuales, y para que pueda yo vencerlas, para que al terminar mi período presidencial disfrute de la inmensa satisfacción de decir sacrificado al país, es indispensable de todo punto que triunfen vencidas y renuncien por ellas a un acto de soberanía y de salvación nacional.

Nuestra insistencia no es, ni puede ser personal; bastaría la voluntad manifestada por el señor de la Barra, para que nosotros desistiéramos con positivo sentimiento de una idea de perfiles bien delineados para las patrias perspectivas; pero en el orden de últimos representantes de la prensa, nuestro criterio tiene que orientarse por el sentir de las masas pensantes, y como aspiramos tal vez sin conseguirlo, a traducir el sentimiento colectivo en estas hojas de prueba, y de dolorosa expectación, no podemos desoir la voz casi suplicante de la conciencia nacional, que busca a la prensa de buena fe para hacerse escuchar, como a ello tiene inalienable derecho.

Y la colectividad honrada, independiente y de rectas y moralizadoras tendencias, no se convence con los propósitos del señor Lic. de la Barra, que son más de dignidad y de corrección individual que mucho le enaltecen, que de verdadero sentir político, supuesto el deber que tiene como ciudadano de acatar las resoluciones del pueblo. No afectará este argumento el principio constitucional sobre la voluntad en los servicios, porque el señor Lic. de la Barra, ha comprobado ser suficientemente patriota para llegar hasta el sacrificio, cuando la nación se lo pide.

El problema encierra dos egoísmos nobles: el anhelo legítimo del país enfermo y atribulado que busca ansioso las garantías, la estabilidad y la firmeza de su crédito en la idoneidad del señor Lic. de la Barra, y el temor modestísimo de este caballero de que su figura como candidato la elida el concurso patriótico de los partidos para la consecución de la paz.

Es preciso hablar con la franqueza que nos impone la opinión pública. Los candidatos en acción han declarado en ocasiones solemnes que realizarán los mayores sacrificios por la bendita y suspirada paz, y por diverso capítulo han hecho públicas sus ideas liberales —que debemos considerar emitidas con honradez y decencia—dispuestas a no votos por su felicidad personal y por la dicha de la Patria, alto y único fin al que todos debemos consagrar nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios.

De usted, afmo. amigo, compañero y S. S.

F. L. de la Barra.

* * *

La sinceridad de los conceptos contenidos en la carta del señor Lic. de la Barra y la cortesía delicada del caballero y del hábil hombre de Estado, realzan en mucho las ideas que debemos examinar con el interés y el detenimiento que entraña el asunto contendido y del que puede depender radicalmente la felicidad de la Patria.

Son razones galanamente expuestas las que aduce el señor Licenciado de la Barra, para declinar su candidatura, y si no temiéramos la comisión de un pecado de irreverencia social, creeríamos que no son tan sólidas, para que las mayorías interesadas en el porvenir del país, se conceptúen con el valioso y patriótico concurso de todos los partidos políticos.

No puede ocultarse a usted ni a las honradísimas personas que me favorecen con sus simpatías y que desearían encarnarme con su voto, que llegará el momento en que tomara participación, como candidato, en la contienda electoral, me hallaría privado de ese concurso, pues algunos de los partidos ya no verían en mí al gobernante imparcial, encargado de darles a todos garantías sino al hombre interesado en el triunfo de su persona y de su partido.

Creo que esta consideración es de tal suerte poderosa que ella sola bastará para que usted y el señor Llaca comprendan la razón que me asiste para cumplir la resolución que he tomado. A usted y a las diferentes personas y agrupaciones que se han servido ofrecerme mi candidatura, quedo profundamente agradecido. En medio de las amarguras que tiene en estos momentos el difícil cargo que desempeño, es para mí motivo de satisfacción muy íntima y galardón el más preciado a que podría aspirar, recibir manifestaciones de aprobación como las que han motivado las presentes líneas, que envío a usted y al señor Llaca, y a todas las personas que participan de sus simpatías hacia mí, con más agradecimientos más cordiales y más votos por su felicidad personal y por la dicha de la Patria, alto y único fin al que todos debemos consagrar nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios.

De usted, afmo. amigo, compañero y S. S.

F. L. de la Barra.

* * *

La sinceridad de los conceptos contenidos en la carta del señor Lic. de la Barra y la cortesía delicada del caballero y del hábil hombre de Estado, realzan en mucho las ideas que debemos examinar con el interés y el detenimiento que entraña el asunto contendido y del que puede depender radicalmente la felicidad de la Patria.

Son razones galanamente expuestas las que aduce el señor licenciado de la Barra, para declinar su candidatura, y si no temiéramos la comisión de un pecado de irreverencia social, creeríamos que no son tan sólidas, para que las mayorías interesadas en el porvenir del país, se conceptúen

de Gobernante enérgico y resuelto para librar al país de conflictos y de mayores perturbaciones, la opinión ha confirmado sus adhesiones y sus simpatías; seguramente por egoísmo, como antes enunciamos; pero con perfecta videncia de ver en el actual Presidente la garantía salvadora de sus derechos y de su merecido bienestar. Y para ello no ha necesitado el concurso de candidatos: le han sido suficientes sus cualidades, su prestigio y su respeto a la ley.

Fatigaríamos a los lectores con tanto razonamiento que protege nuestras ideas en favor de la candidatura del señor Lic. de la Barra, y sin desistir del tema por demás interesante y de señalada conveniencia para el país, nos permitimos invocar una vez más el patriotismo del honorable y perfecto Presidente, para que medite sobre la voluntad de sus conciudadanos que podrá ser exigente, tal vez imperiosa, pero en cierta manera ineludible para hombres como el señor Lic. de la Barra, cuyo altruismo político lo calificamos como único en nuestra historia, al que es único este período de amalgamas liberales, socialistas y anárquicas.

En nuestra edición siguiente, daremos mayor consideración a la carta deferente del señor Lic. de la Barra e insertaremos la que hemos recibido del señor don Agustín Llaca, iniciador actual de la candidatura que más honra y bienes puede traer a la nación.

El Juramento de los leales y el Gran Presidente

Las revistas del diarismo metropolitano, han detallado en estilos más o menos literarios, una ceremonia de glorificación real, por su objeto levantado y patriótico y por el estado actual de conciencia en el pueblo, que ha distinguido sin vacilaciones donde está el valor, la lealtad y la educación moral, y dónde las virtudes cívicas serenas y modestas de un Magistrado que en una corta etapa de violentos pasionalismos se ha revelado grande y único en estas obscuridades con que los males hijos de México han ensombrecido los horizontes.

La entrega de la bandera del 32o. batallón ha tenido una solemnidad conmovedora. Parecía que el pensamiento nacional, en una sola idealización, veía combatir a los leales en las heladas estepas del Norte, contra los cuadrumanos, convocados a cencerro, para el abrevadero o para la orgía del pasto. Y aquella lucha entre el honor y el cretinismo, se reprodujo en la imaginación popular descomponiéndose en haces iridiscentes que [illegible] el apoteosis del soldado federal.

El cariño del pueblo para esos [illegible] por la patria, tiene sus inmensas ternuras, que deben ser auras balsámicas, refrescando las frentes [illegible] de los sufrientes y desheredados.

El Ejército nuestro, el hijo legítimo de la Patria y no el bastardo de indisciplinas delincuentes, ha tenido en este semestre histórico, una exhibición de grandeza que penetra en la médula misma de esa deformidad política que se ha llamado maderismo. Y la corporación social, en sus ejemplares pensantes, toma gustosa las oportunidades para deslindar terrenos, y proclama al Ejército Federal en oleadas de gratitud, porque sabe y siente que le defiende, porque su democracia es la veneración de las garantías humanas, y no la otra empaquetada en principios [illegible] y destinada al exterminio de los débiles y al despojo de los honrados.

Por eso, ha tenido consumación uno de los homenajes más sinceros, más fervorosos y de fisonomía épica que produjo en los múltiples espectadores palpitaciones de corazón que salen en hondas hiperestesiadas, para estallar en gritos de entusiasmo desbordante, y con agudas notas de heroísmo.

Es consolador y de gran aliento contemplar este perfil noble de ese pueblo que pide cabezas anónimas, cuando le agitan hipnotizadores perversos, degenerados sin pensamiento, cuyo fin de persecución es destruir, destruir, para vivir después sobre las ruinas en asquerosa familia de murciélagos.

Estuvo en esta solemnidad, justo y civilizado. Este último término, lo aplicamos por la estruendosa y afectiva ovación que hizo al Sr. Lic. de la Barra. Se penetran ya nuestras colectividades del tributo respetuoso que se debe al principio de autoridad y buscan la válvula irregular de un festival para hacer justicia sin procedimientos civiles, sin más resultandos que los que palpa, ni más considerandos que los actos volitivos que nacen de una verdad que les impresiona a fondo: la honorabilidad de un hombre que abstraído de las humanas pasiones, cumple valerosa y serenamente con el deber.

Bien pronto ha comprendido a grandes pinceladas, que es el señor Lic. de la Barra, en esta política de ambiciones y de sordideces y de cuchillas de guillotina, el que presenta verdaderas purezas de conciencia y de espíritu, para ser el desinteresado amigo del pueblo, en toda la extensión del vocablo; el amigo que le protegerá en sus aspiraciones de mejoramiento y de trabajo y le reprimirá en sus instintos de ferocidad y de delincuencia.

Todo lo contrario de lo que pregonan los apóstoles en este amanecer de la vigésima centuria. Para ellos, el pueblo debe ser hidra, vengarse de ultrajes metafísicos, saldar para que se salven los quebrados, aclamar con fanatismo de inquisición a los inquilinos de los manicomios, y cuando el hambre le acose y la miseria lo empuje a las prisiones, entonces reprocharle con la severidad de los que se trepan al Sinaí por imposibles ventisqueros, sus vicios persistentes, sus eternos vicios, que nunca le permitirán reclinarse tranquilo en el seno de la célica democracia.

¿Y de tierras? Ya tendrá la última y segura posesión del bien raíz que tenemos todos los hombres, cuando lleguemos inertes a descansar bajo los sauces.....

¡Oh! el maderismo es toda una escuela filosófica y se presta a la meditación en vísperas de elecciones, que han de sostener sus apóstoles—Gobernadores de Estados—con el 30-30 del sufragio y eso.

Y para impedir que el ejercicio de los derechos políticos no queden envueltos en las teorías constitucionales de los explosivos y de las bombas, el pueblo de orden, sólo tiene una esperanza de salvación: el Presidente de la República, por su rectitud y su veneración a la ley, y el Ejército Federal, por su valor aquilatado, por su lealtad experimentada y por el pundonor de los bravos y resignados vigilantes de la patria.

EL BOUQUET SE MARCHITA

El agua filtrada del hijo del pueblo pobre y los asperges del maderismo tipográfico, no han bastado para que el alma en flor de la revolución conserve sus pétalos tersos y se ostente en el búcaro del sufragio levantado sobre las ruinas troyanas del criminal zapatismo.

El bouquet se marchita......

Aquel industrial de la política, que fué acumulando los odios dispersos, las inepcias hambrientas, los vicios mostrencos y las ambiciones enfermas para modelar nuevo Creador, un organismo informe a quien bautizó con el nombre bien estropeado de **libertad**; aquel agricultor indigestado con las ideas recogidas en sus largos viajes a Parras—biblioteca de ferrocarril—en las que leía al compás de tres por cuatro del convoy, las extravagancias de Nietzsche, las sublimes visiones de Tolstoy, y alguna novelilla pornográfica que lo hacía plácido por varias horas; se mostró flotante, en una de sus obedientes alucinaciones, habló con el brío y agudeza de los alienados de Tardieu y puso su palabra en los oídos del pueblo, quien se contagió, descomponiendo sus emociones en violentos estallidos y en desgarramientos de la ley, que terminaron con las vestiduras del César.

Y brotó el héroe: un hombrecillo blando, chaparrín, zafio y desgarbado. Habló tête a tête con las plumas citadinas y comenzó el ritmo de la caricatura a llevar sus ondas burlescas por todos los ámbitos, y el Alejandro Magno, el Napoleón Bonaparte y el Hidalgo del treintaicinconario, se contrajo como chorro hidráulico, hasta llegar a su expresión ingénita: la de vinicultor avaro, cuyo pensamiento de misticidad confortable, eran las hojas de Parras.

* * *

El bouquet se marchita. Sus devotos ejércitos a quienes había repartido por papeleta, ramilletes de laurel, como galardón por la eficacia de sus explosivos, resultaron al sumar sus cualidades patrióticas, racimos de horca reclamados por la tímida justicia y millares de ellos, regeneradores de presidio que habían violado sus condenas para libertar al país de los horrores de la paz.

Y como el héroe es sencillo y almo-luz de la doctrina espirita, abandonó tranquilamente a sus colaboradores y los empujó al patíbulo con maliciosa sonrisa.

Y estas bravuras silvestres, forradas en cuero y decoradas con bandas de cartuchos y listoncillos tricolores, que asolaron las poblaciones con sus alaridos de guerra y sus libaciones de sangre, los santamente indignados por los contratos de los científicos y los latrocinios del porfirismo que les dejó sesenta millones de pesos para moralizar a la República, los reformadores de nuestros principios constitutivos, ahora y en ejercicio de sus convicciones, desconocen la divinidad del caudillo y proclaman que ni es héroe, ni mártir ni cosa que lo imite, sino un Pérez murguista que convocó a las víctimas de la tiranía a poco son de clarinete y como música supletoria de las trompas bélicas.

Por varios caminos, la popularidad del redentor se aproxima a la bancarrota. Ha liquidado a mano armada con la opinión pública, y aún con la sub-pública. Era esta última la del aullido estridente de "¡Viva Madero!" El epigrama plebeyo y el cacio andaluz que tenemos, ha balanceado la figurilla rural del ídolo, y ya no es para las muchedumbres el Budha monumental, dispensador de bienes con rubicundeces de venganzas, sino un ranchero de planes, que navegó sin zozobrar, porque enarbolaba la bandera de los cándidos, único pendón que jamás ha caído en poder del enemigo. Y de la categoría de ídolo, ha pasado por mistificación espirita, a la de apreciable Maderito.

Sus aliados de 30-30, son ya sus adversarios, y no se rendirán ni a la ley, ni al sufragio, ni a los sacrosantos derechos de la revolución; cuando más transarán con el saqueo porque encierra un principio de libertad que es por la que han derramado su sangre.

Y en el fondo de ese sentimiento anti-maderista, hay algún lampo de razón.—El caudillo no es la versión ni libre, ni literal de una fe, de un ideal, de un credo que lo haga digno de ungirse con el apostolado. No es Menelik en Abyssinia, ni Samory en el Senegal, ni Maceo en Cuba, ni Aguinaldo en Filipinas; es como él lo ha dicho en una síntesis de auto-biografía: un ciudadano simple con sus arrestos de ambición inmoderada que ha puesto un manto mortuorio a la República.

Y el bouquet se marchita: solamente llevando a sus flores el procedimiento triste del encerramiento podrá sobrevivir en el búcaro del sufragio.

Y aún así, nos hará el aspecto de un cadáver embalsamado.

LA PRIMERA EN LA FRENTE

(Agosto 17 de 1911)

La violación de los preceptos substantivos del derecho público, la hemos encontrado casi consecuente con la conducta de los hombres que han extraviado al pueblo con las mentiras más groseras, jurándole lágrimas en párpado, que lo blanco era más negro que el porvenir nacional, y que lo negro era más blanco que la conciencia eucarística del caudillo.

Y el pueblo,—decimos los analfabetas, los viciosos y los inútiles,—se ha tragado esas embustes, en parte por ignorancia y por cretinismo, y en parte por dar motor a sus pasiones de venganza, y a sus sentimientos de anarquía que dormitan siempre en el fondo de las conciencias torcidas.

Y esto decimos, con los datos predicados, con los escritos, con los mismos que han servido para el sostenimiento de personas que sin las patrañas jacobinas no habrían podido mantenerse en pie político, ni los cinco minutos termométricos que se necesitan para conocer la temperatura de un enfermo.

Comprobaremos lo expuesto. Se llamaron **pacificadores de la paz**, los ambiciosos de la guerra, y así vimos como en Sinaloa, después de firmados los tratados de Ciudad Juárez, y cuando en la capital de Culiacán no se escuchaba un solo grito de discordia, entró el hoy señor Ministro de Comunicaciones, y las fuerzas insurgentes que mandaba, lanzaron las bombas y los explosivos sobre la propiedad particular, y de preferencia sobre las fábricas del señor Redo, de cuyas negociaciones casualmente había sido tenedor de libros el señor Bonilla. Sabemos cómo después quebrantando los pactos de conciliación, y lastimando los fueros humanos, se asesinó al heroico Morelos y a los funcionarios del gobierno legítimo del Estado.

En Pachuca, también mucho después de los arreglos hechos por Madero, y en plena tranquilidad, entró a la capital del Estado de Hidalgo un señor de militarismo espúreo, lanzó a las autoridades de sus puestos, bombeó la Ciudad, incendió archivos, liberó prisiones y fusiló a los que estimaba delincuentes o científicos. En honor de nuestra prensa, debemos recordar el estímulo que tuvo este guerrero, con los artículos que se publicaron, encomiando su figura, su valor prematuro, su honorabilidad y su energía para dar paz y garantías a los habitantes del Estado.

Sería modorroso repasar la estadística de los capítulos de nuestra historia vigente, que bien podría escribir el sabio cuistre Blas Urrea, que es el novelista político que mejor sigue el estilo sanguinario de Ponson du Terrail, Javier de Montepin y resto de narradores trágicos por entregas.

Fué, como bosquejamos, la manera que empleó la revolución para pacificar al país. Y si quisiéramos hacer estados comparativos, no restringiéndonos a los preceptos de la ley y a su práctica por los reformadores, sino paralelando los actos democráticos de ahora con los tiránicos del General Díaz, tendríamos original para gruesos tomos in folio que dejarían a la regeneración maderista más que por los suelos, por los subterráneos, donde debiera ocultar su vergüenza.

* * *

El sufragio y eso, ha tenido aplicaciones semejantes a las de la pacificación. Los gobernadores se han sentado en sus sillones Morris por la voluntad popular de Winchester y del explosivo, anticipándose al voto de los conciudadanos. El sistema, del que se habría avergonzado Don Porfirio, que había hecho profesión tácita de gran lector, va directamente al corazón como la estocada de Don Diego; los mandatarios de provincia, asegurarán la designación popular del ciudadano simple y no han de sostenerla como en los nefandos tiempos porfirianos, con casilleros amigos, ni con boletas triplicadas, ni con gendarmes disfrazados de hijos del pueblo pobre, sino con consejos de guerra de a tres minutos para los científicos, cinco para los reyistas, seis para los porfiristas y de diez a [illegible] para el maderismo tibio que no se preste para los fusilamientos electorales.

Pero la parte irónica de este cuadrito mal paleteado, la moraleja de esta leyenda del treintaicinconario, es que la infección se ha transmitido al organismo parlamentario, que más fino y sutil, inyecta el maderismo para preparar el grano vacunal de las violaciones sufragistas.

Nosotros sabíamos, como axioma democrático, que en México, por el olor se conoce dónde hay un maderista, pero no alcanzábamos a distinguir que esa emanación de revuelta, envolviera a los diputados que traían el llang-llang de la dictadura.

La doctrina de Max Nordau es impecable: las leyes que rigen a las sociedades son la herencia y el ambiente. El maderismo ha dicho: juerga política, y los pudibundos que no se han podido substraer a la inmoralidad de las reformas, arrancan las vestiduras de la ley para hacer más rojas y atrevidas las orgías del presupuesto.

Cierto es que hay entre ellos un antiguo **coloradito**, de incensario meridional, que hincaba la rodilla ante el tirano benigno, y que, en las postrimerías de la paz dictatorial, defendió al Vicepresidente de la República, empleando una figura literaria y de combate con el pre-maderismo, que parecía extraída del drenaje capitalino.

Este político, de gran visual, quiere hoy nuevos diputados, como los honorables generales Francisco Villa y Camerino Mendoza, y destituye con una retorcida de la ley, a suplentes de notoria civismo, que alguna fue llevarán al Parlamento, en este dominio de tinieblas y de sangre. Pero bueno es conocer las intenciones: el **coloradito** quiere ser Ministro en el futuro y comienza desde ahora a recortar el cuero resistente de su cartera. Y como el ciudadano simple, forma gabinetes, organiza ejércitos y entabla relaciones diplomáticas antes de escrutar los comicios, los agraciados también comienzan a recibir recompensas por sus servicios reales y a paladear platónicamente los deleites del mañana.

Que el maderismo fustigue, se explica; pero que el porfirismo azote, no tiene disculpa, sino es por la voluntad de no soltar la cadena y pedirles a los caribes que le pongan un remache más para glorificación de nuestras libertades.

Y bien, si la ley es la ley a secas, sin tomarla de paño de lágrimas, para enjugar intrigas y ocultar ambiciones, confiemos en ella, los que aún nos queda el pudor y la energía de pensar primero en la patria y después en las avaricias y en las vanidades humanas.

Y el Ejecutivo de ahora que, felizmente, es la ley, sabrá objetar, en uso de la prerrogativa constitucional, la torpe convocatoria, que ha venido a ser la flexibilidad más visible del poder legítimo para los histriones bastardos.

Graves Cargos

[Agosto 17 de 1911.]

El señor general del Ejército Libertador, don Cándido Navarro, en una extensa explicación que hace al público, sobre su conducta regeneradora, dirige cargos muy graves al astuto señor don Francisco I. Madero, a quien conceptúa muy alejado de los ideales de la revolución, y preocupado solamente de pequeñas intrigas y de grandes propósitos para violar el voto público en favor de su personalidad, que no ha tenido más fin moral al reconstructor, que ser Presidente de la República.

Dice el señor general Navarro, que el señor Madero "está unificado con los científicos". Aunque esto parece un absurdo, se deduce sin dificultades, por la veleidad del señor Madero, quien carece de dominio sobre sí mismo, y acepta sin reflexión toda idea extraña, si ella le parece encaminada a obtener la Presidencia y a formar "su Gabinete", que es la tentación que más lo persigue. Lo único que falta es definir la concepción científica. Entendemos que el señor general, respondiéndose a la idea propalada como arma de partido, de que el cientificismo es todo lo que implica negocio, quiere decir que el señor Madero, olvidándose de las purezas que dieron origen a la revolución, se consagra hoy a la política, que tenga por resultado positivo el beneficio pecuniario, del cual se puede aprovechar lícitamente el mismo señor Madero y su numerosa familia, acreditados en los mercados como personas de gran espíritu mercantil y de mejor inteligencia para las combinaciones financieras.

Tal vez el señor general se quiera referir a un gran negocio de petróleo, en el que se dice que el señor Madero está vivamente interesado, y cuyo proyecto de monopolio del artículo nació a principios de la revolución.

Es bueno que lean ustedes una parte sustancial de lo que escribe el señor general Navarro. Expone que la comisión que fué a Tehuacán, "no tenía más objeto que hacer que Madero volviera sobre sus pasos, ya que se le consideraba como traidor a la causa del pueblo y a sus propios principios, por todas las inconsecuencias que viene cometiendo, desde la toma de Ciudad Juárez; pero, no habiendo conseguido arrancarle del cientificismo, se acordó fuera desconocido como Jefe Supremo del Ejército Libertador, y desconocido también por el Partido Antirreeleccionista, como candidato a la Presidencia de la República".

Nosotros no necesitamos esperar las razones que aduzca el señor general; nos basta con lo visto, y al pueblo le ha bastado también, para comprender que el señor Madero no ha revelado aptitudes políticas, ni dotes de gobierno, ni tacto, ni discreción, ni tino.

Por su decantada buena fe, por su sencillez y su democracia mercantil, el Estado podría utilizar sus servicios en alguna escuela de párvulos, y siempre que la enseñanza fuera laica, porque, con instrucción religiosa, el señor Madero tiene el inconveniente de ser espiritista y mocho.

Interinamente han desconocido la divinidad del señor Madero, su jefatura de revolucionario y su condición de caudillo, los señores generales insurgentes Emiliano Zapata, Ernesto E. Guerra, Camerino Z. Mendoza, Priciliano A. Martínez, Heriberto Jara y Cándido Navarro.

La "crema" de la "crema".

Un conflicto teológico

CATOLICOS Y NO

[Agosto 17 de 1911.]

"Cuestionario".

1—¿Puede un católico, apostólico, romano, hacer causa común con un masón, y designarlo individual o colectivamente para Jefe del Estado?

2—¿Le es lícito a un hijo de la Iglesia Romana, someterse a la obediencia de una persona que rinda culto al espiritismo o a cualquiera otra religión o doctrina que no sea la instituida por Jesucristo al género humano?

3—¿Es permitido a un creyente auxiliar, moral o materialmente al enemigo de su religión, en una obra que tienda a la destrucción del prójimo y a la ruina de su patria?

4—¿Es grave pecado o no, el escándalo que se produce, asociándose en ideas, en aspiraciones y en fines morales, a una persona que se encuentra bajo la pena sancionada de la excomunión mayor?

5—¿Es o no doloso, asistir al santo sacrificio de la misa y recibir la sagrada eucaristía, llevando ya el propósito, y aun el compromiso de exaltar a un masón y resguardarlo con el prestigio de la religión católica?

6—¿Es merecedor de castigo eterno, el padre de familia que enseña a

sus hijos la manera de concÍlcar la santa doctrina de Jesús, y burlar las disposiciones de los Santos Padres que condenan todo comercio con los enemigos de la Iglesia?

7.—¿Es digno del reino de los cielos, el que ayuda por pensamiento, por palabra o por obra, a los impíos y a los herejes, que combaten con sus actos o creencias contrarias, la sublime doctrina del Hijo de María?

* * *

Hemos condensado en el cuestionario anterior las opiniones dispersas de los católicos, justamente afectados por la actitud que ha tomado el Partido de su nombre, adhiriéndose a la candidatura del señor Madero.

Debemos decir, con absoluta lealtad, que la sensación producida en la sociedad por el círculo de creyentes constitucionalistas, ha girado de preferencia entre sus mismos correligionarios.

La censura, si se quiere áspera, a los señores del Partido, nace con mayor energía de los católicos mismos.

No es la cuestión política; hay algo más levantado para los creyentes: se ha ofendido, de una manera intensa y despiadada, la dignidad de su creencia, buscando el apoyo de un masón para salvar intereses particulares. Y esto, lo estiman los católicos como una apostasía, que es la renegación de la fé, o como una simonía, que es el mercantilismo de los bienes espirituales.

Nosotros, confesamos ingenuamente nuestra incompetencia en asuntos teológicos; pero sí nos impresionan las interrogaciones que torpemente hemos condensado en el cuestionario que presentamos.

Efectivamente, y a percepción profana, no comprendemos a un católico con un masón, ni nos explicamos tampoco la unción de los señores delegados, recibiendo la comunión en antesala del Templete político de mayor cuantía que hemos presenciado.

La fórmula Madero-de la Barra nos parece sencillamente absurda y de muy poco tino social.

Ligar a un hombre que se convida sólo a todas las reuniones, que asiste a las campañas con todo y familia, que le piden su influencia para libertar a un bravo, y lo consuela con carbonea calcárea; ligarla, repetimos, con una persona culta, tributaria de la ley, decente y con hábitos de correcto cortesano, es un desconocimiento del ambiente y de los individuos.

Parecerá poco serio el ejemplo, cuando se trata de los destinos del país; pero no es así, si hemos de creer que de las idiosincracias personales nace la psicología de los hombres.

No hay paridad posible entre el señor de la Barra y el señor Madero. Llevan distintos orientes. Los del triunfo, huelen a opoponax, y dicen que es cientificismo; los derrotados olfatean carne muerta y dicen que es democracia.

Y el único que quiere conciliar estos olores, es el Partido Católico. Habrá que rezar un "Magnificat" y encomendarse al Consejo Superior de Salubridad.

* * *

Y no nos distraigamos en flirteos de poco volumen.

Nuestro cuestionario podrá ser imperfecto en su enunciación; pero contiene, a nuestro juicio, las verdades puras del dogma católico. Y si no es pretensión que las hayamos formulado claramente, debemos buscar las respuestas honradas, sinceras y de reconocidas autoridades en el asunto.

No conocemos al extenso personal del Partido Católico, ni podríamos, para nuestro objeto, o, más bien dicho, para el de los creyentes, someter el interrogatorio a la contestación de numerosos individuos.

Vamos a limitarnos a tres caballeros de acreditada fé religiosa, de reconocida honorabilidad y de intelecto indiscutible, y ellos son los señores don Luis García Pimentel, licenciado don Manuel F. de la Hoz y don Gabriel Fernández Somellera.

A estos señores, suplicamos se sirvan explicar, en la forma que juzgaren apropiada, las dudas que contienen nuestras preguntas, y cuya aclaración es de gran interés en las circunstancias dominantes.

Y conste que esta no es exigencia nuestra; es un anhelo vivísimo de los católicos mejicanos, profundamente alamados por un acto de caracterizados correligionarios, que no ha merecido la aprobación de los sinceros creyentes del dogma romano.

LOCURA Y CRIMEN

[Agosto 25 de 1911.]

Si tuviéramos la creencia mística de la infancia, sostenida fervorosamente por la madre que persigna en las horas del sueño y que pone en nuestros oídos la voz de la oración, atribuiríamos ciegamente, con la ceguedad de la fe que no discute y del temor que no analiza, los dramas nacionales, a un edicto celeste comunicado de nube a nube, para castigarnos de delitos no conocidos y de ajenas faltas que irradian sobre los irresponsables, por la inflexibilidad de las leyes que regulan a todas las especies.

Y decimos dramas, aunque está muy desacreditada la palabra porque los sucesos de lágrimas y de sangre, de ruinas y de destrucción, no se facilitan para catalogarlos en las notas de policía, ni aun para escribirlos en los libros prolijos del Hospital Juárez.

Lo acontecido, con sus temblorosas iluminaciones de incendio y sus figuras danteseas, se acerca más a la tragedia de Esquilo, y modernizándolo a la de la cortante guillotina, que quiso ser el epílogo bruñido de la nobleza borbona.

Estamos en plena tragedia. No es la del peplum, ni la de las fieras actitudes; no hay Nerones ni Petronilos en las bacanales cesáricas, ni lluvia de pétalos sobre los vasos escanciados; es una tragedia de familia y de color mexicano; el bourgués de los campos que acumula silencioso la economía del trabajo rudo, el que forma hermandad con la yunta y con el labriego tardo y aproximado al cuadrúpedo que rasga los surcos, el que instituye una familia de sencillez provinciana; la primogénita de un rubio ki-ka-pú, que aprende en un piano de abonos trimestrales las lecciones de Lemoi que en la historia se riman con las proclamas de Zuloaga y con los manifiestos de Miramón, que ameniza las fiestas del onomástico con la "Stella Confidente" o el "Non tis cordare di me," como novedad musical, paralela del lenguaje de las flores y de la sopa de ostiones; el campirano que equilibra la ley económica del capital, de la tierra y del trabajo, el comerciante de los pequeños mercados que a cálculo de dedos atropellado a las veces por la ley del timbre y los impuestos locales, da cita en sus armazones desvencijados a la carne y al calzado, a la manta estampada y a la legumbre tuberculosa; ese luchador mudo, que es la unidad concurrente de la vida económica, es el que de golpe e insperadamente, paga en una bella mañana con todos sus bienes y con el honor venerado de su primogénita, los gastos de la democracia y del sufragio que al fin y al cabo, los principios de redención y de metamórfosis política, se cuotizan también en la bolsa evangélica, porque los apóstoles comen y tienen familia y compromisos bancarios y pagarés otorgados en un arranque de sueños libertarios y de felicidad de los pueblos.

El impuesto tácito de la Revolución, se ha sujetado a las nefandas leyes del cientificismo. Los agentes maderistas, que por un instinto económico o por una sugestión espírita, han hecho la derrama entre los contribuyentes, no empadronados en el fiscalismo del sufragio y eso. Y en un instante preciso de voracidad democrática, se les aplica la facultad económico-coactiva de la canana, y sin más trámites que la agresión inminente y grave al delicado instinto de conservación, se ejecutan los bienes fungibles del almacén: el maíz acaparado y polvoriento de cosechas acumuladas, las latas de sardinas deshuesadas para consumo en los onomásticos del Jefe Político y del Juez de Letras, la panilla tricolor para la demanda de los días cívicos, el chorrera de San Luis y el coñac de Parras, como una filiación de maderismo legítimo, y las baratijas de uso doméstico que fermentan como elementos mercantiles de la localidad. Como ampliación del embargo y por si faltare para costas, se llevan a la niña del ki-ka-pú, con su correspondiente depositario, y a efecto de que no haya reembargo que perturbe la acción preferente, se deja por vía de cédula hipotecaria sobre el bien raíz, el explosivo regenerador que desgrana la piedra y pulveriza el adobe, para que en la historia quede una página arenosa escrita contra la dictadura de la paz.

* * *

Lo anterior, será o no paisaje digno de llevarse a un lienzo de bazar o de academia; pero es una verdad dicha en estrofa corriente y que hoy recitan lacrimosas las atribuladas víctimas.

La maldad humana es inmortal, y sólo cabe en la defensa del microbio bueno contra el malo, aludir los encuentros y cubrir las avenidas para impedir el ambiente propicio a la producción del germen homicida.

Y lo que es salvación, como regla general en el combate, en esta lucha fratricida, es la colaboración más cándida para entregarse al vampirismo; desangrarse las venas con el ejecutado noble de las tiranías romanas.

No son los que modestamente se han llamado caudillos por aspirar a la tiranía, ni los que se han titulado libertadores para apoderarse de los bienes acechados; éstos tienen una finalidad perversa, pero explicable: son las comunidades imbéciles, las plásticas para el crimen, y las debilidades en el vicio hasta llegar a la locura con las masas que sienten la indigestión de ideales cargados de picantes, que no caminan por el tubo gástrico ni con millares de kilos de carbonea calcárea a la primera dilución.

Y los cocineros de estos manjares olorosos y nocivos, son los del intelecto elocuente: los Demóstenes que levantan tribunas en las tabernas o en los cinematógrafos, y los que condensan su moral y su patriotismo en un grito épico que se grabará en los bronces de la Fundición de Monterrey y se esculpirá en los mármoles italianos de las lápidas mortuorias.

"¡Viva Zapata, y muera el Ejército Federal!"

Suplicamos a nuestra gran hermana nos dé su mano a través del Bravo y de la histórica Ciudad Juárez.

Los ideales del simple

[Agosto 25 de 1911.]

En la monografía "Democracia y Personalismo", del señor licenciado Esquivel Obregón, encontramos un breve, pero exacto juicio del apóstol, en uno de sus perfiles como Jefe de la revolución, y en los tiempos de aquel semestre en que la laboró y la forjó, con el auxilio de un ejército abigarrado, que si triunfó a nuestro desautorizado parecer, fué, más que por el descontento del público, contra el general Díaz, por la bandera de inmoralidad y de desorden que ha permitido saciarse a los hombres malos, que constituyen la mayoría de nuestra especie.

Es esta siguiente la opinión a que aludimos.

No sé si Madero habrá, intelectualmente, evolucionado, ni si se habrá sobrepuesto ya a las preocupaciones y tendencias de la clase privilegiada, que, con diversos nombres y con variadísimos procedimientos, ha hecho sentir su influencia en nuestra historia, con gran perjuicio del bajo pueblo y del país entero; pero hace aún poco tiempo que demostró no haberse emancipado de esas tradiciones. En un mitin celebrado en San Luis Potosí, durante sus giras electorales, alguno lo interpeló pidiéndole que repartiera sus bienes entre el pueblo, si quería demostrar con hechos su amor por éste. Madero, en lugar de dar una buena razón, para no hacerlo, que demostrara que conocía el problema que se le planteaba y era capaz de resolverlo, salió del paso aplicando hábilmente una receta del arte de hablar en público: dijo que el noble y patriota pueblo mejicano no tenía hambre de pan, sino de justicia. Con lo cual supongo que lo aplaudirían mucho.

Si deben, pues, de tenerse en cuenta aquellos antecedentes; si se observa que la confianza del propio valer en el hombre del pueblo, lo ha hecho entrar en los combates por la conquista de sus indefinidos ideales, casi sin quien lo guíe ni quien lo mande; si se ve, por otra parte, que cuando ese hombre del pueblo se halla en el ejército, ya no deserta de las filas como en los tiempos en que se agitaban meras cuestiones políticas o personalistas, sino que se bate con un heroísmo impuesto sólo por el sentimiento del honor, a pesar de la paupérrima soldada y de sus inclinaciones personales, si se tiene en cuenta, repito, todos esos factores, habrá que concluir que la revolución no ha llegado a su término con las simples conquistas de los principios políticos, que claramente se formulan; que fluctuará el estado de agitación de los espíritus, según la ley del ritmo del movimiento que preside la marcha de los pueblos, como la de los astros; que tendrá períodos de relativa calma, y otros de gran conmoción; pero es indudable que, mientras no se satisfagan las necesidades, más sociales que políticas, que engendraron la rebelión contra el general Díaz, la revolución continuará en los espíritus y tenderá a mostrarse en el exterior como, según los geólogos, el fuego que existe en las entrañas de la tierra tiende siempre a producir los terremotos y las erupciones.

* * *

Bien delineada está la figurilla del apóstol de Parras, deslizándose por la tangente, cuando se le indicaron erogaciones de bolsillo. El hombre no vino a la tierra prometida de la libertad, para obsequiar su patrimonio; en ése punto, es comerciante y no quebranta sus principios de impecable judío: la democracia no tiene parentesco con las reservas.

Además, recordamos que en aquellos días aciagos de persecuciones al santo de Parras, algunos Bancos le demandaban el pago de los préstamos ministrados al negociante en apuros, y éste no pudo acudir solícito al cumplimiento de sus obligaciones legales. Coincidía esta aflicción del reo —hablamos en términos del Código de Procedimientos Civiles: el actor y el reo,—con la holgura del papá, descartando billetes para la alimentación maderista, hasta la suma de setecientos mil pesos, que, honrada y escrupulosamente, mandó pagar al señor Secretario de Hacienda, para evitar que los científicos encontraran pretextos para menoscabar el crédito nacional.

Apreció bien el supremo revolucionario el hambre del pueblo, que no era de dinero, sino de justicia; por eso se ha propagado la sagrada causa de su candidatura, ofreciendo a los votantes que las tierras ajenas, serán del que sostenga la sublime doctrina del maderismo, que los saqueos en las poblaciones, no serán castigados por la justicia de la tierra, ni censurados por la del cielo, una vez que el Partido Católico aceptó ya todo el programa real y filosófico de la revolución; que el asesinato, siempre que se personalice en el gachupín, en el chino o en el cacique, no tiene cuasi pena, porque, según frase del apóstol, el empuje vigoroso contra la odiosa tiranía, fué para salvarnos de la paz y hacernos caer en la magnanimidad del general Zapata.

Nada de venganzas: justicia, que es el hambre del pueblo, y cuanto a la lucha por la existencia, ahí tenemos las haciendas científicas—cuidado con el guayule,—que son nuestras, no por los timos de la dictadura que exigía escrituras para disimular usurpaciones, sino por el dominio "efectivo", que es la palabra mística de la regeneración, por la posesión real de la tierra, amparada con la fuerza de los valientes soldados que vigilan, correctos y acuciosos, que el llamado dueño no intente aprovechar un solo palmo con detrimento de los derechos del pueblo, del pobre pueblo que jamás ha visto la suya en eso de propiedad raíz.

Tenemos francamente que admirar el tino del ciudadano simple: cuando se trató de alentar a las víctimas con los bienes propios, el hambre era de justicia, cuando, por desgracia del general Navarro, cayó Ciudad Juárez y terminó el odiado despotismo, se sintió la necesidad política de repartir la democracia, y se dejó a la discreción de los valientes colaboradores la manera sensata de repartirse la propiedad, según las extensiones, las exigencias y la debilidad de los propietarios en cada lugar.

La historia nuestra, a partir del impulsivo Iturbide, está pletórica de traiciones, de insuflación, de nulidades, de ambiciones insensatas y de crímenes, de muchos crímenes, que piden un volumen aparte, más grueso y más auténtico que el dedicado a las actas de defunciones del Registro Civil. Pero en las páginas, unas apasionadas, otras torpes y algunas imparciales, no hemos encontrado sino relaciones de índole política, muchas de condición moral, como el liberalismo moderado de los Lafragua, y otras virulentas sobre personas o sobre credos, sostenidos con fanatismos más o menos exaltados. Ninguna hoja histórica se atreve a mancomunar la democracia, la monarquía, el clericalismo y aun la propia y exaltada demagogia, con la propiedad privada. Las guerras todas de nuestra vida independiente habían sido de principios aceptados o repudiados, y ocultando personalismos de grandes o de pequeñas ambiciones, pero ninguna enarbolaba el pendón destructor del bien propio, del honor, de la familia y de la vida; el socialismo sin régimen, la comuna en acción y el anarquismo en ejercicio; la trinidad de factores para el suicidio nacional, que, adaptado a la colectividad, es el obsequio voluntario de nuestra autonomía.

Decía bien el ciudadano simple: el pueblo, en los albores de la revolución, tenía hambre de justicia; un deseo gástrico de empleos, de tierras, de aguas y de cereales; al cerrarse la revuelta con el broche rojo de la sangre vertida, el mismo pueblo, tiene sed de democracia: el bien ajeno, la codicia terrenal de las gracias prohibidas por el decálogo de la cristiandad.

Y habrá que otorgárselo, porque es la semilla de la moral por venir, porque es la fórmula de la metamorfosis que ha de darle la madurez de pueblo consciente de sus derechos, y porque es, en final, la limitación del desbordamiento científico que amenazaba con la humillante paz y el criminal desarrollo económico, ya no el aniquilamiento de los elevados sentimientos de libertad, sino la ionización de los ideales del ciudadano pobre, que no anhela pan para el hogar, sino sueños para el espíritu: el cloroformo de la democracia, la morfina del sufragio, y eso, la catalepsia de las reservas.

Oración Electoral

[Agosto 25 de 1911.]

Hemos recibido una graciosa cromolitografía de la Virgen Guadalupana, que tiene la siguiente inscripción, inserta en el reverso de la imagen:

"A Nuestra Señora de Guadalupe".—Sacrosanta Patrona de la humanidad y especialmente de la República Mejicana: ilumina a tus hijos para que, con acierto, sepan elegir, en los próximos comicios, al que ha de ser Jefe de la Nación.

Haz, Virgen Santa, que sea una persona docta, justa y no enemiga de la Religión Católica, Apostólica y Romana.

Nota.—Según dijo "El Heraldo Mejicano", en la "interview" publicada en dicho diario, el día doce de Agosto, el señor don Francisco I. Madero es libre pensador, ateo y espírita".

Se nota, por la circulación de la imagen a que nos referimos, y por otras manifestaciones de las personas que en mucho estiman la integridad de la fé católica y la moral religiosa, que los creyentes sinceros, desinteresados y amantes de su patria, están visiblemente inconformes con las probabilidades de fuerza acumuladas a la personalidad del señor Madero, para que sea electo Presidente de la República.

Este sentimiento debemos interpretarlo como un reproche al Partido Católico que con violación expresa de su credo, presta su apoyo a un enemigo manifiesto de la Religión.

Los tres calificativos de la Nota contenida en la inscripción copiada, no exigen explicación muy amplia para su inteligencia abstracta; pero no creemos ocioso recordar lo que en concreto significan, en antagonismo con los conceptos bien conocidos de católico, apostólico y romano.

El libre pensador es aquel que alimenta su espíritu y su conciencia con retazos de todas las doctrinas que, por lo general, son contradictorias y no arrojan preceptos morales homogéneos, ni menos creencias que lleguen a la categoría de una religión. Es por lo mismo, un mosaico de todas las filosofías, que tienen la insubordinación, el atrevimiento y el desenfreno de condenarlas todas.

Ateo es, como lo enseña la raíz: sin Dios, o lo que es igual que niegue su existencia. No sabemos si podrá aplicarse con justicia al señor Madero y a su pueblo revolucionario, lo que decía Cicerón, tratando de la existencia de Dios: "No existe ningún pueblo, por bárbaro y salvaje que sea, que no sepa que hay Dios, aun cuando ignore su naturaleza."

El último concepto es el de espiritista que en los tiempos corrientes es una enfermedad mental que ataca a los cerebros débiles y propensos a las alucinaciones y a las monomanías de grandeza.

El espiritismo, fundado por Allan Kardec, es en el orden filosófico, una teoría que no carece de extravagancia. Nuestra vestidura corpórea, según los adeptos, es una verdadera cáscara de fruta con la que se entretienen los Jueces del Registro Civil, los administradores de los panteones y el señor Gayasso. Lo importante de nuestra personalidad es el espíritu y el periespíritu; el primero es un errabundo del espacio que va y viene, espiando la natalidad de los planetas para penetrar indiferentemente en algún organismo que más tarde, se llame Madero, Zapata o Sánchez Azcona; y el periespíritu, es un fluido común de dos, que lo mismo se va con el cuerpo cuando hay juerga, que se repliega con el alma cuando hay soirée sideral.

Esta es la última doctrina del señor Madero y en cuya práctica tiene ya una popularidad de mucha vis cómica.

Mal explicadas las tres designaciones, podemos llevarlas a una conclusión que estimarán ustedes de Sancho Panza, pero no carente por eso de una verdad absolutamente oportuna: el señor Madero no es católico, apostólico, romano.

Por esta razón y por las que le preceden, lo postulan los señores del Partido Católico.

Política Barataria

[Agosto 25 de 1911.]

MORELOS

El ruidoso viaje del señor Madero al acobiadísimo Estado de Morelos, para lo que él ha llamado el restablecimiento de la paz, que no ha sido sino la exhibición inmoderada de su persona, el aprovechamiento de oportunidades para sus auto-elogios y para la propaganda de su ya siniestra candidatura; el viaje citado no ha tenido la efectividad moral y política que exige una situación tan delicada para la tranquilidad general del país.

Nadie cree en la verdad del licenciamiento zapatista que, según historia breve, es ya el número cuatro de este recurso agresor de las reservas. El reportazgo auténtico, de los vecinos trabajadores que han huído de los horrores de crímenes tan sin nombre como los que acaban de cometerse, afirma que la dispersión de las fuerzas vandálicas que la prensa amoral ha llamado sostén de la libertad y de la democracia ignoradas por nosotros, es completamente virtual engañadora para el Gobierno, amenazante para el Estado y gravosa para el erario.

La entrega de las armas, según los mismos informantes, tiene un cariz, más que cómico, de manifiesta indelicadeza y de cinismo que es debido puntualizar. Se han ocultado los 30 30, las dotaciones de cartuchos y se han entregado armas blancas, melladas, hoces de campo para segar principios democráticos, pistolas sin cilindros y en conjunto un volumen de fierro viejo que desecharía por inútil el más tolerante mercachifle del antiguo baratillo o del mercado del Volador.

Esta obra de reconstrucción social, ha producido una intensa y vanidosa satisfacción en el señor Madero, quien ha gravado al telégrafo federal con descripciones de su elevada misión, más todavía de lo que vale el fierro dulce recogido como epílogo de la guerra, o más bien dicho, de los saqueos y de la no-reelección.

Ninguno de los habitantes del Estado de Morelos, tiene la candidez de ingerirse el paquete de la paz llevada a término por los periódicos zapatistas; saben bien que los prófugos de todas las prisiones que se han liberado en nombre de los sacrosantos principios, no van a redimirse ni a transformarse en hombres útiles y buenos, por sólo la divinidad del señor Madero y por el apoyo que como masón y espiritista le va a prestar el importante partido católico. Esos sentenciados, algunos a la pena última, no es fácil que vuelvan sobre pasos de honradez que nunca han dado, así hicieran confesión general y tuvieran las absoluciones más solemnes de sus delitos, inclusa la del propio Concilio de Trento, si se reuniera sólo para ello. Distingue con bastante claridad, aun el cerebro más absoluto, que no pueden someterse ni a la obediencia ni a la ley, hombres que han visto la revolución como un medio de vida amplio en sus productos, vasto en su inmoralidad y fecundo para la conservación de sus vicios. Esta consideración sola, bastará para comprender la dificultad de represión a los actos de delincuentes totalmente ineptos, para su adaptación a los medios de orden, de tranquilidad y de trabajo.

La revolución, con su socialismo embrionario, con sus dolosas falsedades sobre soñadas madureces del pueblo, para democracias mitológicas, no hizo más que despertar los dormidos sentimientos de la bestia humana en las colectividades ignaras y regresivas, y ahora no tiene ni voluntad, ni elementos, ni buena fe para limitar ese brusco sacudimiento de anhelos criminales, que serán la prolongada amenaza de los intereses legítimos y del principio de autoridad honrado.

No hay buena fe en la revolución, porque un hecho de delincuencia visible por lo vulgar, se ha pregonado con una desvergüenza que entristece nuestras pretensiones de civilización que los asaltos a las poblaciones indefensas, los asesinatos inicuos, las salvajes destrucciones hechas por el placer del aniquilamiento, son actos políticos y manifestaciones populares de reconquista a los principios denominados salvadores y redentores. Y se ha llegado a consignar la herejía más audaz que puede escucharse en pleno Gobierno de la legalidad y del derecho, y es que la presencia del Ejército Federal, y cuyo símbolo es el orden y la paz, basta sólo para sembrar la intranquilidad y producir el desorden entre el pueblo, que no quiere ni a Huerta ni a Blanquet, sino al funesto Zapata y a su padrino la Becerra.

Sutilizando este barbarismo perverso, que sólo cabe en los aspirantes a Ministros, o en los codiciosos de las reservas, encontramos que el pueblo de Morelos es feliz, está contento, espera su progreso y conquista su civilización, con el desenfreno de las turbas que incendian, que asolan y que matan, y se siente abatido, desmoralizado y sin esperanza en el futuro, con sólo la presencia, no digamos ya de una brigada, sino de una sola compañía de tropa regular, que vigile alguno que otro poblado y se oponga a los abigeatos, al sacrificio de las vidas humanas y a la ruina de un vecindario que quiere, como única finalidad de su inenarrables sufrimientos, el trabajo y la paz.

Estas estupideces, que no son sino aberraciones mentales inspiradas por conciencias atrofiadas y lodosas, no podían subsistir como postulados, sino

en un estado de desquiciamiento por el gran cisma de la revolución.

* * *

Las opiniones serenas y substraídas a toda vehemencia de partido, califican de torpe y de ineficaz la labor del señor Madero en el Estado de Morelos. La práctica de ella se ha acercado mucho al ridículo, pero hay algo de mayor trascendencia como regulador legal de un futuro muy próximo, y ello es el precedente de celebrar convenios con los bandidos que se encuentran fuera de la ley, y no es decir bandidos por el hecho de aplicar un epíteto que los connote, sino por la verdad experimental de que lo son en el terreno de la ley, con la comisión reciente y en la presencia misma del señor Madero, de actos que caen infaliblemente en el dominio del derecho punitivo, y por los antecedentes de que ya hablamos y que radican en los procesos o sentencias de los libertadores, para honor y deshonra de la libertad.

Se ha dado la razón sentimental y de oportunidad para elevar al señor Madero en el aeroplano de la adulación, que, con su intervención atinada y prestigiosa, se evitaba el derramamiento de sangre, y eso antes que todo. Los que no han notado que la revolución ha producido, según estadística de los mismos zapatistas, catorce mil víctimas, no políticas y parecidas a las sacrificadas en Atencingo, Covadonga, Torreón y lo demás que ya ustedes saben, hoy sienten la ternura por los salteadores del Estado de Morelos, y, nuevo engaño, quieren demostrar al país que en el caudillo hay corazón, hay sentimientos levantados y hay un ilimitado amor al prójimo, que puede avergonzar al mismo partido católico, que descansa en ese simpático principio de cristiandad. No pensó ni sintió lo mismo el señor Madero cuando los sucesos de Puebla, que dieron un contingente bastante fúnebre de carne humana, y cuya destrucción no pudo evitar el caudillo por la obligación que tenía de proteger a los animales angelopolitanos, la de bailar unos lanceros en el Palacio Municipal y la de hacer su plataforma de candidato en los brindis de la soirée que había mandado preparar para su recepción. Hubo entonces una hecatombe que no se borrará en la historia, y al señor Madero no se le ocurrió considerarla de tamaña importancia, como la que podía haberse verificado en el Estado de Morelos, con inminente compromiso de la existencia de Zapata, del gran Zapata, a quien tal vez veamos suceder, por la voluntad popular, al señor Madero en la Primera Magistratura de la República. Y en esa hipótesis, el caudillo ha estado clarividente como nunca, porque quién quita haya preparado su felicidad, resguardando la vida del héroe del Sur y luminosa figura de la revolución maderista.

El señor Ministro de Gobernación, don Alberto García Granados, con una entereza y un valor civil que reflejan sus condiciones de caballero y de hombre moral y honrado, ha emitido su opinión sobre la torpeza del señor Madero, y su conducta reprensible, impidiendo que la ley impere y relajando el principio de autoridad, tan necesario y tan urgente en estos momentos tenebrosos. Esto ha sido suficiente para que se le ultraje, se le befe y se confeccionen grandes artículos de alta política, con tendencias demostrativas de que el Ministro de Gobernación es un elemento nocivo para el bienestar del país. La doctrina es alentadora: o se acepta el imperio del bandido, del asesino y del salteador, se hace uno cómplice y protector de él, lo exalta a los puestos públicos de mayor significación, o tiene uno el anatema del pueblo y la muerte en perspectiva con sólo habilitarlo a uno de científico y lanzarlo a las fieras muchedumbres como indefenso cristiano, a las fieras de los circos de los césares paganos.

* * *

Finalizaremos con estas conclusiones extraídas de la lógica de los hechos:

1.—El licenciamiento no se ha verificado en los términos radicales que demanda la situación del Estado de Morelos.

2.—La paz no se ha restablecido porque los medios practicables no dan confianza ni garantías a los millares de emigrados del Estado, que desean a tiempo regresar a sus hogares.

3.—El Gobierno ha comprado, por conducto del señor Madero, fusiles viejos y ha pagado a los libertadores porque conserven sus armas, para cualquier llamamiento democrático que el pueblo les haga y cuya invocación no ha de tardar mucho.

4.—La propiedad sigue en el mismo peligro y en igual usurpación, porque los detentadores de ella continúan sobre los campos, aprovechándose desvergonzadamente de los productos del bien ajeno.

5.—La transacción consumada para la paz virtual del Estado, envuelve en su forma la perpetración de un delito previsto y penado por el Código, porque se ha convenido en no perseguir a Zapata ni a sus hordas, los cuales, en su mayoría, tienen cuentas pendientes con la justicia.

Jugar Limpio

(Agosto 28 de 1911.)

Tiene el señor Madero frases sencillas y familiares que interpretan sus sentimientos de persona poco habituada a las prácticas cortesanas.

Podría ser esa característica de hablar en corriente, una falta de ilustración positiva que le impidiera substituir la vulgaridad de los vocablos, con elevadas construcciones de lenguaje, propias del hombre superior y en contacto directo con los libros; sería a la vez una injustificada exigencia al individuo de cuyas palabras está pendiente todo un pueblo, naturalmente aficionado al bruñido de los léxicos y a las exposiciones metafísicas que lo dejan en la oscuridad de los arduos problemas del Estado.

Pero el señor Madero no admite retóricas, ni tropos, ni figuras. Será un Presidente que al pan no le llamará fécula, ni al vino uva. Desde la feliz idea del medicecito de oro, hasta el último pensamiento de que siempre "juega limpio", ha patentizado una elaboración mental de procedimiento completamente arcaico.

Esta simplicidad cae en gracia al pueblo, que está madurándose en los principios democráticos. Se quiere un Magistrado de intenso republicanismo, que interlocute mano a mano con el sucio y con el ébrio, que entable discusiones sociológicas con la meretriz y que se ocupe de las aspiraciones patrióticas del desheredado grupo de la especie humana, incluídos en los derechos políticos y colocados en el rango constitucional.

Y para que el contacto tenga su encarnación de purísima democracia, es preciso aplaudir los vicios del hombre, porque las instituciones tienen las puertas abiertas al ciudadano, sin cortapisa alguna sobre su moral y sus costumbres. Y en corriente de Stuart Mill y aun del empírico Balmes, desembarcamos en la conclusión siguiente: el Estado no tiene derecho a investigar la moralidad de sus servidores, sino el deber de llamarlos por elección o por nombramiento a la regeneración del país.

La revolución ha procedido activamente a una nueva acuñación de honorabilidad representada en moneda zapatista. Si la circulación antigua era de honrada numismática, la filosofía de la reforma traída por el nuevo Lutero de la política, elude todo contingente que no haya recibido las aguas lustrales del sufragio y su apéndice. Y abordamos otra conclusión más elocuente que la primera: la honradez principia y acaba en la revolución; la antigua, por el hecho de haber existido en los tiempos del porfirismo, ha prescrito ya para la moral social. Por ahora, el honrado de suprema gerarquía, sin manchas de indemnizaciones, ni de guayule, ni de petróleo, es el señor Madero, y le siguen en grado los de su sangre hermana, como los señores Zapata, La Becerra, El Tuerto y otros del catálogo redentor, de los cuales, algunos ha hecho perecer el señor General Hernández, en recientes ejecuciones.

Invertida la inteligencia del régimen moral, y para precisión irrevocable de su vigencia futura, deben irse preparando a ingresar a la Penitenciaría los señores don Félix Cuevas, Su Señoría Ilustrísima, el Arzobispo de México; el doctor don Eduardo Liceága, el licenciado Vera Estañol, el General García Cuéllar y cuanta persona pueda, por sus ideas y sus prácticas, alterar el orden revolucionario y resistirse a los actos consiguientes de éste. Y como se presume que habrá un gran número de personas que intente hacer que se apliquen en los negocios y en las relaciones civiles, los códigos que sirvieron al Gobierno extinto, desde hoy se puede, en auxilio preventivo de la justicia, internarlas en las celdas penitenciarias, por el delito intentado de honradez antigua.

* * *

Hasta aquí las tablas de la ley zapatista.

Veamos con seriedad lo que ha querido decir el señor Madero con la vulgar y metafórica locución de "jugar limpio". Sin darle más alcance que el de su baja interpretación, "jugar limpio", es ser leal y no engañar en las contiendas en que se actúa.

Pues bien, dentro de esta concepción de entendimiento, y sobre el carril mismo de la política revolucionaria, el señor Madero "no juega limpio."

No sólo es táctil su insinceridad, sino escandalosa y nada patriótica. Su gira bombástica, charlatanera y gesticulante, a las devastadas ciudades del Sur, dejó al desnudo el esqueleto de un pensamiento obsedente que le tiene garfado el cerebro de manera imperativa: salvar al bandolero más insolente y de más negras tonalidades que puede pintar nuestra historia, sacudiendo al aire la marchitada oliva de la paz, como pendón de elevado sentimentalismo que ha llegado hasta la nota del ridículo.

Y con esta máscara grotesca de la sangre hermana, el señor Madero ha abofeteado a la justicia, ha deturpado y ofendido al Ejército Federal y ha intrigado capciosamente contra el Gobierno legítimo, puro y honrado del señor licenciado de la Barra.

Y si fuera de verdad la conmiseración, bien sarcástica en el hombre que bailaba casi sobre los cadáveres de Puebla, no habría que hacerle más requisitoria que la de torpe, de vanidoso y de inepto; pero el pueblo bien sabe que el señor Madero persigue a cualquier precio la subsistencia de las que llama "sus tropas", para el apoyo democrático de su elección, y, en consonancia con esa política, ha sido su labor obstruccionista para que la ley no persiga al salteador, y la obra de su prensa para convertir al plagiario en libertador y al asesino en ciudadano sencillo de nobles ideales. Es concordante también la comedia con cuatro actos de licenciamiento y desarme, de desperdicios industriales y de baratijas ferreteras.

Por todo lo expuesto, como rezan las peticiones forenses, el señor Madero "no juega limpio".

Citaremos al acaso, y con investidura de refuerzo, el ultraje reciente hecho en México a la autoridad suprema de la República. Una banda de idiotas, agitada por uno de los representantes oficiales del señor Madero, llevada a las residencias palatinas para amenazar al Presidente de la República, si subsistía en el propósito de ejercer persecución sobre el bandido Zapata, una pérdida tal de respeto y de ausencia de sentido moral, hacer chusmería en plena legalidad para favorecer los intereses del presupuesto caudillo, no dice más, sino que aprueba los actos de sus amigos, los protege y está en complicidad con ellos, para conspirar contra la honradez del señor de la Barra y revolucionar implacablemente hasta el triunfo absoluto y personal de él, de Zapata y de los que han derrocado al país, que es el que perece en las garras de la ambición más desenfrenada que ha pasado por las narraciones tristísimas de nuestras luchas fratricidas.

Falle ahora el público, si el señor Madero "juega limpio" o trae cinco reyes en su baraja democrática.

El porvenir de México

[Agosto 28 de 1911]

Se publica en Nueva York un interesante periódico escrito en alemán, y que se ha distinguido siempre por su veracidad, por su crítica sana, y por el análisis reposado y justo que hace de los acontecimientos de más notoriedad en el orden político y sociológico mundial. "New York Haads Zeitung"—que así se titula la publicación—correspondiente al día 20 del mes actual, trae un artículo sobre la triste situación de México, designada con el rubro que anotamos.

Es muy atinado lo que dice a este propósito, y sin mayor espacio para insertar en su totalidad el artículo a que aludimos, tomamos al acaso uno de sus párrafos, cuya traducción damos a los lectores, reservándonos ser más extensos para el resto, que haremos conocer bien pronto a los que estimen este género de lectura reposada y seria.

Dice el periódico alemán:

"Resultado inmediato de la última revolución es la resurrección de disensiones políticas, de ambiciones personales que Díaz había sabido detener con mano de hierro.

La transición de un régimen personal y absoluto al régimen democrático, ha sido demasiado repentino para poderse efectuar sin graves trastornos y peligrosas convulsiones.

La herencia de Díaz tendrá luego que emprender campaña ante la soberbia de ciertos individuos y contra la codicia de las masas excitadas torpemente por promesas imposibles, contra los bandidos y hordas criminales creadas por la misma revolución; en una palabra, los nuevos jefes de México tendrán que empezar precisamente de nuevo por donde empezó su soberbia obra el General Díaz.

Lo cuerdo hubiera sido, por medios pacíficos, hacer evolucionar el sistema insostenible de Díaz, en vez de provocar una revolución del todo inútil.

Un pueblo no se educa en la democracia de un día a otro, por discursos y proclamas, sino por una educación paulatina y sostenida en tiempo de paz."

* * *

Es muy breve lo inserto; pero su misma concisión facilita la claridad y la verdad de lo expresado.

El espíritu de observación que campea en esas cortas líneas, es preciso, desapasionado e irrefutable.

Es un juicio de abstracción que acredita la enormidad devastadora de la obra revolucionaria. Los que hacen sociología en discursos henchidos de ignorancia y de suficiencia, los verdaderos culatres que construyen axiomas para los cerebros incipientes, pasan por las leyes que rigen a las sociedades, con un desprecio tan insolente, que a existir una legislación reguladora del sentido común, estos ejemplares de hombres inconscientes, tendrían que ser condenados a la última pena.

Que la revolución ha sido del todo inútil, ya no hay quien lo ponga en duda; y como por ella se ha interrumpido el proceso evolutivo, la tangente es la anarquía con toda su corte de crímenes, pero eso sí: con héroes, con apóstoles y con guerreros integérrimos.

LAS CARAS DE JANO

[Septiembre 1º de 1911.]

Ya no es punto de discutir, ni aun siquiera entre escolares párvulos, que la revolución se haya hecho con el fin de reintegrar al pueblo en el uso de derechos políticos que, dicho sea de paso, jamás hizo esfuerzos por reconquistar y por lo que tuvo siempre una indiferencia rayana en orientalismo.

La revolución, como fenómeno social, se consumó por fatiga, entre los ilusos y los pocos de buena fé que tienen el delirio de las transformaciones novedosas, como emisarios de bienes particulares; anhelos latinos, informes y apretados de optimismos que atentan en sus estructuras contra las mismas leyes naturales.

Son legiones las que se forman con los desacomodados del medio, especialmente del económico. Es de burócrata mexicano que camina siempre por el desnivel de sus ingresos, riñendo con el sastre, enfriándose con el propietario, y buscando válvulas en la lotería, en el juego o en el encuentro providencial de una cartera con billetes en número excedente de los compromisos en vigor, a las presiones domésticas, y—hay que confesarlo con pena,—a los vicios menudos entre los cuales el alcohol se lleva una gran parte de la salud y del dinero del mal comprendido empleado.

Esta clase, tan numerosa en la República, como que tiene el monopolio de las levitas, es revolucionaria en una forma que, separada de las vías de hecho, es, sin embargo, incansable elaboradora de ideas socialistas que generan en el mismo fenómeno económico que acabamos de indicar.

El otro factor de la revuelta, el más importante por su carácter agresivo, criminal y destructor, de lo creado para el fin moral de las sociedades, está integrado por un elemento que existe en todas las comunidades humanas: el bandolerismo. Este y no otro es el que ha hecho la revolución armada, y a la que infortunadamente no se le puede prestar una resistencia de fuerza que nos hubiera salvado de los horrores que se han presenciado para vergüenza, para dolor y para ignominia de nuestra historia.

La revolución de principios en todas las etapas de las conmociones políticas, agrupa siempre personalidades conspicuas, intelectos reconocidos, prestigios ejecutoriados, y, sobre todo, un espíritu inquebrantable de moral y de legalidad, que persiguen y que sueñan los verdaderos apóstoles del bien procomún, los patriotas de fe y de amor a la libertad y a la tierra, que anhelamos ver fecundante y exúbera, y no irrigada de sangre y sedienta de germen productor y benéfico.

La impulsión criminal, llamada maderista, no ha contado con tres cerebrales en su período de formación. El Jefe que se ha encasarado obstinadamente en la nuez vana de un apostolado epigramático, y al que no quiere renunciar así tenga necesidad de tirar él mismo de la cuerda que debe ahorcarlo; el llamado cerebro, que llegó huyendo de persecuciones exaltadas por el temor, quince días antes del sospechoso triunfo de Ciudad Juárez, y el alma mater, que resultó un conspirador de encéfalo dislocado y de ambiciones de intensa exageración, que, en honor de la trilogía, se dan el quién vive, como decimos en vocablo de plática familiar.

¡Quién ha triunfado pues, contra la institución gubernamental sólida en sus relaciones internacionales, vigorosa en sus recursos financieros, fuerte en la colaboración de los hombres honrados y firme en la paz y en las seguridades otorgadas a la gente de bien y de trabajo?

Sencillamente los bandidos; los bandidos tan sólo, ayudados, con intención perversa, contra ellos mismos, para usurpar la fuerza, y con ella implantar la tiranía, única solución de vida posible entre nosotros, en fraude de la intervención que se presentará más cimentada aún que la canana y la fullería contra las reservas, exigiendo la vulgar garantía de propiedad y de vida que preconiza de polo a polo el derecho de gentes.

* * *

El jugo de esta exangüe transformación, inyectada con periodismo sucio y exudante, es, lo que con tiro al blanco y meramente casual, llamó **ratón** un orador de club. Y, efectivamente, la labor del apóstol ha tenido la necesidad del roedor sobre la pata de un mueble de sabor dulce. Su obra regeneradora, impracticable con el contingente bandálico, no tenía más punto final que la soberanía del encargo presidencial, y de esta idea persistente hemos tenido el muestrario más impúdico, en las gestiones populacheras del ciudadano simple, y en sus discursos ególatras y de intelectualidad amarilla, en su política deliberada de invasión a los Estados y de sostenimiento de fuerzas ilegales y opresoras; en sus intrigas contra el gobierno para debilitar el prestigio que tan rápida y merecidamente se ha conquistado el señor licenciado de la Barra, en sus cóleras vulgares y femeniles contra el general Reyes, porque ha presentado su candidatura acogiéndose a los principios revolucionarios y al plan de libertades ofrecidas a tan alto precio, y en tantas otras manifestaciones que se escapan a la observación de un pueblo ligero, enardecido y fustigado por los incendiarios de una comuna imitativa, no por ello menos trágica ni menos sensible que la demoledora del 71.

Despojada ya, la revolución, de toda flámula multicolor, y concentrada al objeto personal, que es la elección del simple, sentimos la repulsión más sincera y más honrada contra una figura que, apenas si da la talla de un profesor de primeras letras o de un tendero infractor de la ley del Timbre, de la del Fiel Contraste y amigo del Comisario y del Inspector General.

Para Presidente de la República, se ha necesitado esta remoción del tiradero de Zoquipa, para que un ratón se convierta en Ejecutivo, por una de esas transmigraciones naturales en la doctrina pitagórica del maderismo.

Y este hombre tiene sus caras como Jano, el dios itálico que, por coincidencia revolucionaria, se ocupó también de la hidráulica.

Primer perfil del auto candidato.—Amoral, por su comercio con el divisionario señor Zapata, por su estoicismo en las matanzas de Puebla, por sus sonrisas en los asesinatos de Torreón, por sus propósitos en apoyar a los alevosos matadores del Coronel Morelos, y por su frase de suprema imbecilidad, de que lo que no es sangre humana—Atencingo, Cuautla, Covadonga y continuación indefinida,—son cosas de la guerra que, por cierto, no provocó la señora alemana.

Segundo perfil.—Político estadista. Su tela meritoria fué el tratado de paz. Aquí, entre nosotros, ¿nos dan ustedes individuo más inocente, que acepta como revolucionario, y para no cumplirlo en la práctica, el pacto de reconocimiento a un gobierno legítimo? Tenemos que declarar sin porfirismo alguno, que fué la última habilidad del General Díaz, reducir a este pobre iluso al círculo de hierro de la ley, entidad que sólo conoce de vista y a través de un biblioteca jurídica que ha visto siempre con el horror que tenía el torero de Blasco Ibáñez a las planchas litográficas.

Tercero y continuará.—En punto económico hay que admirarlo. Cuando revolucionario, los Bancos le ponían cédulas por sesenta mil pesos, y cuando caudillo hay setecientos mil pesos por gastos, un millón para auxilios de las víctimas chinas, cien mil pesos para licenciar hombres en Puebla, y ocho mil pesos que cancelaron su libertad restringida por el despotismo.

Bien se puede gritar muy alto que el país se regenera y que los científicos atrapaban en vida economías de la República.

Continuaremos nuestro juicio suelto, para fundar nuestro voto de conciencia.

Matoides Políticos

ESTUDIOS DE ACTUALIDAD

(Septiembre 1o. de 1911)

Una de las obras más interesantes de antropología criminal que analizan los fenómenos sociales de las revoluciones, en relación con los individuos degenerados que las producen, es seguramente la escrita por César Lombroso y R. Laschi, dos autoridades que han contribuído poderosamente al desenvolvimiento de una de las ciencias modernas que más servicios prestan a la humanidad.

La obra que indicamos se intitula "El Crimen Político y las Revoluciones" y es un estudio amplio, completo y gráfico de los movimientos políticos a mano armada y de los criminales que por extravismos y desequilibrios son causa de grandes cataclismos y destrucciones que cínicamente llaman evolución.

El crimen político, ha dicho Littre, es el más considerable de todos, al menos en nuestra sociedad moderna: sus choques se hacen sentir, no solamente sobre los particulares, a quienes hiere para vencer su resistencia; sino también sobre la riqueza pública, sobre la situación internacional, sobre las relaciones interiores de los ciudadanos entre sí, y sobre la moralidad común. Por todo esto, merece ser estudiado como un caso de patología social.

Y así lo han hecho Lombroso y Laschi con una competencia que no nos

toca a nosotros encomiar.

Arrancado verdaderamente de las páginas del interesante libro que nos ocupa, damos en versión castellana un fragmento aislado del estudio, y al que los autores han puesto bajo el título de "Matoides Políticos."

"Se distinguen, dicen Lombroso y Laschi, de los animales, por la integridad casi completa de sentido moral; se diferencian de los locos, por la ausencia del delirio, por el impulsivismo más débil y por la conservación casi general de las afecciones; distinguense, finalmente, de los unos y de los otros por la carencia casi completa de caracteres degenerativos y aun de herencia morbosa.

"Llevan la excentricidad hasta la locura, dedicándose a pesquisas fantásticas y pseudo-científicas, y abandonándose a menudo a violencias durante los períodos electorales y las perturbaciones políticas, en las cuales la excitación de las pasiones es general.

Ciertas anomalías funcionales, relacionadas con la alteración de los centros nerviosos, pueden ser más frecuentes en ellos, como por ejemplo, movimientos convulsivos del rostro, fenómenos epilépticos, breves delirios y anestesia.

Lo que de antemano los distingue, es que poseen lo que puede llamarse la apariencia del genio y del apóstol, sin tener su substancia.

Del genio tienen la convicción profunda de sus propios méritos, la confianza tenaz en sus ideas, el abandono de cualquier otro cuidado; no tienen de aquél ni la sagacidad, ni la fecundidad, ni la originalidad. Si a veces llegan a entrever nuevos horizontes, consiste en que, como un gran número de degenerados, son nada o son muy poco misoneístas; cada una de sus tentativas aborta o se desvía del principio, porque el verdadero substratum de la creación genial, la potencia de intelecto, les falta.

"Tienen del apóstol el completo altruismo: sufren por los males que afligen a la humanidad; pueden algunas veces sugerir su remedio; mas ahí también se fijan en el detalle, pierden de vista el conjunto y, sobre todo se contradicen yendo al exceso opuesto, poniéndose en evidencia cuando se encuentra en juego su vanidad personal, que forma, en resumen, todo el substratum de su altruismo.

Amadeo encuentra en ello un carácter especial que se adhiere a la tendencia atávica degenerativa de regresar siempre a lo indigno; su progreso consiste siempre en un movimiento hacia atrás, en busca de principios y costumbres, muchas veces de las más anticuadas. Citaremos al caso las vestiduras espartitas de Bosisio, el antiparlamentarismo de Sbarbaro y de Vita, y en Caporali la abolición de las armas comunes y la adopción de una "arma natural", lo que no es otra cosa que la vuelta al arma primitiva: la piedra.

A esto se añade una sobriedad exagerada; así es que Bosisio se nutría con polenta sin sal; Passananta, con pan únicamente; Guitean, con avellanas; lo que puede explicarse pensando que encuentran equivalente nutrición y confort en las satisfacciones de su propia ambición y en la integridad, o casi integridad, de su sentido moral, de suerte que más bien sufren hambre antes que robar."

Juzgamos interesante propagar ideas y juicios como los expresados por los criminalistas italianos, porque, con su indiscutible autoridad, nos dan la pauta de estos ejemplares extravagantes que, disfrazados de altruistas y de redentores, no son sino casos experimentales de histerismo y de epilepsia.

Además, estudios semejantes, conducirán al lector equilibrado a meditaciones comparativas, que le hagan fijar con exactitud su criterio, desechando el oropelismo de los agitadores y de los malévolos ambiciosos que le engañan presentándole mártires y redentores, donde sólo hay enfermos y degenerados que perpetran crímenes con aprobación de las muchedumbres, participantes voluntarias de la delincuencia individual.

El Partido Católico Nacional

(Septiembre 1o. de 1911.)

La novedad de intervención en la política turbulenta de esta época, por parte de los gremios católicos de diversas localidades, despertó un gran interés y una mayor curiosidad en el público, fundados en la importancia nacional que pudiera tener un partido que aseguraba traer la representación de la extensa colectividad católica de la República y también en la abstención prolongada de este mismo partido que tanto significó en la historia, como entidad militante, en la lucha enérgica que sostuvo durante largos años para sostener la dirección del país.

Mas contra este deseo de investigación pública, hemos presenciado un desaliento de todos los creyentes que, interesados por la suerte de la patria, fundaban sus esperanzas en el tino, en la habilidad y en el prestigio de un partido que, con las cualidades anteriores, hubiera estado capacitado para transformar las penosas condiciones del país y contribuido poderosamente a la reacción de moralidad y justicia de que tan necesitada se encuentra la Nación.

El fracaso ya se conoce en toda su extensión lo mismo que la censura que no se hizo esperar, como una buena muestra del recto sentido social.

El asunto, pues, ha decaído en importancia y así tenía que ser, porque la cuestión religiosa iniciada por los procedimientos del Partido Católico Nacional, no tiene ya interés ni lo tuvo antes, dado el hecho de que ella dió motivo a la candidatura del señor Madero tan sólo en apariencia o como encubridora de estas causas entre otras de menor cuantía: los intereses, en unos; el temor, en otros; el concurso de elementos extraños al Partido, y el arrastre de los restantes que, impulsados por gran parte de los enumerados, vinieron a constituir la totalidad Católico-Maderista.

Lo precedente da lugar a estos asertos: el Partido Católico Nacional cuenta a lo sumo con 80,000 votantes; cantidad bien pequeña con relación al censo, aun cuando a ella se agreguen los componentes de otros clubs políticos entre los cuales hay muchos que sólo cuentan con el porta estandarte y la Junta Directiva.

Queda, por tanto, una gran mayoría de electores católicos cuya opinión se desconoce; y desde el momento en que el Partido Católico Nacional ha tomado su nombre, debe darles razón de sus actos, y en fundado manifiesto expresar el por qué de su declaración en favor de D. Francisco I. Madero, como candidato para la Presidencia de la República.

Hecho esto, podrá obtener un gran número de adhesiones si ha obrado en justicia u otro gran número de protestas en el caso contrario.

En uno u otro extremo, quedará verdaderamente constituido un Partido Católico Nacional, acaso el más poderoso.

La complacencia con el delito

[Septiemqre 1o. de 1911.]

La prensa en estos días ha cambiado un poco la orientación de sus ideas, pues no hemos oído nuevas defensas bochornosas del forajido del Sur, y tanto los periódicos zapatistas como los no zapatistas, han publicado biografías del tristemente célebre Zapata, capaces de hacer palidecer de espanto a Alí-Babá y sus cuarenta ladrones.

¡Parece que hemos dado un paso hacia la moralidad periodística y por eso nos congratulamos; pero es preciso dar otro más firme, más resuelto y más valeroso hacia la moralidad social!

O somos un país civilizado en el que las leyes deben imperar, aun tratándose de los crímenes más atroces, o al contacto con la revolución hemos regresado a un período de salvajismo, en el que nos hallamos a merced de los bandidos.

Creemos, acaso cándidamente, que estamos todavía en el primer caso, y pretendemos hacer todo esfuerzo para demostrar que en el conflicto que existe en el Estado de Morelos, el imperio de la ley, y no la violencia, es lo único que puede servir para solucionarlo de hoy para siempre y como ejemplar saludable para que actos semejantes de refinada delincuencia y atentatorios al pacto federal, no se repitan en otros puntos de la República, amenazando a la nación con un desmembramiento, acaso peor que todas las tiranías que han asolado a nuestra patria.

Reprobamos los actos terroríficos que está cometiendo el ex-maderista Hernández en Jojutla, aunque los maderistas los aplaudan por provenir de uno de los suyos, con una inmoralidad que no necesita encomiarse, porque ellos no están apoyados en la ley, y si bien lograrán restituir en breve la tranquilidad en esa región, están informados de una arbitrariedad y una injusticia que no puede merecer el aplauso de las personas sinceramente honradas. Esos fusilamientos sumarísimos dictados por el criterio rudo y necesariamente pasional de un solo hombre, son otros tantos crímenes que la razón reprueba y el sentimiento condena, porque el delito no se contiene por el delito, ni la maldad se castiga con la maldad, sino que para aquél y para ésta existe el supremo remedio de la ley, bien se trate de jefes maderistas o federales, ya que en la serenidad augusta de sus preceptos no caben venganzas, violencias, ni desenfrenos.

La trágica figura de Zapata delineada en estos días por la prensa dentro de un marco de crímenes previstos por todos los códigos del mundo, cada uno de ellos amerita por sí solo la última pena, sin contar con el de traición, al pretender la separación del Estado de Morelos del resto de la Federación, que los supera a todos, merece, no el fusilamiento inmediato, ni el ataque despiadado, ni la celada infame, sino el juicio sereno, el proceso escrupuloso, la aplicación en suma de la ley.

La opinión pública puede extraviarse, los partidos que luchan pueden llegar hasta la ceguedad, el público, en fin, es susceptible de apasionarse; sólo la ley, sólo la justicia están en aptitud de juzgar con la frialdad necesaria, y a ese cartabón hay que conducir al hombre que tiene que responder de tantas vidas, de tantos latrocinios, de tantos incendios. En esa discusión él procederá todos sus descargos y alegará todas sus atenuantes, inclusive la de ser tan ignorante y rudo que no ha tenido perfecto conocimiento de la ilicitud de las infracciones que se le imputaban y exhibirá los relevantes servicios que dice haber prestado a la causa de la libertad y de la democracia. Allí irán también los Urueta, con exaltaciones demagógicas; los Sánchez Azcona, con afectado reposo; los Vasconcelos, con sus ideas de devastación universal; los Urrea, con su gaya ciencia y sus aforismos perogruyales, y tantos y tantos que aportarán el contingente de sus errores y sus sofismas para que se depure la responsabilidad de un hombre capcioso en sus procederes, en sus actos violentos e insaciable en sus vicios.

Entonces y sólo entonces la austeridad de la ley y la majestad de la justicia, presentarán a la sociedad la fotografía moral de un rebelde para que se pronuncie un juicio sereno y sóndo sobre la conducta de alguien que en estos momentos es objeto de las más amargas imprecaciones que brotan dolientes de los labios exangües de sus víctimas. Entonces y sólo entonces se sabrá si se trata de un patriota, de un esforzado defensor de las libertades públicas o de un criminal empedernido, adversario de la propiedad y enemigo jurado del derecho.

Cuando un ex-prócer de la revuelta, escuchó las primeras quejas contra Zapata, dijo lacónicamente: que lo acusen. Hoy al interrogarse al jefe de la revolución sobre este mismo punto, ha dicho también: que se le acuse. Y nosotros hacemos un llamativo al valor civil de los hacendados despojados, al de las víctimas destrozadas al de los extranjeros damnificados, marcándoles el sendero de la ley para que, con entereza, lo emprendan, y arrebaten, en las páginas de un proceso criminal, los laureles del héroe y los entorchados de General, a quien no merece otra cosa, que el gorro gris del presidiario a la cadena del forzado.

La labor pacificadora del Estado de Morelos, no es de ametralladoras, ni de fusiles, ni de estrategias; es una obra de simple policía judicial. Restituir a los sentenciados a sus encierros, iniciar los procesos que surgen contra los responsables de delitos comunes e impedir la comisión de nuevos atentados, pero si nos mostramos complacientes con el delito o medrosos del delincuente, no esperemos que el orden, el imperio de la ley, el principio de autoridad se restablezcan en esas regiones, hoy azotadas por una ráfaga de anarquía, porque mientras una sentencia no designe a los culpables, siempre se nos podrá decir que donde nosotros señalamos una úlcera social, hay una herida gloriosa, que allí donde la voz pública designa al bandido, se encuentra un libertador y que los trágicos sucesos que creemos reclaman la intervención del verdugo, merecen la corona inmarcesible reservada a los héroes.

Acusemos serena, pero virilmente, y entonces la justicia se encargará de dar a cada uno lo que sea suyo.

La Reserva de Gobernación

(Septiembre 1o. de 1911.)

¿Sería tan valiente el "Diario Oficial" que nos informase de si es cierto que se haya agotado ya la partida de gastos extraordinarios en Gobernación, desde cuándo, quién dispuso de ella y con qué objeto?

Los partidarios del ex-licenciado Vásquez, hoy licenciado Juárez, están muy interesados en conocer estos datos que pondrán de relieve la aptitud patriótica y altamente democrática del expresado abogado en su gestión ministerial y, como ahora se trata de postularlo, nada menos que para la Presidencia de la República, bueno es que el público esté al tanto de sus relevantes méritos.

Rogamos que la respuesta se nos dirija en columnas certificadas.

LA TRISTE DEMOCRACIA

[Septiembre 4 de 1911.]

Las auras de libertad no refrescan todavía las frentes calenturientas de nuestros soñadores demagogos.

Se sienten las primeras rachas agitando el alma popular, y ya la pasión, el odio y la ignorancia nos conducen, sumisamente, en convicta reincidencia, a las viejas prácticas de tiranía, que necesitan el exterminio del adversario para que nuestros derechos tengan la pureza y la diafanidad que nosotros consideramos única y legítima.

Por regla sin desviaciones, el que no asocia su pensamiento al tropel de nuestras ideas, es un loco, cuando no un traidor que macera las carnes doloridas de la Patria. Y como la política y la extraviada declamación de guillotina evoluciona en el sentido de las modas trópicas, hemos encontrado el ultraje agudo, cortante y venenoso para la elección del enemigo.

Ya lo sabéis: llamarle científico, y esas diez letras exculpantes en los delitos cometidos por el señor General Zapata y la autorización legal para extraerse setecientos mil pesos del Tesoro.

La Convención maderista ha puesto en escena uno de los espectáculos más típicos de nuestra educación cívica. Se usa hoy para designación de lo menudo y de las figuras de pecado, apodar género chico a lo que es contraposición a todo aliento de grandeza. Y creemos que la Convención no logró entrar en el género del arte así clasificado; se quedó en el vestíbulo del café cantante.

Hay que saborear con ruido glanduloso y coriado, las crónicas reporteriles. Los oradores proponen candidatos vicepresidenciales que presentan una hoja de servicios calcada de los sainetes de don Ramón de la Cruz. Todos están repletos de sacrificios por la paz, y son los que nos convienen para entrar francamente a la vía férrea de la moralidad.

Uno, trajo a su patria el contingente heroico de haber facilitado un salón para las juntas de los de sin empleo porfiriano; que delató a sus correligionarios fatigado de la humedad de la celda penitenciaria y que, en final, obtuvo su libertad por la mediación del señor Limantour, que estaba a medias pláticas profesionales con los revolucionarios; otro, que escribió un maleante soneto a los pararrayos, que es indígena, y sobre todo—aquí hay que arrodillarse,—que no es científico; y el último en representación popular, que es un despechado, desconocido y no patriota.

Planteadas así las plataformas entraron al debate los oradores, con todo el arsenal de la erudición acumulada silenciosamente en las noches agasolinadas de la cantina.

El que abrió boca en la tribuna fué el panegirista del apóstol. Porfirio Díaz al cesto, los científicos al horno, el señor Pimentel y Fagoaga a la parrilla; y arriba Zapata, en las áureas nubes Banderas, en el anchuroso espacio Bonilla, saludando con su sorbete de chimenea a los astros que pasan, y más allá, como queriendo decir: después de la eternidad, el avieso ratón royendo sobre los anillos de Júpiter el Plan de San Luis y las moderadas y discretas Leyes de Reforma.

Y siguieron los verbo motores azudando rencor democrático, y quitando prendas de vestir a los candidatos, hasta dejarlos en la musculosa desnudez de atletas romanos y, en su defecto, en la reflexiva actitud del que toma un baño ruso.

Que hubo comedia en el coliseo clásico del drama que erecta el vello, ni quien lo dude.

Un orador, al cincelar su frase, que la veía venir como ánfora de Benvenuto, sintió que una pulga sinaloense le hería el costado, y acuchilló la orfebrería de su palabra, para rascarse y perseguir a dos dedos al insecto del nuevo régimen, que hacía una obra manifiestamente científica.

Aquel bicho de importación maderista, detuvo acaso la suerte de la República, al buscar la santa nutrición en el glóbulo escarlata del revolucionario.

Otro de los tribunos, dentista y comunero, trabajó un discurso apagado y lento, como si en él fuera arando, y los delegados, que ya sentían la nostalgia de la guasa mejicana, se desbordaron en exclamaciones de paciente, a quien extraen una muela de cuatro pies encorvados y con inflamación del alveolo.

Al final, la cuestión democrática y de salvación de la patria, se convirtió en alegre trompetería. Los delegados mandaron traer pajarillas, queso de puerco, menudencias, y el platillo favorito del señor Ministro de Comunicaciones, que fué recibido con una ovación estruendosa: patas empanizadas a la moda poética de Imala.

Ya para darle final a los destinos nacionales, destituyeron al Presidente de la Convención—señor licenciado don Juan Sánchez Azcona,—y aclamaron al bello sexo que ocupaba los palcos, quien correspondió la galantería con el democrático confetti, convirtiendo la Asamblea de los Marat y de los Mirabeau, en una Covadonga.—R. I. P.—del Tívoli del Elíseo.

¿Y el ratón? Augusto, solemne y apostólico, con su inquebrantable fe en la madurez del pueblo mexicano y con su ánimo sereno de jugar limpio y transfusionar su sagrada sangre, en el integérrimo, en el probo y en el digno General Zapata.

Se nos olvidaba decir que el panegirista afirmó, con una esperanza de creyente histérico, que el ratón tenía una por una todas las generales de Washington. Ojalá y esta comparación no vaya a traernos alguna dificultad internacional.

El público suelto,—que siempre hay políticos laicos y espectantes en las ciudades de volumen,—coreó también a los oradores con sus ritorneos de zarzuela. YY así, algún famélico con sueño blando de linotipista, gritaba: "¡Viva Sánchez Azcona!", y la muchedumbre, sin credo, respondía unísona:

"Mona, mona".

Voltearemos la última página. Esta democracia maderista tiene la tristeza del entierro de un pobre.

Honradamente, preferimos la tiranía del porfirismo a la libertad zapatista.

Cuando menos, se gana en decencia y en higiene.

Lecturas Católicas

(Septiembre 4 de 1911.)

A las damas mexicanas, a los padres de familia creyentes y sinceros en la interpretación del dogma, y a todos los católicos honrados que guardan respeto y disciplina por los dictados de los superiores, en concordancia siempre con la doctrina de Cristo, recomendamos la lectura de las opiniones y mandatos que en seguida insertamos, y que emanan de respetables autoridades de la Iglesia Católica, quienes, por su experiencia y por el afecto que como pastores tienen por sus ovejas, han profundizado materias tan delicadas, y han encontrado los medios cristianos de conciliar los ejercicios de derechos políticos con los preceptos romanos.

Bueno es detener la atención en un punto de verdadero interés para el católico: poner cuidado extremo y no emitir su voto sino en favor de persona que tenga bien y cumplidamente acreditada su condición de católico, apostólico, romano, sin restricción ni transacciones, ni tampoco motivos de intereses mundanos, que comprometan de alguna manera la seguridad de la vida futura.

Dice el Ilustrísimo señor Arzobispo de Turín:

"Cuando se os pida vuestro sufragio político en favor de un católico y de un impío, no dudéis un momento en la elección; imitad a Alfonso Lamartine. Cuando ya era anciano, el redactor del "Siecle", Mr. R. Havin, fué a pedirle su voto en favor del tristemente famoso M. R. Littré, para la Academia francesa.—¡Cómo!—replicó Lamartine.—¿Os atrevéis a pedirme mi voto a favor de un enemigo del buen Dios, a mí, que pronto debo presentarme a su tribunal? ¡Oh, no, jamás, jamás, amigos míos; cuando os vayan a solicitar para que déis vuestro voto a algún incrédulo o a algún enemigo de la Iglesia, responded: —¿Cómo os atreveis a pedirme mi voto para que un enemigo de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo y de mi Santa la Iglesia, vaya a representarme y hablar en la Cámara en mi nombre? Yo soy cristiano, hijo de la Iglesia, y he de dar, en el juicio divino, estrecha cuenta de mis actos; ¿e irá a ser mi representante, ante todo el mundo, un incrédulo enemigo de mi fe? ¡Oh, jamás, jamás!"

"No déis jamás vuestros sufragios a quienes no sean católicos de verdad, hijos dóciles, respetuosos y sumisos de la Santa Iglesia. Si obráis de otra manera, os serán imputados muchos pecados ajenos, seréis reos de complicidad en el mal."

Palabras del señor Cardenal Mermilland:

"Que los católicos acudan a las urnas y que elijan hombres dignos de confianza, probos, rectos y capaces. Que acudan sin hostilidad personal contra nadie, pero también firmemente resueltos, a hacer prevalecer esos grandes principios que constituyen la base de toda nación bien organizada, y proporcionan a los pueblos justicia y paz. Que mediten, que en ello va envuelto el cumplimiento de un deber inexcusable. Todo católico, al depositar su voto en la urna, cumple una obligación de que debe dar cuenta a Dios y a su Patria, y no es lícito, si como comete en ello un pecado dejándose arrastrar por humanos respetos, o convirtiéndose en ciego instrumento de los partidos que no buscan más triunfo que el suyo particular; o al vender su voto, o darlo por cobardía a candidatos que quieren privarnos de nuestras libertades públicas, o cercenar nuestros derechos católicos."

Conceptos del Ilustrísimo señor Obispo de Austria Hungría:

"Vuestro bien temporal y espiritual exige que escojáis diputados, no solamente ilustrados, sino sinceramente católicos y llenos de amor hacia la patria, según aquel consejo que se dió a Moisés: **Elíjase entre la multitud hombres distinguidos, temerosos de Dios, amantes de la verdad y detestadores de la injusticia, y sean hechos jueces de la nación:** porque si alguno votase en favor de quien no vaya a procurar el verdadero bien de la Patria, el que votase así pecaría gravemente contra el Estado, contra la Iglesia y contra Dios.

El principio de la neutralidad es un esfuerzo contra la naturaleza, es una afectación de indiferencia, un exclusivismo en daño de la religión, y, desde el punto de vista social, es estéril y peligrosa.

No cabe neutralidad hoy en día, en el cumplimiento de los deberes cívicos, ni vale decir, para excusar la propia cobardía o indiferencia, que la política no tiene nada que ver con la religión.

Pues es cosa sorprendente, cómo en el fondo de nuestra política siempre encontramos la teología, es decir, la cuestión religiosa.

Esta sentencia es del tristemente afamado Proudhomme.

Hoy, más que nunca, ante las convulsiones de los pueblos, rebosan la verdad esas palabras: **No podéis servir a la par a Cristo y a Benial; es fuerza que os declaréis por uno o por otro.**

Ni vale que os excuséis diciendo que estáis afiliado a un partido ajeno a la religión y al espíritu de secta.

Cuando, como en estos tiempos, ha sonado el clarín de la guerra, y los enemigos de Dios se han conjurado contra su Iglesia, y se han hecho alianzas culpables y liberticidas para derribar esa Cruz plantada en el Calvario, ¡no es vergonzoso y criminal que un católico no se levante para defen-

der su fé ultrajada y hacer respetar los fueros de la verdad, de la justicia y de la libertad? ¿Cómo podría El, hijo de la Iglesia, contemplar impasible las calumnias, los vejámenes, los sacrílegos despojes de que es víctima nuestra Santísima Madre?

Un católico neutral es algo incomprensible; es, en la política, lo que los tibios en la piedad; éstos—según la frase bíblica,—son detestados por Dios y arrojados de su boca.

No digais: Un voto más o menos no es nada.

Pero, ¿y vuestra conciencia?; ¿y el deber?; ¿el alma? ¿No habeis recibido el bautismo? ¿No sois vosotros los que llamaréis al sacerdote a vuestro lecho, en la agonía?

¿Y cómo explicaréis esas palabras de Jesucristo:—No confesaré yo delante de mi Padre a quien no se haya confesado delante de los hombres?

Por otra parte, un voto más, muchas veces decide una victoria electoral, como un voto menos puede influir en una derrota. ¿Quién puede medir las terribles responsabilidades que caen sobre un individuo, si su voto ha contribuido a la formación de leyes injuriosas a Dios y opresoras de las conciencias? Estas responsabilidades, se irán ensanchando, siempre más, como las olas de un mar agitado por la tempestad, a medida que se suceden los años y se multiplican los males.

Valor, pues, y unidos, a las urnas, si amais a Dios y a vuestra Patria."

El puñal y la piedra

Democracia Maderista

(Septiembre 8 de 1911.)

Está resueltamente experimentado que habitamos en una selva adoquinada y con luz eléctrica. Esta es toda nuestra civilización agonizante ya, por ser científica.

Fuera de estos dos factores, el resto, son cubiles de fieras desperdigadas que van olfateando la carne de los que carecen de sufragio efectivo y de 30-30.

Hemos llegado al límite de la inmoralidad colectiva y de la maldad humana, buscando el nivel del montaraz y del salvaje.

Zapata es un símbolo; algo como el Budha de la delincuencia que sostiene con su silenciosa divinidad el culto al crimen y la devoción a la infamia. Está, como todas las deidades, en las casas y en los corazones de sus adoradores fanáticos. Así lo vemos: Zapata en los campos, Zapata en las ciudades y, si no bastare, en camino ya para los templos católicos, envolviéndose en el manto azul de la imagen guadalupana.

Con este brevísimo lineamiento parecerá a los lectores una simplicidad de caudillo, acordándonos de la democracia, y llamar al redil y con campanillas de ovejas a las panteras de servicio en los distritos electorales de la ciudad.

Pero si el medio es de sangre y de locura, si el ciudadano descalzo llegó al "summum" de sus derechos de clase, si la venganza y el desenfreno es la doctrina del maderismo, los que creemos en la moral universal y en la dignidad humana, en la justicia y en el derecho, debemos dejar, como alimento sano y vigoroso para la historia, las líneas de protesta contra la irrupción vandálica lanzada por un loco sobre la patria macilenta, en unidades de hambrientos degenerados y de traidores imbéciles que ponen, con el proyectil de la piedra, los cimientos de una espaciosa sucursal de la Casa Blanca.

Es disculpable que hagamos preámbulos que, a nuestro entender, cristalizan la idea honrada y el sentimiento sincero nacidos de una impresión penosa y que hiere nuestra vanidad de pueblo civilizado.

La rebuscada, la perversa y la bochornosa agresión contra el señor general Bernardo Reyes, es el toque siniestro de la tiranía que llega, es la precipitación del Calígula harapiento enseñando sus cartas de **juego limpio**, temeroso de perder la partida, es la cobardía del privado de razón y flaco de entendimiento que siente en la debilidad de su insignificancia, la irresistencia del tablado en que declama.

Aquí están los derechos, dijo el pregonero de San Luis Potosí, al pueblo ansioso del bien ajeno. Y le enseñó el socialismo, como pensamiento moderno; la tierra madre para el arador de las yuntas, la maraña del puesto público para el tinterillo y el inútil, el alza y baja para el judío de la bolsa, el bacarat para el tahur, la cola del perpetuo socorro y la procesión del Santísimo para el creyente, el triunfo del mandil, de la escuadra y de la plancha para el masón, el incorpóreo y bíblico idealismo para el protestante alemán—cuidado con Covadonga,—y americano, el medium, la catalepsia y la mesita parlante para el espiritista, la dignificación del pulque para el obrero, y por si quedaren residuos, o como se dice en el tribunal de la penitencia, pecados ignorados y no conocidos, la tienda para el zapatista, el reloj y la cartera para el ratero citadino, el cristal del escaparate para el patriota, y si aún algo faltare, la escupitina plebeya para el Jocey Club, que se denigra eliminando de sus soirées azules a los caballeros de la Colonia de la Bolsa.

Todo un decálogo moral con sus oradores helénicos, sus publicistas de superdebatismo y sus funcionarios abastecedores de piedras, encerrado en dos como los mandamientos de don Gerónimo de Ripalda: en servir y amar a Madero, y para el prójimo, puñal y piedra; ambos, descompuestos en la fórmula suavemente criminal de sufragio efectivo y eso.

* * *

La revolución no ha derrocado a don Porfirio Díaz. Su tiranía supervive como un recuerdo glorioso para el País, y se asienta en la historia como una de las etapas más luminosas de nuestra vida independiente. El fué un autócrata con grandes errores y claudicaciones terribles; éstos son unos rufianes que persiguen la abolición del grillete y la incineración del Código Penal.

El actual problema no es de principios, ni de especulaciones mentales, ni de mejoramientos éticos; es brutalmente el de la propia conservación: devolver y a la cabeza, y resolución heroica para atravesar la selva adoquinada con el aguzamiento de los sentidos, como si pasáramos ante una banda de los apaches parisinos.

Llegó al fin el pobre pueblo a conquistar sus derechos; ya es libre, ya está maduro y consciente, y dejémosle que practique su nuevo civismo con el puñal de la democracia revolucionaria. No más candidatos, porque el soberano asesinará implacable en nombre de la libertad, al audaz o al cándido que se cobije con el sistema de nuestros constituyentes soñadores.

Con todo, ¿es genuinamente el pueblo, la muchedumbre que recibe alcohol, soldada y proyectiles para propagar candidaturas?

Es y no. Se explota su cretinismo para hacerlo pueblo, y su bajo nivel moral para hacerlo delincuente. Y unidos estos elementos, resulta, por desgracia, que Méjico no tiene pueblo, porque la fracción de tal, civilizada y de amor al orden, está en una minoría que desconsuela.

Los sucesos que comentamos tuvieron otra faz que desmoraliza. La policía, a imitación del ciudadano simple, fué una dama espectante, y el anónimo Gobernador, un blandísimo represor del escándalo y del quebranto de la ley, que no se virilizó hasta que le llamaron feo.

Todo ello ha sido una vergüenza triste y dolorosa para la capital, que se titula cerebro de la República. Debemos estar descorazonados y no pensar más en democracias, sino en salvar individual y desesperadamente la vida, la propiedad y la honra.

Es leal nuestra protesta, y la hacemos en nombre de la vilipendiada justicia y de la opinión pública, que es unánime en este sentimiento de civilización y de humanismo.

No hacemos reyismo en estas líneas. Hemos defindio claramente nuestro criterio político, y lo reproducimos en esta oportunidad: creemos que el porvenir nacional puede salvarse solamente con la continuación del señor licenciado de la Barra; pero es necesario para ello respetar los derechos del señor general Reyes, los del señor licenciado Vázquez Gómez y los de cualquiera ciudadano que llame honradamente a las puertas de la democracia.

En cuanto al ciudadano simple, no hay exclusión alguna en la libertad que merece, para presentar su personalidad por extravagante que nos parezca, pero parece no necesitar de voluntades razonadas, porque es un candidato en bruto.

El respeto no hay que otorgárselo; bien por el contrario, necesitamos pedírselo para el uno por ciento de los electores que van a quedarse sin función sufragista en los próximos crímenes electorales.

El calumniado de Morelos

"ZAPATERIA LITERARIA"

(Septiembre 8 de 1911.)

La figura blanca y atractiva del esforzado general Zapata, infatigable propagandista de las ideas libertadoras aplicadas a la propiedad rústica y urbana, acaba de asumir un aspecto de los más sugestivos e interesantes, abriendo al público una positiva zapatería literaria.

Una vez que el bizarro cultivador de sandías hubo dado punto a su tarea económica de elevar el precio del azúcar, gracias a metódicas y civilizadas destrucciones de plantíos de caña y trapiches, y después de que su altruista empeño libró de las amarguras de la vida a buen número de nacionales y extranjeros, ofreciéndoles un fallecimiento barato e improvisado, como el título de ingeniero del dulce Bonilla, Secretario de Comunicaciones, el caballeroso Atila del Sur—a quien por color local y fuerza del consonante llamaremos Atilano,—sintió el cosquilleo erótico resbalar por la espina dorsal, y pensó en transmitir su aliento, fuertemente saturado por el tequila de las reivindicaciones, su fibra vigorizada por cien heroicos asaltos y mil austeros saqueos, y su apellido linajudo, predestinado a la media suela, a una gloriosa estirpe de Zapatillas, nacido al amparo de la epístola de San Pablo, y de la frase reformista de don Melchor Ocampo.

Y despidiéndose del viril pillaje y del incendio purificador, el general desapareció, con canas y 30-30, en la penumbra discreta de Himeneo enternecido por pensamientos más puros que los puros del Destino, sufragiados en las tiendas iberas de Cuautla, cándido y albeante, al extremo de que hubiera podido aplicársele la frase de Lamartine, y llamarle el ángel del asesinato.

Los respetuosos y platónicos actos de adoración ejercitados con las mujeres desvalidas, quedaron en la categoría de ingenuos simulacros de "sport", y como tales, se esfumaron en la sombra nupcial, mientras en la frente atezada y sudorosa—sobre todo, sudorosa,—del paladín, quebraba sus rayos románticos una luna de miel que parecía hecha con todo el jugo elaborado en las calderas de todas las haciendas arrasadas patrióticamente por el bravo general.

Comenzó entonces el idilio, en un paisaje de pastorela, con rumor de besos y batir de alas. El coloquio arrullador en la cabaña rústica cantaba, como una égloga del país y se amenizaba con el humilde virgiliano del tasajo de Yecapixtla, que vagamente recordaba al adalid el olor de los veinte soldados federales, prisioneros y heridos, que él, en un arranque de nobleza, mandó quemar vivos, o con la leche espumosa y tibia más blanca que la de la rima clásica, y ofrecida por las vacas de procedencia científica, incorporadas, en calidad de voluntarias, al Estado Mayor del invicto caudillo.

Un temor creciente invadió a los que, como nosotros, admiraban al generalísimo. Se llegó a pensar que la salvadora energía del gran capitán pudiera reblandecerse al fuego manso del epitalamio de Villa de Ayala. Los griegos de la épica falange—que son pocos,—recordaban a Hércules a los pies de Onfalia; los hebreos de la misma tropa—que son más,—hablaban de la cabellera de Sansón y de las tijeras de Dalila. Pero el héroe, mientras tanto, ni devanaba madejas ni se dejaba tomar el pelo. El héroe meditaba. Nadie sabe cuán fecundas son las meditaciones de un héroe.

El valiente general, fuerte, aunque sumiso, meditaba en el desarme; pero no un desarme de cualquier modo, sino bastante para exhibir su buena fe. Y para demostrar esta virtud, inseparable de él, se sometió a tres licenciamientos, abnegado y correcto hasta el grado de consentir en trocar contra los desprestigiados tostones limantourianos, las armas de sus gloriosas huestes, entregando machetes envejecidos en el corte de caña, cuchillos gastados en la cruenta labor de abrir latas de sardinas, y pistolas que, por su rapidez y eficacia, parecían irrigadores patentados del hijo del pueblo pobre, y reservando para mejor oportunidad los suaves maüssers y la benéfica dinamita, tímidos agentes de la obra evangélica emprendida en Morelos por el santo misionero de la paz.

Una vez que el filántropo Zapata se sintió tres veces licenciado, se juzgó del calibre legal, del constitucionalista diputado Aspe, se miró escritor y tribuno, y lanzó un manifiesto vibrante, es decir, abrió las puertas del establecimiento en donde ha comenzado a aparar cortes y a echar tacones nuevos a la Gramática. Si dijéramos al ilustre jefe que su proclama, emitida cuando Agosto agonizaba como cualquiera de los rebeldes dependientes del comercio de Jojutla, es digna de Napoleón, ofenderíamos la humildad campesina del libertador, con comparaciones que son odiosas siempre. Y como, además, él no conoce a otro Napoleón que al "gallo giro" que amarró su compadre, el señor "La Becerra", en la feria de Tetecala, nuestra adulación histórica resultaría hueca como una arenga del ciudadano simple. No lo diremos, pues.

Pero sí aseguramos que cuando en ella habla el denodado Zapata, de su ejército "formado por conciudadanos nimbados por la aureola brillante del honor sin mancha"; cuando se refiere a la "heroicidad de sus soldados"; cuando, tirándose por todo lo alto, dice que la tiranía derrocada era "sólo comparable a la de Rusia, a la del Africa Ecuatorial"; cuando llama a la justicia del pasado régimen, con estilo pintoresco, "un aparato gangrenado, dúctil y elástico", la ilustración del inspirado guerrero y su modestia franciscana causan calosfrío y hay que preguntarse cómo la calumnia porfirista ha podido llamar buitre al ave canora que resulta paloma por lo inmaculado del plumaje y cisne por la melodía del canto.

¡Zapata bandido!... Blasfemia impía que él mismo explica. "Los enemigos de la Patria y de las libertades de los pueblos siempre han llamado bandidos a los que se sacrifican por las causas nobles de ellos; así llamaron bandidos a Hidalgo, a Alvarez, a Juárez".

¡Pobre Zapata, escarnecido y limpio! ¡Pobre alma, herida y grande!... Lástima que sobre esa proclama, escrita con sangre de víctimas y huizache de tinterillo, vaya a caer, como arenilla secadora, la pólvora de los cartuchos de combate de Huerta y de Blanquet!....

ANTROPOLOGIA CRIMINAL

Matoides Políticos

(Septiembre 8 de 1911.)

En el estudio hecho por Lombroso y Laschi y al cual nos referimos en el artículo de edición pasada, encontramos a medida que analizamos la obra de los notables criminales italianos, verdaderas fotografías de ejemplares degenerados que aparecen en las sociedades para perturbarlas y producirles estragos y exterminios, que se atribuyen con frecuencia a manifestaciones de carácter, de valor o de genio superhumanos, y que no son en realidad, sino síntomas de enfermedades, ya bien clasificadas, de una nueva especie imperfecta que constituye a los hombres histero-epilépticos, criminales políticos locos, y profundamente excitados por desequilibrios mentales, que encubiertos por los arrebatos y las exaltaciones, por la verbosidad de estados inconscientes y aun por manifestaciones de suicidios lentos practicados por sistemas de alimenciones imperfectas, por sacrificios de increíble realización, pero que producen admiraciones colectivas, llegan a ser factores de exterminio y disensión; verdaderas lepras de los que producen en ellos raquitismos morales y que los hacen regresar en el camino de la civilización a estados casi embrionarios en materia psicológica.

Dicen los autores refiriéndose a los locos morales:

"En los actos de la vida, se muestran llenos de buen sentido y de orden, al mismo tiempo que de manías y de engaños en oposición a los verdaderos genios que siendo manifiestamente hábiles en sus investigaciones, no lo son, por cierto, en la vida práctica.

Estos locos, poseen una grande influencia sobre las masas, sobre todo en los tiempos de turbaciones sociales o políticas, gracias al prestigio que en ellas les crea su sobriedad, su temperamento y el entusiasmo con el cual sostienen sus convicciones, tanto más tenaces, cuanto son más absurdas; por las apariencias geniales y por su habilidad en los contactos de la vida práctica, y en final, por el arte de percibir cualquier rayo de verdad, que no persiguen de cerca porque de él los aleja la locura, separándose en seguida de aquellos que no participan de su vulgaridad.

Es verdad que, como antes hemos dicho, el altruismo de estos degenerados tiene un fondo egoísta, y que su justicia es de una notable semejanza a la del bandido, que roba el dinero a los ricos para dárselo a los pobres y antes que todo a sí mismo.

Se les conoce también porque tratan frecuentemente cuestiones que el periodismo un tanto vulgar, un tanto elevado, deja injustamente a un lado.

Los hemos observado durante largos años, hablar con vehemencia de cuestiones agrarias, de excesos de parlamentarismo, de igualdades humanas imposibles, de la justicia poco equitativa y de felicidad para los pueblos, sin fundamento económico ni posible.

Es también notable y frecuente que en la ejecución de sus planes, los matoides políticos demuestren una prudencia y una habilidad poco comunes.

Malet nos ofrece a este propósito, un ejemplo clásico. Encerrado como loco en una casa de salud, sin soldados, sin dinero, con la sola alianza de un sacerdote y de un servidor, trató de derrotar a Napoleón, e invirtió un día entero falsificando órdenes, haciendo matar a un jefe de Ministerio, secuestrando al de policía y engañando a casi todos los comandantes de los cuerpos haciéndoles creer que Napoleón había muerto. Y no era ésta su primera empresa: ya en 1808 había intentado otra revuelta fabricando de su cabeza un **Senatum consulte**.

La importancia que tienen los matoides en el crimen político, viene de que cuando el delirio se ha aguzado en ellos por el hambre de sus sistemas vegetarianos, o de las privaciones que se han impuesto, por las ilusiones destruidas o por cualquiera otra causa depresiva; es decir, cuando ven cambiarse en desprecio y en burla la admiración conquistada por sus trapacerías y con la cual contaban a cualquier precio, entonces la calma que en ellos es tan grande que los distingue de los locos del manicomio, cesa de repente y da lugar a formas impulsivas y epilépticas, a violencias y a tentativas revolucionarias, de las que frecuentemente salen con éxito, debido a la ligereza y a la ignorancia de las masas populares."

Lecturas Católicas

(Septiembre 8 de 1911.)

Hoy que se ha hecho circular con profusión la pastoral del Ilmo. señor Obispo de Puebla, en la que se ha creído ver por los simpatizadores del partido católico, una indicación importante a favor de la candidatura masónica del señor Madero, estimamos de oportunidad hacer nuevas reproducciones de las grandes autoridades de la iglesia, para que los creyentes de buena fe establezcan en sus conciencias los conceptos diferenciales que existen entre el dogma que es inmutable y eterno y los intereses mundanos a los cuales no se les puede dar preferencia sobre el primero sin caer en un error gravísimo que, a la luz de la religión, tiene que ser uno de los más grandes pecados mortales.

También conviene pensar que el señor Ibarra, ni por su talento ni por sus virtudes, predicaría la infracción de los mandatos dictados por los Santos Padres....

Dice Su Santidad León XIII, en su magistral Encíclica, conocida con el nombre de **Humanum genus:**

"Vienen en seguida los principios de ciencia política.

En este género, establecen los naturalistas: que los hombres todos tienen iguales derechos y son de igual condición en todo; que todos son libres por naturaleza; que ninguno tiene derecho para mandar a otro, y al pretender que los hombres obedezcan a cualquiera autoridad que no venga de ellos mismos, es propiamente hacerles violencia. Todo está, pues, en manos del pueblo libre; la autoridad existe por mandato o por concesión del pueblo; tanto que, mudada la voluntad popular, es lícito destronar a los príncipes, aun por la fuerza. La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está o en la multitud o en el Gobierno de la Nación, informado, por supuesto, según los nuevos principios. Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una a otra entre las varias religiones, sino todas han de ser igualmente consideradas.

Y que todo esto agrade a los masones del mismo modo, y quieran [illegible] constituir las naciones, según este modelo, es cosa tan conocida que no necesita demostrarse. Con todas sus fuerzas e intereses lo están maquinando así hace mucho tiempo, y con esto hacen expedito, el camino a otros más audaces que se precipitan a cosas peores, como que procuran la igualdad y comunión de toda la riqueza, borrando así del estado toda diferencia de clases y fortunas.

Por lo mismo, ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación, juzgue serle lícito por ningún título dar su nombre a la secta masónica, como repetidas veces lo prohibieron nuestros antecesores. Que a ninguno engañe aquella honestidad fingida; puede, en efecto, parecer a algunos que nada piden los masones abiertamente contrario a la Religión y buenas costumbres, pero como toda la razón de ser y causa de la secta estriba en el vicio y en la maldad, **claro es que no es lícito unirse a ellos ni ayudarles de modo alguno.**"

A su vez, los Padres del Cuarto Concilio Provincial de Quebec, creyeron una obligación advertir a los católicos, en 1868, la naturaleza de sus deberes electorales, expresándose en estos términos:

Acordáos que estáis obligados a trabajar por el bien social, y a intervenir, usando de vuestros derechos, en la elección de vuestros mandatarios.

"Acordáos que Dios juzgará un día vuestras elecciones; os pedirá cuenta de vuestras intenciones y de vuestros sufragios, de vuestras palabras y de vuestros actos en el ejercicio de este importantísimo derecho. Al mismo tiempo que la Constitución os da el derecho de elegir a vuestros mandatarios, Dios os impone la obligación de usar de esta libertad en obsequio del bien público, y de no dar vuestros sufragios sino a hombres que tengan acreditada su fe religiosa y su amor a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre, y que además, sean capaces de procurar el bien y la felicidad de la Patria."

Si no interpretamos mal, parece que el Ilustrísimo señor Ibarra, lejos de indicar la candidatura de personas enemigas de la religión, se encuentra como es natural, de acuerdo con lo que dispone la Santa Sede, por la voz

autorizada de sus Prelados. Así debemos entenderlo, cuando, en la Pastoral del señor Obispo de Puebla, dirigida a los católicos de su Diócesis, se leen los siguientes conceptos, que no dejan lugar a duda: "De un modo muy particular recordarán que está prohibido por la Ley Santa de Dios, vender el voto o darlo a personas que de ningún modo lo merezcan."

Y claro es que en el sentido religioso no puede merecer el voto un masón, aun cuando lo indique algún partido que cubra su error o su intencionado propósito, con el nombre de la religión o de la Patria.

Y por lo que se refiere a la prohibición que justamente impone su Ilustrísima, de vender el voto, deberá entenderse igualmente, no en la materialidad de una compra-venta, como de objeto de comercio, sino también en la prestación del servicio a cambio de apoyos personales para el futuro, de ayudas pecuniarias en los negocios, de honores o de puestos públicos y aun de limosnas para el fomento del culto católico, porque todo ello no sería sino un comercio indigno, más reprensible y de mayor cargo sobre la conciencia, que el que consumaron los mercaderes en el templo, y a quienes Jesucristo increpó diciéndoles que la casa de su Padre, que es casa de oración, la habían hecho cueva de ladrones, según texto de San Lucas, en el Avangelio de la novena Dominica, después de Pentecostés.

La Pastoral del señor Ibarra, no puede ser interpretada sino en el sentido recto y cristiano que informa el criterio de su amor, y éste no ha revelado jamás inteligencia alguna con las sectas del carbonarismo.

Política Barataria

(Septiembre 8 de 1911)

YUCATAN

El señor Pino Suárez, que es ya un matoide vice-presidencial, no ha logrado convencer a los ciudadanos peninsulares de su importancia política, de sus méritos individuales, ni mucho menos de las garantías que como gobernante pudiera impartir a los elementos de orden y a los de condición económica, que son tan importantes en el Estado.

Eliminando ancianas prácticas del porfirismo y reformándolas en el sentido estrictamente revolucionario, el señor Pino Suárez y sus amigos de presupuesto, se han echado a la bolsa todo el sistema democrático que, como se sabe, es muy útil y de tratamiento indicado para embrutecer a las masas, ya de bastante animalidad intrínseca, pero que al momento del triunfo, estorban como una amante fiel y vieja que quiere impedirnos un matrimonio con joven guapa y rica.

Desmenuzaremos este alto pensamiento. El señor Pino Suárez, como cerebro subsidiario y póstumo de la revolución, practica más cómodamente los métodos de la tiranía, porque son los únicos efectivos y los que dan seguridades personales. Los principios, son para debatirse en la prensa, porque a la verdad, es bien molesto llevar la moral del plan de San Luis a lugares donde se ignora hasta la geografía de San Luis Potosí.

El señor Pino Suárez, vicepresidente monópolis y reñido candidato al Gobierno de Yucatán, hace giras con el timo de la democracia y el fondo de la tiranía, por los partidos de la Península, que ya han de saber cuál es su pie, fallo y entorpecido.

Nuestros enviados especiales nos informan de su excursión a Valladolid. Llegó en tren especial y extraordinario—duro con el presupuesto—precedido de una cigüeña a manera de descubierta, y lo recibió el Jefe Político, señor Jiménez, encargado probablemente de honorizar a los ciudadanos simples. Luego, un piquete del 16o. batallón, le rindió el pleito homenaje de ordenanza revolucionaria y correspondiente a su alto grado de personaje suelto, y escoltado, más que por tributo a su anodina personalidad, por cidario del cariño del pueblo, llegó al alojamiento que le habían designado, rodeado de fuerza federal, que no acusaba, por cierto, resguardar a un demócrata sino a un degollador de cabezas yaquis.

Esto no impidió que los oradores entretuvieran al pueblo cándido con la eterna historia de la democracia, de la justicia y del sufragio efectivo, mientras el nuevo simple, absurdo de su maderismo, comía y bailaba por cuenta del Erario, no sin algunos desaires sociales, que el nuevo y distinguido estadista compensaba con paradas militares y con adulaciones de empleados de apetito oficial y doméstico.

El señor Pino Suárez, poeta de altos vuelos y político de bajas intenciones, merece capítulo de crítica sana que nos congratularemos en laborar, para beneficio,—si fuere posible—del agobiado Estado de Yucatán.

La Democrácia de la legua

[Septiembre 11 de 1911.]

En el momento en que la pluma traza estas líneas, dedicadas a la mayor alabanza del ciudadano simple que con tanta abnegación y sin miras personales de especie alguna, nos libertó del nefando régimen porfiriano, el propio y reluciente mediecito cruza las ondas del Golfo de México, en rápida competencia con las toninas, voraces como parientes indemnizados, y con los pececillos ligeros cantados por la musa naval del Terrestre Bonilla, hoy Ministro de Comunicaciones, en sus raptos de inspiración mazatleca.

Una vez que hubieron concluído las labores políticas de la Convención que dió la puntilla al "cerebro de la revolución", y que logró ensamblar en una sola fórmula al Madero de Parras y al Pino de Campeche; ya que los delegados fuereños recogieron de labios del **leader** los republicanos y eruditos conceptos que conocen los lectores, y que trasplantados al terreno de los hechos sirvieron para demostrar a los reyistas el valor lógico del garrotazo y la fuerza probatoria de las pedradas democráticas, el hermano de ideales de Atilano Zapata, nada tenía que hacer en la capital, sin público para sus alardes oratorios y sin banquetes a que invitarse con sencilla espontaneidad.

Todavía, con la profundidad y el tino que le agracian, y que parecen venirle de su trato de confianza con sus amigos los espíritus, tuvo, para juzgar la respetuosa contra-manifestación de sus aristocráticos, aunque sudorosos partidarios, una frase que le dictó probablemente, desde ultra-tumba, Juárez—el verdadero, no el falsificado irrigador,—y en un arranque elocuente, exclamó: "el respeto al derecho ajeno es la paz". Y ya tranquilizado en su conciencia de caudillo, se dispuso a correr la legua electoral, y salió para Puebla, raudo como el día inolvidable de Casas Grandes, en que prefirió la modesta fuga a la intolerable presencia de los federales vencedores, instrumentos de la odiada tiranía.

Los criterios superficiales y la malevolencia de los científicos, enemigos jurados de todo lo que es grande, aun cuando, como en el presente caso, revista la figurilla dosimétrica del jefe de la revolución, se obstinan en sonreir desdeñosamente cuando hablan de esas giras, que les parecen exhibiciones presuntuosas, y no quieren reconocer las ventajas que ofrecen para la Patria, y especialmente para el pueblo pobre, vicioso y trabajador. Pero es claro que la aparición del candidato, acompañado por una o dos docenas de hermanos y primos, y seguido por su brillante Estado Mayor, despierta en las masas populares ideas saludables de amor fraternal y de prestigio cívico. Además, como en cada población, desde que el convoy casi-presidencial entra en el andén, Maderito se lanza al discurso, y esto se repite diez o veinte ocasiones al día, gracias a un intelecto con fecundidad de coneja, la enseñanza objetiva se completa con la subjetiva, el provecho resulta innegable y los gastos de trenes especiales, almuerzo, comida y cena para los amigos, compras de cajetas de Celaya, de Maderitos de barro de Guadalajara, y de guayabates de Morelia, quedan en la categoría de moco de pavo, sobre todo, si se tiene en cuenta que la erogación está equitativamente repartida, pues unas veces la hace el Erario y otras la Tesorería.

De esta suerte, el pueblo puede ver de cerca al hombre excepcional a quien debe el sufragio efectivo, la no-reelección, la dinamita, las cananas, el zapatismo y otros inestimables bienes, y oir de su autorizada boca la autobiografía del mismo, acompasada por un discreto bombo y expurgada de las calumnias de sus detractores. Porque sólo el libertador sabe explicar con precisión puntos de tanta importancia para la historia, como la distancia en kilómetros exactos, desde la que asistió a la toma de Ciudad Juárez, sus simpatías cariñosas por la Waters Pierce Oil Co., el insignificante monto de las cantidades de las reservas del Tesoro entregadas a padres, tíos y hermanos, y otros detalles y episodios que la perfidia abulta y que la curiosidad de los malquerientes se empeña en conocer.

Por otra parte, la presencia del héroe provoca los más variados acontecimientos en nuestra vida social tediosa y aburrida. Su entrada a México fué precedida algunas horas por un ameno temblor de tierra, utilísimo para resquebrajar los ignominiosos edificios levantados por el despotismo; llegó a Puebla, y los soldados de su ejército, "sus" soldados, ebrios del júbilo libertador que se expende en las piqueras, provocaron el conflicto que sirvió para dar a conocer los sentimientos humanitarios del super-hombre; apareció en Morelos asegurando que la tranquilidad era un hecho, y a la misma hora sus valientes zapatistas saqueaban patrióticamente a Jojutla; por último, se embarca en Veracruz y echa a pique un bote con pasajeros y todo. ¿Quién podría, después de ésto, negar que el miedecito es mascota?

Así, llevando consigo y con sus deudos y subordinados la paz y la alegría, derrochando floridas arengas y sabias alocuciones, el infatigable homeópata sigue corriendo la legua democrática, que tan fructífera será para las instituciones olvidadas por el antiguo régimen, pero que ya mero nos van a regir. Nada le arredra, ni el inevitable individuo sospechoso, que dicen le sigue en todos sus viajes para llevar a cabo un atentado, ni los rayos abrasadores del sol de los trópicos. Porque, bien visto, ¿qué es una conspiración para quien se tutea con el ser anímico de Alejandro y de César: ni qué importan los grados termométricos a quien, como al venerable tiene siempre, á la intemperie o al abrigo, el grado 33?

Sección Histórica

Septiembre 11 de 1911

Entre la vieja papelería de nuestro archivo periodístico nos encontramos con un editorial de "El Monitor Republicano," correspondiente al 28 de Noviembre de 1876; es decir, cuatro o cinco días después de la entrada que hizo a la ciudad de México el General Díaz, triunfante de la revolución de Tuxtepec.

Como la historia se copia, según la frase de la condesa de Bazán, las ideas de la prensa jacobina y libertaria de aquellos años, eran las mismas que hoy corren candentes por los automáticos linotipos.

Iguales aspiraciones, los mismos engañosos ideales e idénticas esperanzas de tocar la bóveda celeste con la palma de la mano, con la fe y la confianza en el hombre que mejor hubiere interpretado nuestros errores y nuestras pasiones.

Hay, en todo, una diferencia sensible: un azul-negro entre dos épocas que parecen acoplarse en estructura sociológica, pero que se separan profundamente en condiciones de medio y de personas.

El héroe de Tecoac, no es el alienado de Ciudad Juárez, ni las promesas de Tuxtepec tuvieron el fondo bajo de los nihilistas del plan de San Luis.

Véase también la diversidad del estado social, y económico, y la confianza y la tranquilidad del país, sobre la competencia y la moralidad de un hombre que, revolucionario y ambicioso, como todos los que siguen la carrera del poder, ajusta sin embargo sus actos a la justicia humana y al respeto que merecen los derechos ajenos.

El editorial del diario republicano se concreta a un hecho sólo, pero no es por ello menos curioso e interesante conocerlo, en el tiempo mismo de las copiosas comparaciones, que mucho sirven para aleccionar a los pueblos.

"EL PRESTAMO DE AYER.

Ayer ha recibido el general Díaz una prueba de confianza de los capitalistas mexicanos, que más demuestra su prestigio y su popularidad.

Había citado a los representantes de las casas más fuertes de la ciudad, y con efecto a las diez y media de la mañana, en uno de los salones del Ministerio de Hacienda, estaba reunida toda la aristocracia del dinero. Comerciantes, banqueros, propietarios, etc., acudieron al llamamiento del bravo general.

El señor Díaz tomó la palabra, y en una especie de plática de amigos, en una conversación benévola y afable logró su objeto. Manifestó que su ejército carecía de recursos al punto que muchos de sus jefes padecían tales privaciones que tan solo su patriotismo y su abnegación pudieron sostenerlos en la cruenta lucha en que la revolución acaba de triunfar; que con este motivo acudía a los capitalistas para solicitar un préstamo enteramente voluntario de quinientos mil pesos, con las garantías que aquella junta creyese convenientes; agregó que contaba para satisfacer el préstamo con los productos de la Aduana de Veracruz, ciudad que en estos momentos abría sus puertas a los ejércitos regeneradores, y concluyó deseando que alguno de los señores presentes hiciese oír su opinión sobre el asunto.

El señor Ramón Terreros tomó la palabra para pedir que se nombrara una junta que reglamentara la operación que iba a hacerse.

Convínose en ello, y como personas de diversa nacionalidad figuraban en la reunión, se nombró a los señores Pedro Valle y Antonio Escalante por México; Mijares, representante de la casa Barrón, por los ingleses; Sobrino y Martínez Zorrilla por los españoles; Martín Darán por los franceses y Benecke por los alemanes.

El general Díaz observó que las circunstancias eran de tal manera urgentes, que suplicaba a la junta que en aquella misma sesión le enterase de sus resoluciones. En tal virtud, pasó la junta a la estancia inmediata, y después de deliberar hizo saber al general en jefe, que mientras se cotizaban todos los reunidos, se había convenido en entregar esa misma tarde (ayer) ciento treinta y cinco mil pesos, que repartirían entre varias personas a razón de tres mil pesos cada una. Entre estas personas recordamos a los tres señores Iturbe, Barrón, Mier y Terán, Bermejillo, Hagembeck, Escalante, Valle, etc., etc.

El general dió las gracias a la junta, advirtiendo que pagaría el uno por ciento de interés por el capital que se le confiaba, y que a consecuencia de tener que satisfacer la nación mexicana la primera exhibición de 200,000 pesos en los principios del año a los Estados Unidos, no podría sino hasta Marzo comenzar el pago que se haría por quincenas.

La junta dijo, además, que no necesitaba más garantía que la palabra del valiente general, y que mañana procedería a la cuotización general para completar el medio millón pedido.

¡Qué diferencia! Hace muy pocos días Lerdo reunió en su palacio a los mismos capitalistas para pedirles dinero, y recibió la más completa negativa, el más espantoso desaire; hoy el jefe de la revolución hace efectivo un préstamo, sin más garantía que su palabra.

Los capitalistas quedaron muy complacidos del trato que recibieron del general, que se manejó como un caballero en un salón, con la galantería y la finura más exquisitas.

Reuniéronse en torno suyo mientras la junta deliberaba y le hablaron con la confianza que inspira su trato, de las cuestiones de actualidad; muchos le indicaron la conveniencia de nombrar al señor Mier y Celis, Ministro de Hacienda, porque es uno de los capitalistas más inteligentes y que disfruta de la mayor estimación en la República. El general oía todo esto con su amabilidad característica; le acompañaba el señor Vallarta, quien dijo que el señor Díaz estaba resuelto a no emplear en su gobierno sino a los hombres honrados, porque en su concepto el porvenir del país no tanto dependía de la política cuanto de la administración.

Séanos permitido felicitar al general Díaz, por esta muestra de confianza que ha recibido de parte de los capitalistas: su gobierno se inaugura bajo los mejores auspicios; en su mano tiene el porvenir del país: escuche sus aspiraciones y entonces con mayor justicia podremos repetir, nosotros los que le hemos seguido, con ansiedad profunda durante su heroica lucha:

¡Viva Porfirio Díaz!"

* * *

Si en ideas poco hemos adelantado, en estilos literarios, seguimos a la altura de nuestros padres los románticos.

¿Qué enseñanza—nos preguntarán ustedes—vamos a sacar del articulillo inserto? A nuestro juicio una de palpitante actualidad: el general Díaz recibió exhausta la hacienda pública, mereció la confianza de los capitalistas y produjo con su pureza de manejo el progreso económico que todos hemos conocido.

En este punto, y para que la comparación no resulte odiosa, dejaremos pendientes, o más bien en la mente de los lectores, los calificativos que fueren de aplicación exacta para el señor Madero.

LA RIÑA DE LAS COMADRES

Septiembre 15 de 1911

El sainete con el título pomposo de Convención, que fué representado no hace muchos días en el mismo teatro que vió los triunfos de Campuzano en "Lázaro el mudo o el pastor de Florencia", en las tardes burguesas de orgía dominical a cincuenta centavos luneta, comienza a dar frutos que podría recoger la actividad profesional del repórter, para vaciarlos en la sección chismográfica de la crónica negra y esbozar con un pleito de casa de vecindad.

Apenas las conciencias rústicas de los delegados fuereños, convocados por la trompa de Eustaquio de Sánchez Azcona, había brotado sobre los despojos populares del prestigio del doctor Vázquez Gómez, la gallarda figura del Pino vicepresidencial, apenas el postrer ditirambo lacónico expiraba en los labios imberbes del divino embaucador, y el último rayo de coraje se extinguía detrás de los espejuelos jurídicos del sabio Urrea, cuando el ciudadano simple y el Ministro de Bellas Artes, gemelos en el sufragio y eso, almas fraternas vinculadas por una sola canana y Castor y Polux de las ideas libertadoras, se sintieron bruscamente divorciados e interrumpieron el dúo de amor que venían entonando para poner los brazos en jarras y comenzar a echarse a la cara toda la ropa sucia del canasto, con la acometividad belicosa de Gervasia y su rival en las páginas de realismo crudo de Emilio Zola.

Los episodios, hasta entonces inéditos, de la leyenda de la revolución, que algún día recogerá el historiador zapatista que haya terminado su instrucción primaria, para largarlos como ejemplo a los redentores del porvenir, han ido desarrollándose como películas cinematográficas a los ojos del público, que, ante la majestad de las existencias consagradas, la una al cultivo heroico de la vida, y la otra al típico sondeo de narices perjudicadas, se pregunta conmovido quién será el Pintarro que trace las líneas rígidas de esas vidas paralelas que se dirigen a la libertad y a la gloria desde el lugar de San Pedro de las Colonias y el consultorio de la calle del Eliseo número 22.

Porque el altercado periodístico por entregas, en que el señor Vázquez Gómez se esfuerza en que el mediecito de oro enseñe el cobre; y, éste a su vez pone sus cinco sentidos en descubrir el tepetate que hay en el cerebro de la revolución, está resultando, a más de regocijado, sumamente instructivo. No se podría de otro modo aquilatar los méritos indiscutibles de cada uno de los campeones que ayer iban rumbo al Palacio Nacional, en buen amor y compañía, y hoy se florean con piropos que rimaría la música retozona de madame Angot.

En el juego de revite abierto, en que los contendientes se lanzan cargos y reproches, el señor Vázquez Gómez—nariz, oídos, garganta—nos había hecho de Maderito un retrato bastante mejor que el de las innumerables tarjetas postales en que el leader luce los ojos que tan bellos parecen al señor Urueta. Pero ahora resulta que, no obstante la exactitud de la frase y la brillantez de la pintura, Madero le saca a su adversario dos cuerpos de luz cuando menos, y le tira a la cabeza con la sana intención de ponerlo como no digan dueñas.

El flamante manifiesto, firmado en Mérida y que trasciende a henequén, como los sonetos de Pino Suárez, hace al doctor de la Instrucción Pública varias inculpaciones, entre ellas la de una prudencia que parece increíble en tan aguerrido y fogueado rinólogo; pero es natural disguste al hombre sereno que asistió, aunque no se sabe a qué distancia, al ataque y toma de Ciudad Juárez.

En la misma encíclica se le acusa también de que no acompañó al candidato en la primera legua democrática que corrió desde el Bravo del Norte al cabo Catoche; de que no fué a saludar al propio Madero cuando estuvo preso en San Luis Potosí, y de que, en el curso de las negociaciones de paz, no pudo disimular sus ambiciones familiares e insistió desconsideradamente, no sólo en ser ministro él, sino en que también lo fuera su hermano, el hijo del pueblo pobre.

Pero, seamos justos; tales capítulos no resisten al empuje del más somero análisis; y podrían ser fácilmente pulverizados hasta por el mismo señor Secretario de Comunicaciones, si éste elegante funcionario disfrutara de un título de abogado, y no ¡ay!, de ingeniero. Desde luego, si el doctor no quiso salir de la capital, para pronunciar discursos en plazuelas y mesones, fué porque en aquel entonces estudiaba las propiedades terapéuticas del piramidón, medicamento precioso que ensayó, entre otros, en el nieto del tirano Porfirio Díaz, que, no obstante su tierna edad de catorce meses, era ya científico y se encaminaba, gateando, hacia la ignominia. Si no fué a visitar al héroe cautivo en la ciudad del colouche, eso se debió a que él no hace visitas de ninguna clase, desde el momento en que para eso tiene establecido su consultorio—todas las tardes p. m., de tres a seis;—y, por último, si se empeñó en hacer ministro al Benemérito don Emilio—antes don Benito,—es porque el perspicaz ojo médico de que dispone, le había revelado en su hermano un sesudo político y, sobre todo, un útil y servicial irrigador.

En cambio, hay que reconocer igual ineficacia probatoria en el cargo de mayor entidad que el doctor endereza a su hoy enemigo. Si el señor ciudadano simple quiso o no quiso pasar la línea fronteriza, es cosa de poca monta y perfectamente explicable, puesto que, por una parte, le impulsaba a hacerlo la intrepidez militar de que dió muestras en Casas Grandes, y por la otra le detenía el deseo de ponerse fuerte en inglés, idioma que tanto necesita para sus relaciones puramente afectivas y platónicas con la Waters Pierce Oil Co. En esas consideraciones era natural la indecisión que le sacudía, ¿no?, como una mesilla parlante zarandea en la historia de un baile de ultratumba.

Por lo mismo, nada grave se desprende de las requisitorias del gran capitán y de su lugarteniente de ayer. Esa riña de comadres no logrará entibiar a los revolucionarios de buena cepa; y nosotros, que no podemos renegar de nuestras convicciones, continuaremos prosternados y extáticos ante nuestros libertadores—sin perjuicio del Pino subsidiario,—porque ya lo dijo la sabiduría oriental: Dios es Dios y Vázquez Gómez su profeta.

Traición documentada

Septiembre 15 de 1911

"En la Villa de Rosas, a los siete días del mes de Diciembre del año 1864, reunidos todos los suscritos en el local del señor Gobernador y Comandante General de este Estado, Gregorio Galindo, manifestó que bien satisfechos estábamos de la complicación de la traición en que se vió por algunos jefes de los principales agentes de traición, D. Evaristo Madero y D. Octaviano Blanco, lo que dió mérito a formar el plan de reunir a las autoridades y principales hombres de los pueblos para de este modo descubrir la verdad de todo como ha sucedido que tenemos presente que al disolverse fué con la precisa condición de esperar mejor época para reorganizarnos y que hoy llegada ésa los llamaba con ese fin, como quedamos en acuerdo los que suscribimos y demás oficiales y tropa del partido para continuar nuestra defensa nacional. Y en fe y cumplimiento de nuestro honor y convicciones generales, hemos venido y venimos en acordar los artículos siguientes: 1o. Siendo que no hemos reconocido ni reconocemos más autoridades legítimas que son las emanadas por la Constitución de 1857, tales como la persona del C. Presidente Benito Juárez, y la de nuestro digno Jefe y Gober. C. Gregorio Galindo, protestando no dejar las armas de la mano en defensa de nuestra patria hasta el último extremo.—Se desconoce el llamado Imperio, reconocido en esta frontera el 18 del po. po. Nbre. por una falsa traición de tres o cuatro miserables y viles traidores.—2o. y úl-

tino, síguese copia de esta acta y remítase al C. Presidente de la República, para su satisfacción así como a los demás pueblos del Estado para que la secunden firmándola para constancia.—Capitán de la 1a. Compa. Catarino Jiménez. — Espiridión Mesa, Ayudante.—Félix Gómez, teniente de Id. Alferez de artillería Juan P. Pérez.—Alferez de la Escolta J. Angel Hernández.—José Ma. Cortez.—por la clase de tropa en la 3a. Compa. Sargento 1o. Pedro Estrada.—por la clase de tropa de la escolta.—Cabo de Id. Anastasio Luna.—Por la clase de tropa de 44a. Compa. Sarto. 2o. Manuel Salaica, Alferez de la 1a. Compa. Sarto. 1lo. Pedro Bernes. Id.—Leandro Lesa—por la clase de tropa de la 1a. Compa. Sarto. 1o. Guillermo Losolla, Sarto. 1o. 2o. de id.—Luis Flores. —Sarto. 2o. de la primera.—Juan Castro. Sarto 2o. Antonio Botello. Es copia de su original que certifico.—Rosas, Diciembre 8 de 1864. Gregorio Galindo.—RUBRICA......"

El respetable señor don Evaristo Madero a quien se refiere el documento anterior, fué abuelo de Washington de Bolívar, de Sucre, y de Hidalgo.

También es descendiente del propio patriota por la línea paterna, el apóstol de nuestras libertades actuales señor don Francisco I. Madero.

Por tales datos, reprobamos enérgicamente la declaración de los liberales coahuilenses y condenamos en nombre de la democracia y del sufragio efectivo, la ley atentatoria del atavismo que no puede regir entre nosotros, por ser rigurosamente científica y por lo tanto, desconocida por nuestros libertadores Madero, Banderas, Zapata y Bonilla.

EL DERRUMBAMIENTO DEL IDOLO

Septiembre 18 de 1911

La epidemia de maderismo agudo, que con graves síntomas de saqueo rústico y escándalo urbano viene sacudiendo a la República en una epilepsia demagógica, deshecha en convulsiones zapatistas, parece llegar al acme del mal, al punto culminante de la crisis. La danza sagrada que, en honra del dios nuevo, ha pasado, como un torbellino de democracia vociferante, sobre la población pacífica del país, se acerca al templo, punto objetivo de sus patrióticas miras, y el ídolo libertador, empinado en hombros de la muchedumbre, va a ser depositado sobre el altar de las adoraciones, llevando en sus labios de ciudadano simple, la sonrisa estereotipada con que saludó las hecatombes de Torreón y de Covadonga, pasó sobre los hacinamientos de cadáveres en Puebla y recibió el abrazo transpirante el ósculo fraternal del Atila del Sur, erguido sobre los campos talados y las fincas incendiadas de Morelos, como el símbolo salvaje de la desbastación.

La consacración definitiva está próxima. De las casillas electorales, funcionando libremente bajo la vigilancia amorosa de los 30-30, saldrá la voluntad nacional, para difundirse en largas aclamaciones al candidato, cuyo nombre, cayendo en las urnas del sufragio, sellará el pacto entre el héroe, que por fin podrá consagrarse a dar cumplimiento a sus innumerables promesas, y la masa irreflexiva y ardorosa que voluntariamente ha cerrado los ojos a la luz, y que, gobernada más por el impulso que por la convicción, ha condensado su amor y su esperanza en una frase, que es su único argumento y que integra su solo acto de fe: ¡Viva Madero!

Porque este grito ha sido, desde hace meses, la invariable respuesta a todas las observaciones de la experiencia y a todos los reparos del sentido común. En vano uno y otro han clamado contra las diversas incomprensibles actitudes asumidas por Madero en instantes solemnes para la Patria, en que el más sencillo pacto político o la discreción más rudimentaria exigían cordura y serenidad; inútilmente se ha querido advertir a los alucinados que los errores ocasionados de hoy presagian las culpas meditadas de mañana, y que no podrá ser jefe equilibrado y sensato, de un país que tiene la necesidad de restañar sus heridas y reconstruir su prosperidad, el pretendiente exaltado y voluble, pueril a veces y a veces atrabiliario, que desconoce a sus amigos de la adversidad y no tiene rubor de ir a estrechar la mano ensangrentada de un Zapata, que, sin empacho ninguno, ha hecho la apología del delito de rebelión, frente a las filas honradas del Colegio Militar, que ha lastimado de palabra y obra el pundonor exquisito del ejército, que viola con consignas atentatorias la soberanía de los Estados, preconizada por él en más de una ocasión, que permite el atropello de los derechos ajenos de los rivales políticos, y que ya en vísperas del triunfo, se ha atrevido a dirigirse a la Cámraa de Diputados, en forma incorrecta, en la que, si no redoblan los tambores del 18 Brumario, sí se siente la amenaza del motín callejero ahogando las deliberaciones de la asamblea en la onda de cieno del tumulto plebeyo.

¡Viva Madero!, ha contestado la prensa del **leader**. ¡**Viva Madero**!, prorrumpen los devotos del califa coahuilense; y no hay razonamiento, por juicioso que sea, que no se estrelle en ese dogma hermético, en ese culto ortodoxo rebelde al análisis y a la discusión, que viene a reproducir fanatismos olvidados que se prosternaba anté semidioses de redondel, y adespertar la duda de si en el cuerpo dosimétrico del apóstol de Parras no habrá encarnado el espíritu taurino de Ponciano Díaz.

Así, Madero ha logrado no perder un ápice del sentimiento de gruesa simpatía que le ungió redentor, y sus bonos, despreciados hasta lo increíble en el criterio de la gente sensata, se cotizan todavía con premio en el mercado en que el pueblo, ofuscado por grandes palabras que no entiende, no ha vacilado en trocar su crédula confianza, por el pagaré con sufragio, y eso, con impuestos abolidos y repartición de tierras, que, para hacerse, efectivo, en tierra de Jauja y subscripto por Madero, le ha ofrecido la revolución.

Y de esta suerte, ingenuos y cumplidos unos, y codiciosos y ávidos otros, los sufragantes darán el apoyo, casi unánime, de sus votos, al hermoso gobernante de las Mil y Una Noches, que con sólo abrir los elocuentes labios y sacudir las piadosas manos, iniciará para México la edad de oro y hará que todos los ciudadanos engorden de bienandanza, y revienten de felicidad.

Pero al día siguiente del santo advenimiento, no bien el vencedor se haya arrellanado en la silla dorada de sus sueños, y sus ansias de aspirante hayan sido refrescadas por las aguas presidenciales de Chapultepec, el documento estará vencido y habrá que pagar. Será preciso llevar a la práctica las teorías librescas mal digeridas y las sugestiones siderales de los espíritus consejeros; a la novela romántica de la revuelta, con notas de la Constitución de 57, sucederá la tragedia real y vívida del poder, henchido de problemas y dificultades; el paladín de kaki y de canana tendrá que ceder el puesto al Magistrado responsable, y el coro de panegiristas y aduladores enmudecerá para dejar sitio al tropel de ilusos que exigirán el cumplimiento de la obligación.

Y como entonces no bastarán las promesas, y la mediocridad no hace milagros, y la mesilla parlante no es una vara de virtud, la desconfianza empezará a descorrer velos, las escenas caerán de los ojos, el hombre despojado de su prestigio de predestinado, se exhibirá tal como es, y a los planes regeneradores substituirá la verdad descarnada, que colocará las cosas en su punto de vista exacto, y demostrará que toda la jerigonza política de las proclamas democráticas cabe, con sus bellos discursos y sus engañadores espejismos, con sus ríos de sangre y sus miles de víctimas, en este consolador aforismo: ¡Quítate tú para que me ponga yo!

Y el pueblo, ese niño grande que habrá visto lo que hay dentro del juguete, le volverá lo espalda, decepcionado; y la debilidad alzada sobre la inconsciencia pública—ya sin adoradores y sin creyentes,—caerá del ara con el estruendo inevitable y fatal de un ídolo que se derrumba.

El Plazo Aquel

Septiembre 28 de 1911

El señor licenciado Querido Moheno, oriundo de Chiapas y diputado en ejercicio al Congreso de la Unión, se declara adversario del aplazamiento de las elecciones, y califica de poco patriotas a los que se oponen a este nuevo empuje de la revolución. Nada dice de la conducta del señor Madero amagando al Poder Público, al cual pertenece el señor Moheno, pero sí asienta que los argumentos que se den a favor de la prórroga, serán de tinterillo y especiosas las razones que los apoyen.

Entraremos al huizache con que el jurisconsulto señor Moheno favorece a los opositores de aquel pensamiento.

Tanto "El Imparcial", como los que hemos sostenido la personalidad del señor licenciado de la Barra, como única digna y posible para solucionar los graves conflictos nacionales que han provocado a Méjico sus malos hijos, hemos sostenido como fundamento de moral y de justicia, que **la ley es la ley**, en contraposición con el inaudito dislate de aquel sabio que, para justificar al señor general Zapata, dijo que **la revolución es la revolución.**

Y si la ley quiere que para la verificación de las elecciones esté realizada escrupulosamente la división territorial, y que la pacificación del país sea positiva, es decir, que no haya, como actualmente sucede, hondas perturbaciones de tranquilidad en los Estados de Morelos, de Veracruz, de Puebla, Yucatán, y substracciones definitivas del orden legal, como acontece en Sinaloa; y si a la ley le decimos que la conveniencia política, los beneficios en favor de partido determinado y los provechos de explotadores que cazan los momentos más angustiados de la Patria para especulaciones dudosas, son superiores a su instituto solemne; si en nombre del patriotismo, de interpretación ya tan difícil y elástica, pasamos sobre los cuerpos de derecho jurídico, pocas o ningunas esperanzas tendremos de regeneración, y las revoluciones realizadas para tal objeto no servirán, como acontece con la presente, sino para terminar con la sustentación de orden legal y aun con las garantías individuales, según estamos palpándolo en la vigente anarquía.

Ayer, el general Díaz violaba la ley en las elecciones, suplantando la voluntad del pueblo; hoy, un partido armado prohibe que se acerque cualquiera a los comicios e impide la manifestación de la misma voluntad popular, aun cuando fuere de minorías, pero de los mismos y respetables derechos políticos, que no lleven al candidato, que ha dejado la tiranía en depósito de las masas, para que se la entreguen mañana, con la sanción de la misma Cámara, a quien el caudillo ha ultrajado, a quien ha llamado espúrea y abyecta y a quien tiene amenazada con la disolución, para poder dejar lugares a todos los regeneradores que no tengan **pedigree** porfiriano.

Si el cumplimiento de la ley, la honradez de acatarla y el respeto a la protesta que hace el legislador, de tenerla por norma en sus augustas funciones, produce desbordamientos y escenas lamentables, como dice el señor Moheno, y las que, en todo caso, no serían sino comisiones de delitos, habrá que resignarse y consentir en ellas si el Estado carece de poder para reprimirlas, pues, de modo contrario, se autorizaría el inmoral principio de que cuando a las mayorías no les convengan las leyes, éstas no deben cumplirse y queden los Poderes Públicos en la obligación de violarlas, porque así lo exigen las masas, que han destruído ciudades, asesinado personas, saqueando plazas mercantiles, liberado prisiones y usurpado propiedades.

Dispense el señor Moheno nuestros argumentos de tinterillo y nuestras especiosas razones, y sírvase recibir nuestra calurosa felicitación por el voto que va a emitir en favor de la inmediata verificación de las elecciones de Presidente y Vicepresidente, en las cuales han de ser agraciados los esclarecidos estadistas don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez.

CATORCE MILLONES

Los dineros del Sacristán

[Septiembre 22 de 1911.]

Rápidamente, en un apresurado deshielo que liquida el macizo bloque de las reservas acumuladas por la nefanda tiranía, los caudales del Tesoro chorrean entre las heroicas y sudorosas manos del maderismo redentor, y se van para siempre. Uno tras de otro, en el breve espacio de cuatro meses, catorce millones de pesos se han fugado de las cajas federales, para caer y fundirse en la hoguera purificadora de la Revolución, sin dejar otra huella que una alusión en el mensaje presidencial, una desconsolada referencia que tiene la helada concisión del R. I. P. de las tumbas, y que resonó lúgubre en nuestros oídos de nación pletórica de recursos, con la vibración desesperada del último adiós.

La filosofía de la Historia, que es la depositaria de la verdadera ciencia, nos enseña que tal es la suerte que toca a todas las obras oprobiosas del despotismo. Las riquezas del hombre malo son perecederas y fugaces. En vano un Limantour científico logró, a fuerza casi de milagro, constituir un fondo de previsión económica, con el que se pueden esperar los años malos, fundar instituciones, emprender obras importantes, sostener el crédito, hacer progreso: llegará el día en que el justo triunfará en Ciudad Juárez; las profecías se cumplirán, y el que viene en nombre del Señor—del señor Madero, naturalmente,— clamará ante el asombro de don Javier Arrangóiz: "vuestro oro convertido se ha en escoria, vuestro vino trocado se ha en agua".

Esto es bíblico y es justo. Un silogismo de rigor impecable nos lleva, como de la mano, a la convicción de que, si las reservas del Tesoro son producto del trabajo del pueblo pobre, y los bizarros libertadores no-reeleccionistas son hijos del pueblo vicioso, aquéllas deben pasar a éstos directa e inmediatamente, con la sencillez y prontitud según el viejo refrán colonial, la fortuna del padre abarrotero pasaba al hijo majadero.

Y así ha sucedido, efectivamente. Primero, fué la llegada, a la capital, de aquellas pintorescas bandadas de valientes vestidos de kaki, con las cananas terciadas, el rifle en las manos, el retrato del héroe al pecho y el arrojo en las pupilas relampagueantes. Todos fumaban puros, todos tenían dinero, todos eran generales. Los automóviles y los taxímetros pasaban, raudos, atestados de libertadores, del Calendario Azteca al Pocito de la Villa. El menú de los **restaurants** se aumentaba con centenares de milanesas adicionales y miles de frijoles refritos subsidiarios; las fauces secas de los paladines se refrescaban en Danubios de cerveza y niágaras de **champagne**, y los labios de Venus Mercenaria, ungían, a precio de tarifa, los lauros épicos de Torreón y Covadonga.

¡Cuánto costó aquéllo? ¡Qué importan las cifras! Dejemos a los espíritus tomineros el ruín placer de cotizar las expansiones metropolitanas de los que derribaron el antiguo régimen. La gloria del señor General "El Tuerto" y la abnegación de su cofrade, también general, el señor "La Becerra", no caben dentro de los guarismos de un presupuesto.

Después la cosa se simplificó: la Tesorería fué a los maderistas, que se habían multiplicado. La tierra, removida por el paso de la revuelta, no producía maíz, sino coroneles; de cada ruina humeante brotaba un capitán; los libertadores simples aparecían con la profusión del hongo. A todos ellos se les debía algo, y se les pagaba. Todos tenían un caballo y un rifle, y se les compraba. Los adalides se acercaban al pagador, con la diestra extendida; recibían el puñado de tostones del licenciamiento, y con precisión matemática daban la vuelta a la manzana para regresar a recibir otra cantidad igual con la izquierda. A veces, el desarme salía tan mal, que de cien soldados se recogían veinte escopetas descompuestas y ocho machetes. En ocasiones el licenciamiento resultaba tan bien, que era preciso repetirlo dos y tres veces—como en el caso de Zapata,—para saborearlo mejor. El dinero corría; las águilas volaban; don Emiliano, el de Cuautla, nostálgico de civilización y comodidades, compró un automóvil.... ¡Viva Madero! ¡La Revolución es la Revolución!

Luego, hubo otros gastos imperiosos de propaganda, de gira, de prensa. ¡Es tan costosa la democracia!, ¿no? Los millones iban al galope. Y cuando la voz débil de la salubridad pública se atrevió a pedir, con la timidez de quien teme cometer una imprudencia, la enorme suma de setenta mil pesos para emprender una campaña contra el tifo, en las cajas, pródigas para gastos y erogaciones revolucionarias, no hubo recurso para la tarea de humanidad que se reclamaba, y en los barrios miserables de México causó ejecutoria el precepto de higiene maderista, que manda: sepelio efectivo y no-desinfección.

¡Catorce millones de pesos! Y la reclamación china, y la alemana, y la española, y la francesa, y la americana, y la de las Líneas Nacionales, y las de cien empresas y negociaciones, y las de una multitud de particulares, esperan impacientemente su turno.

Y mientras tanto, el ciudadano simple pasea por las costas del Golfo su nombre de jipi y su oratoria de petate, grava las rentas del telégrafo con lacónicos mensajes de mil palabras, pronuncia brindis y baila danzones, y habla, y habla, con una garrulería monótona que parece el chirriar de una cigarra; porque, al fin y al cabo, él, que no formó ni formará las reservas como las que se están diluyendo, puede seguir entonando su estribillo de libertad vegetariana; para él, esos millones gastados y los que hay que gastar todavía, no son más que los dineros del sacristán.

Reformas urgentes

[Septiembre 22 de 1911.]

Las comisiones técnicas nombradas por el señor Madero a fin de que le preparen los medios apropiados para dar cumplimiento a las promesas revolucionarias y a los principios que inician la nueva y desconocida moral política del porvenir han celebrado en estos últimos días repetidas juntas para llegar a un acuerdo definitivo, sobre las reformas que debe presentar el general apóstol a su Gabinete y a sus Cámaras, para la demostración plena, y vergonzosa para el General Díaz, de que, cuando los gobernantes quieren y tiene voluntad en favor del pueblo sufriente y singularmente trabajador, es posible labrar su felicidad, nada más con un poco de patriotismo y algo de abnegación para los hermanos que no tienen muchas veces un pan que llevar a la boca, por la crueldad con que se les ha visto en el ejercicio de sus derechos políticos.

Los nuevos constituyentes, con gran ansiedad y energía, con abandono de sus familias y con desvelos constantes; reflexivos y animados del sentimiento purísimo de que todo debe hacerse por la patria, han logrado realizar una obra que los presentes no hemos de agradecer en todo lo que ella vale, pero que la Historia ha de recoger en sus páginas luminosas para nuestros pósteros—nosotros no tenemos hijos—quienes desapasionados y serenos les tributarán el verdadero culto de admiración y de gloria; hoy ensombrencido por las pasiones científicas y por los descuentos de las reclamaciones.

Se han presentado diversos proyectos, para llevarlos a la práctica en el momento preciso en que el señor Madero, tome posesión de la Presidencia para la cual casi ni necesita de la elección, por estar grandemente prestigiado en el país, según sus propias y discretas frases.

Daremos cuenta por ahora de las reformas a la legislación penal, y que se han propuesto desde luego.

El Lic. Blas Urrea, que como seguro e inevitable Secretario de Gobernación, está obligado en cierto modo a demostrar que su mentalidad es superior a la del señor Coronel la Becerra, ha sometido a las comisiones unidas de la Junta de Notables, un proyecto sobre modificaciones a varios artículos del Código Penal, y el que parece de una luminosa parte expositiva, de la cual tomamos los siguientes conceptos.

"Es indispensable no defraudar en sus legítimas aspiraciones de libertad y de mejoramiento moral y material. Si la Revolución no diera cumplimiento a sus promesas en toda la amplitud que exige ya el buen juicio y la civilización de nuestro pueblo, la perseguirían los anatemas de los invictos luchadores que la dieron el triunfo, y presto se vería envuelta en un desprestigio sin límites, y sus hombres transformados de héroes en ambiciosos y persecutores de los bienes públicos y de los honores inherentes a todo poder humano.

Hay que hacer efectivos los ofrecimientos consignados y demostrar al mundo entero, y con particularidad a nuestros enemigos, que la Revolución es honrada y sus autores dignos y levantados en sus propósitos libertarios."

Las reformas al Código Penal, dicen así:

'Art. 1098 en su texto actual.—Cuando se concierte que los medios de llevar a cabo una rebelión sean el asesinato, el robo, el plagio, el despojo, el incendio o el saqueo, se impondrán a los conspiradores cinco años de reclusión, y multa de 100 a 1,500 pesos."

Reforma propuesta para el mismo artículo:

"El que, en ejercicio de sus derechos políticos y en defensa de las libertades públicas, se hubiere rebelado contra el gobierno de hecho dominando en los últimos treinta y cinco años, no incurrirá en responsabilidad alguna; pero si a la legítima rebeldía en que se alzare, se viese obligado a sacrificar personas ajenas a la contienda, disponer en cualquiera forma de los bienes y de las propiedades de un tercero o destruir por el fuego o por el explosivo bienes raíces particulares o del Estado contraerá una responsabilidad de carácter puramente civil, la cual computada en efectivo y legalmente ejecutoriada, será cubierta por la Tesorería de la Federación con cargo a la partida de "Sufragio Efectivo y No Reelección," que figurará constantemente en las respectivas Leyes de Presupuestos Federales."

A su vez, el señor Secretario de Comunicaciones presentó el proyecto de reforma al artículo 1108 del mismo Código, que hoy dice textualmente:

"Los rebeldes que, después del combate dieren muerte a los prisioneros, serán castigados con la pena capital como homicidas con premeditación y ventaja."

La reforma propuesta está así concebida:

"Art. 1108.—La ejecución de los prisioneros después de un combate, se considerará como un acto continuo de la campaña librada, y no podrá exigirse responsabilidad de aquéllas a los rebeldes que las hubieren consumado, si demostraren plenamente que son aliados de algún partido político que tenga por objeto y por fin la regeneración del país, sean cualesquiera los medios que para ésta se emplearen."

Para no hacer fatigosa esta sección, nos reservamos el resto de las reformas iniciadas, y las que hemos de dar a conocer a los lectores, en tiempo muy inmediato.

Por ahora, nos complace propagar las insertadas, para que el pueblo vaya conociendo los importantes trabajos que se hacen en su favor, y por ellos persistir en la prestación de su apoyo al señor Madero, que momento a momento comprueba su preocupación en favor de la comunidad nacional, ansiosa del Gobierno firme, moral y de que ha presentado nuestra Historia desde la época del democrático, del único hombre feroz Huitzilopoxtli!

La Mancha de Lady Machbet

[Septiembre 29 de 1911.]

Desde que la revolución de Noviembre llegó a un término, que se creyó definitivo, y depuso las armas fratricidas—aunque sólo virtualmente,—en la escalinata de la Aduana de Ciudad Juárez, el maderismo vencedor que empujaba a las ciudades sus huestes victoriosas, ávidas de holgorio y de festejos, ha tenido una preocupación obstinadamente manifestada en los editoriales de su

prensa, en las declaraciones de sus tribunos y en la oratoria populachera de su caudillo, una continua protesta que se diría responder a un reproche interior y que, repetida en toda ocasión por los leaders y los publicistas del nuevo régimen, parece, no el honrado alarde de quien se alza con la conciencia del deber cumplido, sino la monótona protesta del reo convicto de su culpa.

Aun antes de que el cargo tomara la forma acusadora que después ha revestido, cuando era todavía una sospecha que comenzaba a enturbiar con sombras de duda el patriotismo nacional, la Revolución ponía en boca de sus prohombres una afirmación que fué prenda de orgullo para los cofrades, verdad axiomática para los crédulos, y punzante aguijón para la suspicacia de los escépticos, que sabían que los rifles no se compran con discursos, que las tropas no se aprovisionan con conversaciones espiritistas, y que si Napoleón necesitaba, para sostener la guerra, dinero y dinero, no era difícil que don Francisco I. Madero lograra alimentarla con gránulos dosimétricos y régimen vegetariano.

Los libertadores aseguraban: "la obra regeneradora, en su aspecto político y militar, no ha recibido auxilio extranjero de ninguna clase; fué llevada a cabo en su totalidad con elementos y recursos nacionales; es hija del patriotismo del pueblo". La frase era ampulosa y nefásica. El patriotismo—si se quiere que ese haya sido el móvil—levanta rebeldes, improvisa campeones, pone en pie combatientes heroicos; pero hombres al fin, que no se nutren con ideal puro, que no se abrigan con sufragio libre, que no disparan con democracia, que necesitan rancho y zarapes y carabinas, porque las batallas se ganan con soldados vigorosos y con armas de fuego, y no con turbas famélicas y cantos ardorosos a la no-reelección.

Para la existencia de numerosos grupos armados, durante largos meses, en climas hostiles, se necesita dinero. Las sumas suministradas por la familia Madero, escrupulosamente cobradas y pagadas antes que ninguna otra reclamación, no hubieran bastado; las clases acomodadas del país, eminentemente conservadoras, no contribuyeron con un solo centavo para el movimiento que tan perjudicial había de ser a sus intereses; el pueblo dió lo que tenía: contingente de sangre en la frontera, presidiarios fugados para el pillaje en el Sur, y gritos destemplados de amor platónico, en las grandes poblaciones; dinero, no.

Entonces, ante ese milagro que no cabía en las páginas unciosas del Evangelio, las miradas comenzaron a volverse hacia el Norte, buscando el centro bursátil, congestionado de existencias de donde hubiera salido el hilo de numerario suficiente para dar vida a la Revolución. Y mientras los voceros del maderismo se desgañitaban proclamando que por las venas puras de la virgen vengadora no había pasado un glóbulo de la riqueza extraña, la prensa de los Estados Unidos publicaba los detalles de la operación bancaria, que había trocado por una millonada de dólares los bonos de los libertadores, y hacía el balance del negocio, en el que aparecían catorce mil mexicanos muertos, con la misma frialdad con que calcularían los resultados de una empresa para la matanza de cerdos, concentrada en Chicago, en un estupendo trust.

¡Y los compromisos para el futuro, que ya comienzan a bosquejarse en público con rasgos imprecisos que no hacen más que apuntar su importancia! ¡Y la sonrisa benevolente que todo el mundo ha percibido, y que promete paraísos petrolíferos a la actividad industrial de la Waters Pierce Oil Co.! ¡Quién tiene los datos precisos que la nación reclama, alzándose con una formidable interrogación, ante los hombres nuevos? ¡Se ha dado siquiera cuenta de la aplicación de los setecientos mil pesos pagados a los parientes del apóstol, sin examen y sin comprobación!.... La Secretaría de Hacienda es muda, y don Gustavo Madero, agente financiero de la Revolución, escapa a las preguntas indiscretas, en un majestuoso vuelo de águila. ¡Es tan difícil seguir a las águilas!.....

Aun hay más. La ayuda extranjera a la Revolución, tiene dos fases: una de avaricia y otra de muerte: mercaderes y aventureros. En tanto que Schylock aflojaba los cordones de la bolsa, Sparafucile hacía blanco de sus disparos de condotiero al pecho de los defensores de la ley. Garibaldi, que hoy se hace llamar general, apretaba el cerco de Ciudad Juárez; Harootian, que es armenio o sirio, olvidaba el cajón de buhonero para empuñar el 30-30; Olivio, que se dice griego, decoraba las filas libertadoras; una hez de individuos sin patria esfumeaba en la olla gorda del maderismo; un tramp de Oregón o de Arkansas pretendía la rendición del coronel Morelos en la torre del Santuario; el proyectil expansivo de un coro-boy tejano mutilaba al bizarro general García Cuéllar, en Casas Grandes; y el artículo 33 se refugiaba, solitario, en los sueños de libertad y de justicia de los constituyentes.

Hoy, todo está consumado. Sobre las ruinas de las propiedades saqueadas, rueda el carro de la Revolución triunfante, que viene de la hecatombe y va al Capitolio, seguido por los clamores de apoteosis del pueblo deslumbrado. Lleva los labios desbordantes de promesas, que no podrá cumplir, y abre la era de la democracia con un amplio ademán de fraternidad y de concordia. Y el amor ingenuo de las multitudes rompe en explosiones de entusiasmo, mientras llega el desencanto amargo, porque la fe ciega y la credulidad extasiada no han podido advertir que lo que vibra en esa boca es un grito de soberbia y de codicia, y que lo que brilla en esa mano, trágica como la de Lady Macbeth, es el odio judío de los traficantes, manchado por la sangre mexicana que derramaron las balas filibusteras!

El criminal político

Estudio de actualidad

(Septiembre 29 de 1911.)

Hemos traído a nuestras columnas en ediciones anteriores. Interesantes fragmentos de la notable obra escrita por los grandes criminalistas italianos Lombroso y Laschi, en estudio del crimen político y sus diferentes matices analizados y experimentados por las fórmulas científicas, que hacen en cierto modo indestructibles las conclusiones a que llegan los sabios autores de la obra que citamos.

En el ambiente actual de México y en presencia de un fenómeno que de memento no comprendemos, encontramos que Lombroso y Laschi nos dan explicaciones que pueden resolver nuestras dudas y nuestros extravíos de comprensión, dada la alta sinceridad de los prestigiados intelectuales, que hacen labor de ciencia, bien ajena a la nuestra que es de pasión.

Este es el fragmento que hoy dedicamos a los lectores:

Las malvides, que son muy raras en los países de nueva cultura, se distinguen de los criminales por la absoluta integridad de su sentido moral y se diferencian de los locos por la ausencia del delirio; por ser menos impulsivos y por su amor a las afecciones del terruño y se distinguen sobre todo porque los matoides políticos disimulan los caracteres degenerativos de sus herencias morbosas.

De treinta y cuatro matoides estudiados por el doctor Lombroso, solamente doce necesitaban dos caracteres de degeneración; dos presentaban tres y solamente uno presentaba seis y todo ello porque según las observaciones del sabio doctor italiano, todos esos grandes regeneradores son producto de una cultura intelectual precipitada, de una cultura de Revistas francesas y Magazzines Angloamericanos.

Ciertas anomalías funcionales que nacen de alteraciones en los centros nerviosos, son muy frecuentes en los matoides políticos. Por eso se han presentado movimientos convulsivos de la fisonomía en Manzanillo y Mirabeau. Tenemos epilépticos en Mangiony de Tomasi; crisis de risas en Cediglio y en Laconte y anestesias en Lazzaci y Pasamante.

La característica de los matoides políticos: lo que desea el primer golpe de vista los hace conocerse, que tienen toda la apariencia del genio y del apóstol. Sin tener nada de la substancia del uno ni del otro.

Tienen del genio la profunda convicción de sus propios méritos, la confianza tenaz en sus ideas y el desprecio a todo lo que no sea ellos mismos, pero siempre les falta la sagacidad, la fecundidad y la originalidad que son las características del genio. Si llegan alguna vez a entrever nuevos horizontes, eso se debe sólo a que, como un gran número de degenerados se escurren de la normalidad de la vida; del medio social en que viven, en que evolucionan, para no llegar nunca a cristalizar sus ideas, porque les falta el verdadero substractum de la creación general: la potencia de intelecto sano que todo lo hace y todo lo puede.

A prima facie, son altruistas, sufren los dolores que afligen al pueblo en que viven y pueden llegar a sugerir los remedios que evitan esos males, pero si se arrestan a ponerlos en práctica, se contradicen con sus propios principios; pisotean sus teorías y al querer derrocar un tirano entronizan otra tiranía, queriendo hacer siempre que todo se concentre en ellos; que todo se someta a ello y con yoismo vienen a matar el substractum del atruismo de que venían a ser paladines.

Amadei ha observado en los matoides políticos una característica psicológica muy especial y es la de que queriendo ser innovadores son siempre víctimas de una tendencia atávica y degeneratriz que los lleva siempre hacia el pasado. Siempre su progreso se traduce en un movimiento hacia atrás, buscando cosas y costumbres antiguas.

Bosisio usaba vestidos espartanos, Gleizes se sujetó a una alimentación puramente vegetariana. Y Bárbaro y Vila pregonaban la abolición de las armas naturales y abogaban por el puñetazo y la patada; es decir, por el arma primitiva. Braffier quiso que Francia volviera a las costumbres de la antigua Galia. Coccamelier quiso volver a la Curia Romana y a la Comicio Tributa.

Tienen también esos matoides políticos la característica de una sobriedad exagerada. Bossio se alimentaba sólo de polenta sin sal; Pasamante sólo de pan; Gitteau, de nueces; Lazzarri, se satisfacía con dos patatas; Mangione con diez centavos para arroz satisfacía sus necesidades y todo ello se explica porque encontraban ellos su nutrición al sentir sus ambiciones satisfechas, al saber que sus pueblos les llamaban íntegros y teniendo el concepto de que el robo y la violación política no eran delitos.

Y así han crecido en la historia las figuras de Mazaniello, de Cromwel y Santerre.

PASCUAL OROZCO Y ZAPATA

Las intrigas de Madero

[Octubre 2 de 1911.]

Separados por un intervalo de veinticuatro horas, llegaron a México el señor don Francisco I. Madero, leader aclamado de la revolución triunfante y Presidente de la República mañana, y el jefe ex-revolucionario don Pascual Orozco, hijo, cabeza indiscutible del movimiento que derribó el antiguo régimen, y luchador olvidado por la fácil indiferencia de los hombres nuevos, que parecen no tener ojos sino para extasiarse ante la gloria que irradia la figura de su homeopática divinidad. De los dos viajeros, uno llega en tren especial que la Nación, o la empresa, pagan, rodeado de amigos que le ensalzan y adulan con lenguas que chorrean miel de elocuencia, saludado en estaciones y ciudades por pueblos delirantes, que aplauden a rabiar los alardes de una oratoria con reminiscencias espíritas de Allan Kardek y regüeldos vegetarianos de acelgas; el otro, modesto pasajero, acompañado por dos ayudantes, se rehusa a hablar en público, huye de las entrevistas y escapa a la curiosidad del repórter. El primero viene con los oídos sordos por las aclamaciones y la garganta despedazada por los discursos mal pronunciados desde los balcones de los hoteles; trae consigo un par de oradores que le repiten: "eres grande"; y un vicepresidente que le murmura, arrodillado: "Señor, soy tu obra"; el segundo no tiene más que su honradez de campesino, su arrojo de soldado y el amargo sabor del desencanto en los labios, que no saben arengas cubusteras y sólo se abren para dar paso a la verdad en el hablar rudo del labriego.

Y por contraste semejante, mientras aquel va a los supremos honores, a la exhibición vertiginosa del cinematógrafo, el paseo de circo por las calles, a descansar bajo los artesonados del Palacio Nacional y a sentarse en la silla de Juárez, el otro se acerca a recibir órdenes, a asumir un mando difícil y lleno de responsabilidades, y a exponer la vida en una ruda tarea de pacificación, para que el salvador de la Patria pueda, con toda tranquilidad, cruzarse al pecho la banda tricolor, y desde las terrazas de Chapultepec, espaciar las miradas traviesas en los horizontes que cautivaron las pupilas nostálgicas de Maximiliano.

Así, de acuerdo con las enseñanzas evangélicas, los primeros serán los últimos; así, por una inversión de la justicia de los pueblos, el reconocimiento profundo que ofreció al señor Madero aplausos, vítores y la Presidencia de la República, que dió a la familia del señor Madero gruesos libramientos sobre las reservas del Tesoro, que favoreció a los amigos del señor Madero, confiando el Ministerio de Comunicaciones a la lastimosa nulidad de un Bonilla, y permitiendo que un bandolero, embajador del monstruoso Zapata, se pasee en México ante los ojos dormidos de la policía, no habrá tenido para recompensar a Pascual Orozco más que un puesto peligroso en Sinaloa y una credencial de diputado suplente a la Legislatura de Chihuahua, para el padre del verdadero héroe de la Revolución.

Sería banal, y, sobre todo, inútil, difundirse en lamentaciones jeremiacas sobre la ingratitud humana: el señor Madero usa de un derecho personal cuando busca la esfumación de las figuras que le hacen sombra, y resulta su popularidad a la sombra de un pino yucateco; y el pueblo, en su gran inconsciencia colectiva, no es responsable de haberse dejado deslumbrar por el auto-bombo de un candidato que, a pesar de sus protestas de desinterés, no ha hecho hasta ahora más que barrer para adentro.

Por otra parte, la leyenda barata y corriente de los falsos maderistas, profusamente propagada por el mismo beneficiado, no cesa de asegurar que la obra demoledora—como los libertadores la llaman,—es hija legítima del señor Madero. La ingenuidad pública lo ha creído; el señor Madero lo cree también. ¡Pobres hombres confiados y vanidosos, que se imaginan que un individuo puede hacer, con la sola eficacia de su palabra, un sacudimiento social y político, y no saben que una revolución no es más que el resultado lógico de ciertas ideas generales llegadas a su fase de realización.

Pero, si es cómodo y sencillo engañar a los contemporáneos, no lo es igualmente hacer un fraude al porvenir. El tiempo, que todo lo depura, es la mejor piedra de toque para las reputaciones estruendosas. Hoy, se puede, en elogio del Exito, decir todo lo que se quiera; mañana la historia dirá que la revolución de noviembre brotó de la fermentación inquieta de los elementos sociales inmovilizados por treinta años de dictadura—fructífera y provechosa, pero dictadura al fin;—que el malestar, producido por la necesidad de aire respirable en una atmósfera política, sin esperanzas de renovación, se abrió paso en una lucha, que, por ley ineludible, tenía que ser armada; y que de esa aspiración al cambio, de esa urgencia de remociones inaplazables, nació la figura del señor Madero, no hacedor, sino hechura de la revolución que bullía, en la conciencia colectiva, ávida de encarnar en cualquiera, en el primer hombre nuevo que supiera aprovechar el momento, y que, aun sin ser el mejor ni el más apto, aliviara a todos del cansancio de un prolongado poder personal.

La Historia dirá más. Dirá que la revolución efectiva, a mano armada, tuvo dos aspectos: el honrado y leal que en Chihuahua levantó a los pequeños propietarios, los enfrentó con los soldados federales y los hizo combatir contra jefes del valer de García Cuéllar y de Eguía Liz, sin robos, sin incendios, sin asesinatos; y el siniestro y repugnante que abrió las cárceles y libertó a los galeotes, les lanzó contra la libertad privada, al pillaje, al exterminio, al atropello de mujeres, a la matanza de extranjeros, al bochorno de la civilización: el primero representado por la apostura viril de Pascual Orozco, y el segundo por la sombra demoníaca de Zapata.

Y como sugestivo detalle no se podrá omitir que, mientras el valiente fronterizo, una vez cumplido lo que él creyó su deber, volvía a la antigua vida humilde, sin honores ni riquezas, y afirmaba su adhesión a la autoridad constituída, el chacal del Sur pedía al gobierno la bolsa o la vida, lo estafaba con cuatro licenciamientos sucesivos, y lo amagaba, insolente como un vándalo, con la revuelta interminable. Entonces, el señor Madero volvió la espalda a Orozco, que ya no le era útil, y sin una repulsión de honor ni una náusea de asco, fué a estrechar la mano sucia de Zapata. Eso, la Historia no lo olvidará.

El socialismo en bruto

[Octubre 2 de 1911.]

Con la vieja y conocida capa de los "Varios Vecinos", "Algunos Partidarios" y otras anónimas análogas, publica un diario el remitido de "Muchos Hijos del Estado de Morelos", casi un manojo, en el que se repasa la idea socialista de apoderarse, por medios democráticos, de la propiedad ajena.

Podrán ser muchos los hijos del Estado que pretendan obtener por medios ilícitos beneficios que no han conquistado por el trabajo y por el respeto a la ley, pero no deberían, en nuestro concepto, hacer públicas tendencias que, a largas distancias, se les distingue su filiación anárquica y su intención bien transparente, de aprovechar la excitación pública que ha despertado la revolución contra los intereses creados, rectificando en cada caso propicio, la legitimidad de transformación absurda que convierta al bandolero en señor y al caballero en paria mendicante.

No son los importantes capitales de la rica propiedad del Estado de Morelos, los que concretamente pudieran dar margen a una defensa necesaria, sino las teorías de disolución infiltradas en los cerebros rudimentarios, que representan una mayoría sofocante de fuerza bruta, las que deben combatirse si no queremos renunciar, no digamos un bien propio que importa derechos legítimamente adquiridos, sino un régimen social constituído bajo las bases de una moral indispensable para la existencia quieta y pacífica de los asociados.

La circulación sin protesta de ideas encaminadas a una destrucción y a la alimentación de elementos insanos y descompuestos, pudiera ser para el periodismo honrado que brega por la justicia, hoy tan maltratada, una complicidad de la que habría que avergonzarse, al restablecimiento del orden y de la ley, y en la que cabrían, sin duda, graves responsabilidades ante la opinión, que mancharía el nombre de un poder, dedicado por su propio instituto a la propaganda de la civilización.

Causa sincera pena que, a pesar del fallo que la opinión ha dictado contra los bandoleros del Estado de Morelos, haya todavía quienes insistan en que este bandalismo representa las simpatías y la conciencia recta de los buenos hijos del Sur, y declare que Zapata es digno de figurar como Primer Magistrado de aquella entidad, porque no está coludido con los hacendados; cosa innecesaria de consignar, porque los terratenientes de Morelos, todos caballeros y hombres honrados, nunca podrán tener contacto con las hordas que representan la democracia dinamitera y el latrocinio revolucionario.

El pretexto del nombramiento hecho a favor de don Ambrosio Figueroa, para reflejar la cuestión socialista a que nos hemos referido; es decir, remover el odio bajo del pueblo indigente contra el propietario laborioso, y señalarlo como usurpador del bien de los pobres, para hacer impune y numerosa la detentación que en muchos casos se ha practicado; ese pretexto groseramente encubierto, para concluirlo con una cínica manifestación de zapatismo, no encubre por completo el dolo que se interlinea, para no dejar en abandono la idea obsedente del despojo y del robo, vestida con los derechos del pueblo y con la libertad que pretenden haber conquistado los procaces y ambiciosos rebeldes del pasado inmediato.

Los hacendados, hombres de espíritu práctico en sus interesantes explotaciones, no desconocen la ley económica que exige la concurrencia del trabajo para el desenvolvimiento del capital, y en este punto podemos asegurar que no hay Estado en la República donde el jornal agrícola esté mejor retribuído ni hay tampoco región donde se derramen mayores cantidades de dinero en pagos de salarios individuales. Esto lo tiene experimentado el movimiento económico local, que se sostiene solamente por la producción en todos sus gremios y en todos sus ramos, a grado tal y bien conocido y patente, que la depresión de los productos agrícolas en aquel Estado, o la desaparición de ellos por fenómenos no previstos, terminarían con la existencia de aquella Entidad en su mercantilismo, en sus rentas públicas y en cuanto factor de subsidio se pueda pensar.

Por capítulo diverso, los mismos hacendados, en parte por altruismo y en parte por conciliación con las pequeñas ambiciones del desheredado, han tenido el tino de favorecer —aspiraciones, si se quiere un poco exigentes, facilitando contratos módicos de aparcería y permitiendo en muchos casos el uso gratuito de las tierras a los notoriamente insolventes o a comunidades indígenas, que colectivamente viven en el proletariado.

Podríamos enumerar personas y fincas que han concurrido a estos actos de contacto entre el capital y el trabajo, y acaso lo hagamos en otra ocasión, para poner de relieve injusticias, que sólo pueden cometerse en este periodo histórico, escrito al negro por los malos hombres y para deshonra de la República.

La Dictadura de Madero

[Octubre 9 de 1911.]

La mañana del próximo pasado domingo, a la hora en que los burgueses pacíficos comienzan a santificar la fiesta con el baño tibio hebdomadario y la minuciosa rasurada, las calles de la ciudad vieron, con asombro legítimo, el espectáculo democrático de las casillas electorales instaladas al amparo de los zahuanes, con todo el aparato republicano: mesa y sillas de la Canoa, tapete verde para dejar correr el albur del sufragio, urna como cepillo de las ánimas, presidente de colegio con disfraz sinaloense de marino terrestre, levita de baile y tubo de chimenea, y los demás detalles que cabrían en las páginas espolvoreadas de velutina de una charla de Juvenal.

Por primera vez, desde que los beneméritos libertadores dieron al traste con el antiguo régimen y lavaron nuestras culpas con el agua lustral del zapatismo, iba a verificarse el acto solemne en que el pueblo pobre, vicioso y trabajador, se acercaría a los comicios a depositar el voto de su voluntad dura y consciente—hablando el elevado lenguaje del leader—y a demostrar al mundo que la nación está a punto de maderismo y que no quiere otro porvenir que el que su ídolo pueda proporcionarle. En consecuencia, había curiosidad bien explicable por conocer cómo se hacían las elecciones y cuál era el resultado de ellas; y el propio candidato, abandonando las fiestas con que en Toluca le obsequiaron un pariente y dos amigos de confianza, se lanzó muy de mañana rumbo a México, y vino en un automóvil pagado, como de costumbre, por el Erario, y saltando sobre las puchas y los chorizos recogidos como coronas cívicas en su gira de un día.

El procedimiento abusivo y fraudulento de la tiranía derroca-

da—decían los cofrades,—iba a ser totalmente olvidado; un santo sopio de libertad pasaría sobre todas las cabezas de todos los ciudadanos, empujándoles al cumplimiento estricto del deber, y del fondo del ánfora del sufragio efectivo brotaría, entre nueve de la mañana y una de la tarde, la democracia mexicana, hija legítima del señor Madero y patrona en lo sucesivo de la República redimida por él.

Ya no más escamoteos políticos ni recomendaciones previas; la consigna oprobiosa, la subordinación abyecta, rezagos del porfirismo, barridos por la escoba purificadora de Ciudad Juárez, habían desaparecido para no volver. En lo futuro, el voto sería el producto de la independencia personal, y el señor Madero, ajeno a las elecciones, desinteresado y magnánimo, consagraría, con su actitud espectante y a la respetable distancia que usa en los combates, el ejercicio de un derecho que él conquistara para sus conciudadanos.

Tal era el programa color de rosa aceptado por la inmensa mayoría. Cierto que algunos incrédulos exponían tímidamente que la conducta que Madero y socios habían observado con sus adversarios políticos, no era la mejor garantía de espíritu tolerante en el partido sudoroso; pero esos eran reyistas furibundos, injustamente ofendidos por dos pedradas y cuatro garrotazos, y su opinión pecaba, por lo mismo, de apasionada y de parcial.

Cierto, también, que otro grupo de cismáticos aseguraba que el general Díaz no se atrevió jamás a imponer a don Ramón Corral con la insistente obstinación con que el señor Madero se empeña en dar el triunfo a la candidatura de Pino Suárez, individuo gris sin más papel de conocimiento que un soneto malo y un discurso peor; pero quienes tal decían, deben haber sido científicos de la peor especie, y ya se sabe lo calumniadores y aleves que son los miembros de esa nefanda raza.

El país entero sabía, porque en el pintoresco dialecto que usa el público, se lo había dicho Maderito, que el mismo héroe libertador es un gran demócrata; de modo que si él paseaba a su amigo Pino Suárez, si lo exhibía en los balcones de los hoteles y palacios municipales, si lo recomendaba para Vicepresidente y si lo imponía prácticamente con tenacidad y hasta con cólera, era sólo para expresar un deseo, para significar algo que le sería agradable; pero nunca para imponerse: él es un ciudadano simple que siempre juega limpio, ¿nó?

Sin embargo, el día anhelado se acercaba; Madero y su criatura corrían la legua y competían en discreción de pensamiento y variedad de forma en sus discursos provincianos. Uno afirmaba, sutil y astuto como Ulises, que había escogido al doctor Vázquez Gómez para engañar al tirano; el otro barajaba las diez palabras que constituyen su arsenal oratorio, y, conmovido por el triunfo del pueblo generoso, se sentía generoso por el pueblo del triunfo conmovido. Madero llamaba a Pino Suárez inteligente y modesto, y Pino decía de Madero que era sublime y loco. El dúo de amor iba en **crescendo**", y la imposición se consumaba sin remedio.

¿Quién es Pino Suárez, preguntaba el país? El que Madero quiere que sea Vicepresidente, contestaba la voz pública. Y no obstante la insignificancia del hombre, tan obscuro como Bonilla, la consigna del apóstol se ha llevado a efecto, y la prensa transpirante nos cuenta que el primer acto de las elecciones permite ya augurar la victoria de la figurilla tabasqueña. Pero aún es tiempo de alzarse contra la consigna. Si los enemigos de la fórmula casera, obran inteligentemente, y se unen para combatirla con un nombre serio, habrán logrado una gran cosa, atemperando la irremediable designación presidencial, con la que lleve a la vicepresidencia a un mexicano de prestigio; de otra suerte, la elección próxima ya, tendrá una trascendencia enorme: será el principio de la dictadura de Madero.

Madero y la masonería

(Octubre 6 de 1911)

Las ligas de secta que el señor Madero sostiene con sus señores hh.: y que han tenido una gran resonancia en el país, alarmaron y continúan alarmando a los católicos mexicanos que, alejados de las conveniencias políticas y de las razones de Estado, que son para el creyente cuestiones puramente terrenales y que llevadas con ignorancia y sin autorizaciones superiores pueden comprometer la salvación de sus almas; preocupados repetimos, con las relaciones secretas que el candidato cultiva con los caballeros del mandil, del compás y de la escuadra, manifiestan su desaprobación y se resisten a prestar el apoyo popular a una candidatura que no garantiza para el futuro los derechos que la Iglesia Católica cree tener dentro del sistema constitucional.

A ideas semejantes, responden los conceptos de un artículo publicado en "El Regional," periódico católico de Guadalajara, y por interesantes y oportunos les damos publicidad a parte de ellos, recomendándolos a la atención y al buen juicio de los lectores:

TORPE E IMPOLITICO.

"Entendemos que el señor Madero se ha mostrado excesivamente torpe e impolítico al aceptar compromisos inútiles con una institución tenebrosa, pues con ello ha comprometido la acción de su libre voluntad, se verá imposibilitado de cumplir solemnes promesas de antemano contraídas y se ha restado, sin provecho alguno, un gran número de partidarios y de simpatías.

El señor Madero se ha olvidado de que un jefe de la Nación debe colocarse en situación tal, si quiere asegurar el funcionamiento armónico de cuantos elemetos constituyen la vida política de las sociedades, que pueda garantizar los intereses de sus gobernados todos, estando exento de toda influencia sectaria que le impida obrar en justicia, pues la aspiración general de los pueblos es que sus mandatarios no sean jefes de partidos y camarillas que protejan y favorezcan a los suyos, con menoscabo de los derechos de los demás, sino pilotos serenos que den garantías a todos dentro de la ley, y esto no podrá lograrlo el señor Madero, desde el momento en que se ha ligado con la masonería, que es la que desde Europa comunica sus despóticas órdenes para el desarrollo de una política verdaderamente indigna, que principiando en ir contra Cristo, va después contra los mismos gobernantes insensatos que se someten con mansedumbre de corderos a sus tiránicas disposiciones, ya que el socialismo que se alza contra autoridades, no ha nacido sino de los cubiles de esa bola que lucha por el desquiciamiento social."

VULGAR ASECHANZA

"El señor Madero, cuando se ocupaba en hacer su propaganda democrática, contrajo dos compromisos solemnes para con los católicos que constituímos la mayoría de la Nación; uno en Durango y otro en Puebla, ofreciendo, en la primera capital mencionada, trabajar por la modificación de las leyes de Reforma en los puntos en que no se adaptan a nuestro medio, y en la segunda, dar amplia libertad de enseñanza, de acuerdo con los principios constitucionales, poniendo coto al doloso monopolio que en tal ramo ejerce actualmente el Estado.

Nosotros recogimos y celebramos en nuestras columnas, en aquellos tiempos en que era delito mostrar siquiera una remota simpatía por el señor Madero, las dos promesas, aunque mostrando desconfianza sobre su realización, pues temíamos que se tratara de una vulgar asechanza política para conquistarse la adhesión de los católicos.

Parece que nuestras sospechas no carecían de fundamento, al examinar la conducta del jefe de la revolución, que así como no ha tenido empacho en ligarse innecesariamente con la masonería, se ha mostrado débil al sostener gobernadores provisionales, que además de usar contra sus enemigos de los mismos procedimientos vejatorios empleados en la época porfiriana, están haciendo una campaña descaradamente socialista."

COMBATIENTES CATOLICOS.

"Para concluir, el señor Madero se ha olvidado de que, en su campaña, la generalidad de sus soldados de los que le dieron el triunfo, fueron y son católicos; que en sus banderas fijaron la imagen de la Virgen Mexicana; sobre sus pechos ostentaban escapularios y su grito de guerra fué: ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! y de que la opinión que dió alas al movimiento de insurrección, estuvo formada por legiones de creyentes: de manera que, al herirlos, como lo ha hecho, entregándose a los hijos de la Viuda, a la tenebrosa falange, dirigida por el judío Natham, ha consumado un acto profundamente impolítico, que le ha restado muchas y muy sinceras simpatías, sin que obste su declaración de que "antes que masón es patriota," sobre la cual emitiremos algunos conceptos en otro artículo por haber alargado ya demasiado el presente."

Lo Inevitable

(Octubre 6 de 1911.)

Dentro de breves días, en el angustioso transcurrir de contadas horas, inolvidables para nosotros todos, un acontecimiento que no por esperado pierde nada de su palpitante interés, tendrá principio en el país, para resonar más tarde con la clarinada y los atambores del vencedor, llevando en triunfo por una multitud de cifra incalculable, al Mesías prometido, al apóstol sin mácula, al Radamés de una ópera, cuyo libro lo escribieron los espíritus tutelares del candidato creyente, y la música, grandiosa y trágica, fué escrita entre el fragor de los combates, por ese héroe,—el único de la pasada lucha—que se dibuja en nuestra fantasía con los lineamientos de un Aquiles, y que se llama Pascual Orozco.

Los Colegios Electorales, en actividad febril, llenarán el misterio de sus ánforas con un solo nombre; y después, bajo el entusiasmo candente y populachero, llegará ungido con el óleo y la mirra, que los pobladores de la Colonia de la Bolsa guardan en sus recónditos agapes, el inmenso, el Júpiter omnipotente, que, envuelto en la malla de relámpagos fulgurantes, bajará del Olimpo, para ocupar, con abnegación sin precedente el dorado sitial, que nuestra democrática modestia, ya que desconoce los faustos europeos, asigna a sus supremos mandatarios.

Y los nombres esclarecidos y santos que en el libro de la Historia, han dejado la huella luminosa de sus grandes hechos y de sus altas virtudes, desaparecerán bajo el brillo de insólitos resplandores, y esos nombres que dijeron Hidalgo, Juárez, y tantos otros, caerán en la tumba del olvido, para dejar la página más blanca y los caracteres más áureos, a este único nombre: Francisco I. Madero.—¡¡¡Salve!!!

En este ambiente en que la Nación embriagada con halagadoras promesas, subyugada con el hipnotismo de juramentos y palabras que para lograrla fueron talismán y filtro; en estos momentos propicios a todas las delicias que los libertadores nacionales, a semejanza de Mahoma, han ofrecido a la avidez de nuestras turbas, descorriendo ante sus ojos, el deslumbramiento de los sagrados jardines del Profeta, sería una tarea ineficaz e inútil pretender despertarlo de ese sueño ante el "Mane Thecel Phares," cuyos caracteres proféticos se estuman amenazadores entre el pórfido y los oros que decoran lo sala del festín.

Y sin embargo, para los que no hemos podido obsesionarnos con los triunfos engañosos y efímeros de la revolución que en rapidez de de incendio cundió por todo el país, haciendo el sacrificio de catorce mil vidas, ofrecidas generosamente en los campos yermos de Chihuahua, demoliendo al par que propiedades y centros fabriles, y de producción, todo cuanto la paciente labor de treinta años, habían hecho respetable y respetado, vemos la amargura profunda que traen las convicciones íntimas, el aparecer de un porvenir en el que la Patria, cubierta con los lutos de su duelo, llore con todas sus lágrimas, su felicidad desaparecida y muerta!

Y los errores, que durante su prolongada gestión administrativa, pudo cometer el anciano caudillo, que en otro tiempo con mejores méritos y más claros timbres, arrastró a las multitudes, ebrias de entusiasmo y a su ejército glorioso entre lampos de gloria y laureles de triunfo, ese mismo anciano que hoy, no olvidando porque la injuria lo recuerda, llora en el destierro por la Patria ausente, esos errores que han formado el proceso de su caída, tal vez no esté lejano el día en que aparezcan empequeñecidos cuando pasada la embriaguez del pueblo ante los héroes de hoy, llegue la hora en que él mismo, ante la miseria que levanta su garra cruel y el desastre, que por consecuencia lógica, mostrará sus cimas implacables, tendrá que bajar la frente obscurecida, y de su garganta, que congestionó el grito de los "vivas" clamorosos, brotará el gemido desgarrador y silencioso que sacude el corazón, ante los dolores irremediables!

Las Promesas de don Quijote

(Octubre 9 de 1911)

El Plan de San Luis, libertador y augusto, último en la serie de los mil y tres que nos ofrece la historia nacional y parto prodigioso de la inteligencia del señor Madero, nutrida con espinacas y tonificada con granulillos homeopáticos, cumplió hace pocos días un año de existencia. La memoria flaca de los emancipadores de la tiranía, en la que una esponja empapada en tradicionales indiferentismos borra el recuerdo de los fastos gloriosos, habría dejado pasar inadvertido el magno aniversario; pero la prensa zapatista echó a vuelo las campanas de su regocijo; los oradores del kaki y la canana hicieron estallar los cohetes de su retórica, y el país supo, gracias a ellos, que el engendro del apóstol debería ser celebrado en esa fecha.

Un año tiene apenas la salvadora proclama, y, sin embargo, ¡qué vieja es ya! ¡Cómo, el desfile de doce meses pasando sobre ella, la hacen aparecer despojada de aquellos primitivos encantos que la fingían dotada de irresistible poder redentor y de incontrastable belleza democrática!

El inspirado que en un rapto de patriotismo espirita la concibiera, nos había dicho que en esa fórmula estaba el remedio de todos los males de la Nación; que la eficacia de su virtud obraría milagros; que, bajo el estandarte que tremolaba su mano magnetizadora de mesas, tendrían amparo todos los derechos, y que la medalla gloriosa que ofrecía a las adoraciones del pueblo, estaba troquelada con la efigie bendita de la libertad.

Y, transcurrido un breve lapso de tiempo, la verdad se ha abierto paso en las conciencias, la mistificación se ha ostentado ya en toda su burda desnudez, y hoy saben muchos—y mañana sabrán todos,—que la panacea era una droga de Merolico; que la bandera flameante se ha trocado en el paño lleno de remiendos que encubre los escamoteos del juglar, y que el disco reluciente y sonoro que la ingenuidad llevó a sus labios como una imagen santa, enseña la vil materia de que está hecho, el plomo opaco bajo la plata reluciente, y detrás de la apariencia engañadora, la nulidad efectiva del peso falso.

Porque el Plan de San Luis—como todos los planes,—prometía principios salvadores sustentados por hombres nuevos; es decir, ofrecía una suma de ideas y de procedimientos aplicados por una falange de inteligencias claras y de voluntades fuertes, que, haciendo a un lado el medro personal, sólo trabajarían por el bien de la Patria.

Y la República ha visto que, a medida que la hora del cumplimiento de las obligaciones se aproxima, los buenos propósitos se desvanecen; que las viejas prácticas de gobierno renacen, acaso con mayor ardor, y que la obra de reconstrucción social y política ha caído en manos de individuos que espantan por su avidez no disimulada o por su enorme y desesperante medioceridad.

En vano los **leaders** del maderismo se extenúan en declamaciones efectistas y hacen jugar sin tregua las cláusulas sugestivas, las frases solemnes, los grandes vocablos de la democracia barata!; la lógica irrefutable de los hechos es más elocuente que todo eso, y una sonrisa escéptica se dibuja ya en los semblantes cuando la garrulería de los libertadores protesta su desprendimiento, mientras las manos codiciosas de los favorecidos se hunden en las reservas del Tesoro; cuando se repite hasta el cansancio el estribillo manoseado de la libertad de sufragio, y al propio tiempo se impone, en forma desgarada, la candidatura de la Vicepresidencia, que llevará al sitial que ocupó el patriarca Gómez Farías, a un boscuro litigante de pueblo, bueno a lo sumo para sentar su insignificancia en la silla de paja de un juzgado menor; cuando se fustiga el nepotismo de la época pasada, y se llenan las oficinas y las nóminas con parientes más o menos necesitados; y cuando se anuncian sublimes cosas en el orden material y en el intelectual, y se confían las más delicadas labores del progreso a un Bonilla, rústico como un Bertoldo con cartera, y a un Vázquez Gómez, que con rudeza de curandero viola las leyes pedagógicas y hace trizas la educación, el trabajo y hasta la salud de la niñez.

Y si esto se ha hecho cuando todavía el poder discrecional de una posición definitiva no ha llegado a las proporciones de una realidad; cuando la impetuosidad de los unos y la inconsciencia de los otros han tenido que someterse a la cordura reguladora y al tacto político del Presidente de la Barra, ¿qué será en el futuro, una vez que la voluntad del César sea la suprema ley, y que a sus designios, tuertos o derechos, sólo responda el zumbido de adulación de los augustanos prosternados?...... Asusta pensar en las sospechas que el porvenir reserva, en plena crisis económica—que ya se anuncia,—y a través de un malestar inevitable que la gente nueva no querrá, ni sabrá amortiguar.

Las bellas promesas, las gratas insinuaciones habrán desaparecido entonces; el Plan de San Luis dormirá arrumbado en un diván del Palacio Nacional, y a todo el halagador espejismo de la felicidad esbozada en discursos y proclamas sucederá el espectáculo desconsolador de lo inevitable que la previsión diagnostica y que las ilusiones ciegas de los deslumbrados no ha podido presentir aún.

Y cuando esto suceda, se comprenderá la razón que informa las desconfianzas del buen sentido, que a las arengas exageradas y a los ruidosos ofrecimientos del señor Madero sólo contesta con la incredulidad socarrona con que Sancho Panza oía a su amo, cuando le decía: "Acuérdate, Sancho amigo, que tengo algo que prometerte."

Maderismo corrosivo

Malicias de un fracasado

[Octubre 9 de 1911.]

Está fresco el recuerdo penoso de la gestión torpe, intencionada y personalísima que en muy corto espacio de tiempo realizó el señor Jesús Munguía Santoyo, como Secretario de Gobierno del Estado de México. Impuesto por el licenciado Vázquez Gómez con el propósito político de extender los elementos revolucionarios en todo el Estado y dedicarse principalmente a la cuestión electoral que trató el señor Munguía con bastante impericia, pronto fué objeto su conducta de toda especie de reprobaciones, y pronto también apareció el descontento y se acentuaron odiosas divisiones en aquel Estado que goza de un merecido prestigio de pacífico, como lo demuestra su plausible retraimiento en los desórdenes revolucionarios que han alcanzado aún las regiones más apartadas del país.

El señor Munguía Santoyo, tuvo que ser retirado del encargo, a virtud de su conducta trastornadora de la tranquilidad local; conducta más punible todavía cuando el impuesto Secretario llevaba el carácter de pacificador de sociedades tranquilas.

La obra política y administrativa del señor Munguía, según se está viendo ahora, fué adueñarse de todos los datos de las oficinas y documentarse para lanzar con alteración de la verdad, imputaciones de delitos a personas honorables, pretendiendo herir sus reputaciones bien sentadas, adivinen ustedes con qué objeto.

No creemos en el despecho, porque mal puede tenerlo con particulares de la respetabilidad y del crédito del Sr. Don Eduardo Henkel, a quien acaba de hacer objeto de sus tiros al blanco, aunque observamos, sin malicia, que todas sus agresiones van dirigidas a personas de acomodo. Tampoco creemos que sea un espíritu de justicia, porque el señor Munguía, es al parecer, abogado, y debe saber que los delitos se denuncian ante las autoridades y no ante las redacciones de los periódicos honrados y con subvenciones de las águilas que no comprueban sus cuentas.

De todas maneras, y sin poder descifrar los singulares móviles del señor Munguía para beneficiar al Estado de donde fué despedido, el señor Henkel ha querido como hombre recto y justificado, dar la siguiente explicación a su detractor, en un asunto que, para mejor inteligencia, diremos que se contrae a un servicio altruista y de verdadera importancia, que el señor Henkel prestó a las clases desvalidas del Estado.

El señor J. Munguía Santoyo—dice el Sr. Henkel—insiste en formular en mi contra lo que él llama un cargo concreto, con motivo de mi intervención como Presidente de la Junta de Provisión de Cereales del Estado de México, no obstante que mi manejo y el de mis estimables compañeros de comisión están enteramente puestos en claro y aprobados por el gobierno del mismo Estado, según se desprende del oficio número 7095, que me fué dirigido por la Secretaría General, y que el mismo señor Santoyo publica con su última carta.

Este documento es plenamente satisfactorio y no deja lugar a duda; pero el señor Santoyo que no puede desvirtuarlo, ha escogido una nueva forma de ataque: dice que yo no informé al Gobierno ni le rendí cuentas, hasta el 23 de Agosto, después de que él dió a la luz pública su primera carta. El cargo es absolutamente inexacto; las cuentas de la comisión no habían podido ser cerradas hasta el 27 de Julio, porque el señor Miguel González, de Cuautitlán, no nos enviaba la suma de $724.14, producto de la venta del maíz que la Junta le remitió para su venta. El propio señor Santoyo, en oficio 6066 de fecha 27 de Julio, firmado por él, me participó que el Juez de aquel Distrito le avisa la remisión de esa cantidad; y al día siguiente contestó diciendo que: "siendo eso la única cantidad que faltaba para la liquidación de cuentas, ya me ocupaba de rendir el informe respectivo al Superior Gobierno. Acaso el señor Santoyo sea de memoria muy frágil; pero conservo el documento que él en persona subscribió, y que demuestra que él tuvo desde entonces conocimiento de la causa por la que no se presentaba el informe.

Este fué entregado en la Oficialía de Partes del día 11 de Agosto, es decir, mucho antes de que se apercibiera las inculpaciones del señor Santoyo, y el hecho de que no haya sido contestado hasta el día 23, debido acaso a que la Sección de Fomento tuvo necesidad de examinar las cuentas, no quita al oficio del Gobierno un ápice de su fuerza probatoria, ni deja de amparar por completo la pureza con que la Junta procedió en su cometido.

En cuanto a que yo sea responsable de tal o cual delito, por haber ejecutado acuerdos del señor Gobernador González, seguramente el señor Santoyo no ignora que esto es un absurdo, pues aquel funcionario no me dictó un sólo acuerdo, dado que yo no era, como no soy, empleado de su administración. Como miembro de una Junta que, gratuitamente trabajó con todo empeño en un asunto de interés general, y que tiene la satisfacción de haber cumplido con su deber, no me corresponde averiguar si el señor González se extralimitó o no en sus facultades; este es un cargo que a dicho señor tocaría contestar.

Para terminar, y dispuesto a no decir una palabra más sobre el asunto, por creerlo totalmente inútil, manifestaré al señor Santoyo que no quiero envanecerme con el juicio de toda una sociedad que me conceptúa honrado, y que le invito a someter el caso al examen y decisión de tres personas honorables y peritas, o a que proceda con toda entereza y lo denunciar a los tribunales competentes, para que ellos sean los que den a cada uno lo que en justicia le corresponda.

Agradezco a usted de antemano la inserción de estas líneas en su acreditado diario, y soy su amigo afmo. y atto. S. S.

E. HENKEL.

El lunes 9 del presente, a las 11 a. m., se verificarán las Honras Fúnebres en el Templo de Santa Brígida, por el eterno descanso del alma del

SR. CORONEL LUIS G. MORELOS.

Suplicando a Ud. se sirva asistir a tan solemne acto.

Rogad a Dios por él.

México, Octubre de 1911.

* * *

No os pido otra cosa sino que oréis por mí.

Judit, 68 v. 3.

Una lágrima por los difuntos se evapora; una flor sobre una tumba se marchita; la oración la recibe Dios.—San Agustín.

Le volveré a ver.... esta es la esperanza que tengo y que vivirá siempre en mi corazón.

ORACION.

Acordáos, Señor, del alma de vuestro siervo Luis, que redimiste con vuestra preciosa sangre; y por tan inagotable tesoro, concededle un lugar en vuestra gloria.

Misericordioso Jesús, ¡dadle descanso eterno!

Nos lo diste para nuestra felicidad, nos lo quitaste; os lo devolvemos con el corazón traspasado de dolor.—Job, cap. 1, ver. 23.

* * *

El señor coronel Morelos, cuya memoria se va a honrar en la ceremonia religiosa a que se refiere la esquela que textualmente hemos copiado, fué la víctima propiciatoria de la revolución pacificadora y realizada para la conquista de la libertad política, que hemos visto escrupulosamente practicada en la manifestación contra el señor general Reyes y en la espontánea